



Justo

CARLOS BASSAS DEL REY



Lectulandia

La verdadera justicia debe ser fría, implacable, desapasionada. Y para aplicarla, Dios decidió que cada generación contara con treinta y seis Justos, los «tzadik», hombres anónimos que mantienen el equilibrio entre el Bien y el Mal sobre la faz de la Tierra. Justo Ledesma es uno de ellos. Un viejo irascible que discurre por las calles de un barrio, el de Sant Pere, Santa Caterina i la Ribera, que ya no es el suyo; de una ciudad, Barcelona, que dejó de serlo hace tiempo. Un hombre cansado que, consciente de que su fin está cerca, decide saldar cuentas con su pasado; con un pasado que regresa de forma inesperada cincuenta años después.

Escrito en una primera persona de estilo directo y peculiar, «Justo» esconde un triple relato: el de una vida dedicada a una misión sagrada, el de una venganza y el de la nostalgia por un tiempo cada vez más lejano, por unas calles cada vez más ajenas, por una ciudad moribunda que se desangra víctima de sus propios deseos, de sus propios errores.

Lectulandia

Carlos Bassas

Justo

ePub r1.0

Titivillus 01.01.2019

Título original: *Justo*
Carlos Bassas, 2018

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

*A la Barcelona de mi infancia.
La vivida, la leída y la imaginada*

A mi tío Juan, que tanto caminó por sus calles

Un hombre que cultiva su jardín, como quería Voltaire.
El que agradece que en la tierra haya música.
El que descubre con placer una etimología.
Dos empleados que en un café del Sur juegan un silencioso ajedrez.
El ceramista que premedita un color y una forma.
El tipógrafo que compone bien esta página, que tal vez no le agrada.
Una mujer y un hombre que leen los tercetos finales de cierto canto.
El que acaricia a un animal dormido.
El que justifica o quiere justificar un mal que le han hecho.
El que agradece que en la tierra haya Stevenson.
El que prefiere que los otros tengan razón.
Esas personas, que se ignoran, están salvando el mundo.

J. L. Borges,
Los justos

El que barre la mierda de Dios.

Justo Ledesma

Y volvió a decir: No se enoje ahora mi Señor, si hablaré solamente una vez: quizá se hallarán allí diez. No la destruiré, respondió, por amor de los diez.

Génesis, 18:32

UN GORRIÓN CON EL ALA ROTA

Cada día me despierto más temprano.

Me gusta el barrio a estas horas, justo cuando empieza a clarear. Ese albor que no acaba de ser luz aún, que todavía es solo una promesa. Hasta que el sol supera los primeros tejados y azoteas y sus rayos comienzan a centellear entre las hojas de los árboles.

Los japoneses, tan ordenados, tan eficientes, tienen una palabra para eso. Una sola palabra que quiere decir: «Los rayos de sol que se filtran a través de las hojas de los árboles».

No os lo pondré en bandeja.

La buscáis.

Asisto devoto al alumbramiento de empedrados, de calles, portales y fachadas, mientras voy camino del Damián.

Todo el mundo duerme. Menos los pájaros y algún rezagado que ha perdido la dirección de casa. Queriendo. Sin querer. Que a veces mete la llave en el bombín de un piso que no es el suyo intentando entrar en la vida de otro, cansado de la suya.

La tranquilidad dura exactamente media hora. Hasta que irrumpen los primeros repartidores y la máquina del ayuntamiento arrambla con toda la mierda de la noche anterior.

Lo único que no se lleva es la miseria.

Solo botellas deshabitadas.

Hoy tengo que ir al Centro de Salud. Me toca control del Sintrom.

Pero tengo otro motivo.

Olga.

Desde la terraza del Damián se ve la entrada trasera de Santa María del Mar, más sobria, más discreta.

El local es una antigua pescadería ubicada en la esquina con la calle de Calders. Sobre la puerta conserva una vidriera con dos peces silueteados con veta de plomo.

Uno verde.

Otro azul.

Una virguería.

Cuando todo está en silencio, los puedes oír nadar.

No se rompió mucho la cabeza con el nombre del establecimiento, Damián. Lo bautizó así para dejar constancia de su paso por este mundo.

Hace tiempo le ofrecieron un buen dinero por el tinglado. Pero el hombre es de los míos. De los que aún llama al barrio por su nombre. Así que los mandó a paseo.

Nació aquí.

Creció aquí.

Se casó aquí.

Sus hijos, que lo odian por joderles un futuro de pisito en Sarrià o en Gràcia, de apartamento en Sitges, Canet o Tossa, nacieron aquí.

Morirá aquí.

Hoy, la Ribera ya no es la Ribera. Tampoco lo son Sant Pere ni Santa Caterina.

Hoy, todo es el Born.

Supongo que a los pijos les suena mejor así.

Es más chic.

El local está vacío, como siempre. Da igual la hora.

Aquí solo venimos los viejos. Los que aún somos capaces de nombrar las tiendas que han desaparecido, a los que han muerto en la diáspora, varados en alguna residencia, en algún apartamento tutelado.

Por eso no viene nadie.

Porque nadie quiere oírnos.

Están hartos de nuestra cantinela.

Y porque huele a viejo.

También le queda cierto aroma a pescado.

Por mucho que el pobre Damián pintó y repintó las paredes, primero de añil, después de un manzana ácida, le ha sido imposible librarse de él. Quizás algún día descubra el cadáver de un rape, de una pescadilla, de una merluza, emparedados tras alguno de los muros.

Mi café con leche en vaso me espera sobre la barra.

—¿Te has enterado? —me recibe.

—¿De qué?

—Ayer se cargaron al Milongas y a dos de los suyos. A tiros. Quien lo haya hecho tiene un par de huevos. Es gilipollas, pero tiene un par.

«Lo sé», estoy a punto de contestar.

El Milongas tiene un jefe. Tiene un hermano pequeño. Tiene colegas. También tiene competencia. El Moro. Y clientes descontentos, seguro; otros desesperados. Más seguro aún.

Todos sabíamos que no iba a vivir mucho, incluido él. Pero le ha llegado la hora antes de lo que esperaba, que no es lo mismo que antes de tiempo.

—Un gilipollas —constato.

—Ahora no nos van a dejar en paz.

Damián se refiere a su gente. Y se refiere a la bofia. Todo lo que afecte, aunque sea de refilón, al turismo, es prioritario.

No me preocupan ni los unos ni los otros.

—¿Vas a ver a Olga?

Asiento.

—Si me alegro por alguien, es por ella.

Vuelvo a asentir.

Olga es la ex del Milongas.

Un ángel.

El amor es el sentimiento humano más extraño.

No entiendo cómo una mujer como ella, tan inteligente, tan lista, con sus estudios, con su carrera, se pudo enamorar de un malnacido como él.

Yo no tengo estudios. Pero Dios tiene estas cosas: escoge sus herramientas según cada propósito.

Me hubiera gustado tenerlos, si lo pienso ahora.

Pero no los tengo.

Cuando eres crío, las letras y los números te parecen una pérdida de tiempo. Empleas mañanas, tardes y las noches en cosas verdaderamente importantes, aquellas que te proporcionan una satisfacción inmediata.

Ya habrá tiempo, piensas. Hasta que llega el día en el que te das cuenta de que se acabó. De que tu vida ha sido una mierda. De que te han estafado. De que el único estafador eres tú.

Eso sí, con los años me he preocupado por leer. Aprendí en casa, con los tomos de *Las calles de Barcelona* de Víctor Balaguer. Una calle cada noche, de postre. Ahora devoro todo lo que cae en mis manos: libros, revistas, gacetillas de barrio y hasta folletos y prospectos. Llevo años suscrito al *Muy Interesante*.

Los de mi generación hemos trabajado desde críos. Empezamos como *nen* de los recados, como botones, como aprendices en una botiga, en un taller, en una fábrica. Después te colocabas como oficial de primera, de segunda, de tercera y, con el tiempo, podías llegar hasta capataz o encargado.

Eso si sabías leer y *fer* números.

Luego, la barrera de clase te frenaba el ascenso.

La de nuestros padres no tuvo nada. Las pasaron canutas; bastante tenían con traer comida a casa como para encima saber querernos.

La de nuestros nietos vuelve a no tener nada.

El amor es extraño, decía.

Cuando nos enamoramos, el cerebro se nos va a freír espárragos. Algo ahí dentro deja de funcionar. Es por culpa de la adrenalina, de la serotonina, de la acetilona, de la testosterona, de la dopamina, de la norepinefrina, de la progesterona, de la oxitocina, de la vasopresina —lo leí hace tiempo en el *Muy Interesante*, para eso está.

A los hombres se nos va la cabeza por un coño.

Siempre ha sido así. Desde Adán.

No es una justificación. Es una mala costumbre.

Pero uno cree que las mujeres tienen un sexto sentido para los cabrones; que no les pueden los bajos. Sobre todo porque el Milongas siempre fue el Milongas.

No era uno de esos niños de familia bien que aguanta el tipo de *bon nen* hasta la noche de bodas; aún no le había salido pelusa sobre el labio y ya se dedicaba al

negocio.

Olga debió de creer que lo podía cambiar. Que lo podría curar como a un gorrión que se ha caído del nido y tiene un ala rota. Llevárselo a casa, guardarlo dentro de una caja de zapatos y darle el cariño que nadie le había dado en su vida. Y que, al abrirla, se encontraría con una paloma blanca, con una tórtola magnífica.

Tan lista para unas cosas y tan burra para otras.

Cuando se casaron, el disgusto mató al padre y dejó muda a la madre.

«Una catatonía», dijo el médico.

«Los cojones», pensé yo.

Así que cuando llegó la primera paliza, la chica se vio sola. Sola en la segunda. Sola en la tercera. Sola en la cuarta. Hasta que se armó de valor y lo denunció.

Algunos cuentan que, justo antes, una noche en la que el Milongas llegó a casa con ganas de gresca, le puso un cuchillo jamonero en los huevos y lo deslizó despacio como si fuera un arco de violín.

Olga es enfermera.

Mientras le sacaba unas notas al escroto, debió de decirle que si le seccionaba la arteria bulbouretral, la dorsal, la cavernosa, la perineal, la pudenda o la cremastérica, se acabó lo que se daba, de modo que la dejó en paz por un tiempo. Ahogó las penas en otros coños y se dedicó a otros polvos. Pero pasados los efectos disuasorios del filo en las partes, volvió a la carga.

Todos sabíamos que la denuncia, que la orden de alejamiento, que la sentencia, no la salvarían. Y mira tú por dónde, quien se ha ido antes al otro barrio ha sido él.

Olga trabaja en el CAP de Davant del Portal Nou.

Aún es pronto.

Hoy apretará el calor.

Ese calor acuoso que hace que las calles huelan a sumidero, a cloaca.

A Barcelona le apestan los bajos en verano.

Subo por Rec hasta Tantarantana.

Me topo con un grupo de estudiantes frente a la puerta de la residencia. Son incapaces de hablar bajo. Tratan de imponer su razón, la que sea, acerca de lo que sea, a golpe de decibelio, a fuerza de aspaviento.

Un chaval descamisado presume de cuerpo griego; los bíceps, los pectorales, el recto abdominal bien marcados. Piensa que es un deber sagrado compartirlos.

Un par de chicas lo observan.

Apenas rozan los diecinueve. Una, rubia; la otra, con el pelo color otoño. Lo lleva recogido. Se ha hecho un moño en la coronilla; un nudo improvisado con un lapicero, tan tenso que le rasga los ojos.

Parecen una raspa. Son un morrión al que alguien ha dado forma de mujer, el tronco de alambre, los brazos de alambre, las piernas de alambre, los dedos y el

cueño de alambre.

Me desagradan las mujeres secas, las que tienen más rectas y ángulos que curvas. Tampoco me gustan las frágiles.

Al verse descubiertas, apartan la mirada y se confiesan el pecado de la carne. Se susurran el deseo. Quizás hasta decidan disfrutarlo juntas en un alarde de solidaridad.

Cruzo Sant Agustí Vell, tiro por Basses de Sant Pere hasta Rec Comtal y llego a mi destino.

La fauna de siempre espera sentada en la sala.

No me gusta venir.

Cada rostro cansado, cada alma en pena, me recuerda que soy viejo, que me parezco poco al hombre que fui.

Ahora soy una carga para la sociedad, dicen.

Un parásito.

Una pensión que podrían ahorrarse si tuvieran a bien realizar el muy solidario acto de quitarme de en medio.

Me siento y me acuerdo de Edgar G. Robinson en *Cuando el destino nos alcance*. También de *La balada de Narayama*. A los viejos de la primera les dan una muerte tranquila y los convierten en alimento. Todo muy moderno, muy civilizado; no protestan, deben cumplir, tienen una responsabilidad. A los de la segunda se los llevan a la montaña para que mueran a la intemperie y dejen de esquilmar los recursos de la comunidad.

Si algunos pudieran, nos liquidarían en aras del bien común.

Llegado el caso, prefiero convertirme en manduca. Provocarle una mala digestión a alguien.

Mientras espero, leo en el periódico que en ciertos barrios de Nueva York está pasando lo mismo que aquí. Están cerrando muchos de los restaurantes típicos.

La página dice que se llaman *diners*.

Pues ya quedan pocos *diners* en Nueva York. Una pena, señala el cronista, que a buen seguro no los ha pisado nunca. Es solo uno de esos nostálgicos de pluma.

Son el equivalente a bares como el de Damián, que es de lo poco que queda por aquí de los de toda la vida. Y por un momento, por un instante fugaz, el destello de una luciérnaga, me siento neoyorquino.

«*I am a New Yorker*».

Los bares son una parte importante de la vida de un hombre. Una prolongación del salón de casa, del comedor, del retrete. A veces, hasta del dormitorio. También del diván del loquero. Hoy lloras tú, mañana se te acuna el vecino de barra.

Los debería financiar la Seguridad Social.

Me viene a la mente una canción de *El Último de la Fila*. Yo también he enseñado muchas veces mi trocito peor en la barra del Damián. Pero jamás me lo ha echado en cara. Ni una mala contestación. Ni un reproche.

Nunca.

Es un buen hombre, Damián.

Quizás por eso, porque es así, demasiado bueno, su mujer se largó y los hijos no le hablan desde que se negó a vender.

Olga sale y me indica que pase.

Es una mujer preciosa. El cabello negro hasta los hombros, los ojos grandes, la nariz rampante, la boca gruesa. Todo dentro de una oblea perfecta. Una torta sagrada. El cuerpo de Cristo.

Es más guapa que muchas estrellas de cine.

Ella tiene cuarenta, yo paso de los setenta.

Cuando tenga mi edad, seguirá siendo una mujer preciosa. Yo estaré muerto.

—Buenos días, Justo.

—Sí que son buenos —se la tiro.

Nos miramos durante un rato. No me pidáis que precise, a mí me parece un buen rato. Me gusta hacerlo, mirarla. Estoy seguro que sabe lo del Milongas, pero no dice nada.

Se acerca con el aparato y me pincha.

—Tienes el INR bajo —dice—. Hay que subirte la dosis.

Asiento y saco la lengua como el crío obediente que va a recibir la primera comunión.

Me pregunto qué está pensando. También qué habrá sentido al enterarse de que el Milongas ya no está en este mundo —lo está, pero no es más que carne fría—; al saber que no la molestará más.

Me parece adivinar algo en su mirada.

«No puede ser», me digo.

«Has visto mal, Justo».

«No puede ser que haya llorado, que haya derramado una sola lágrima por ese hijo de la gran puta».

La miro otra vez.

La observo bien.

Y constato que sí.

Si quisiera engañarme, diría que es porque está cansada, porque no ha dormido bien, porque tiene el resfriado a la vuelta de la esquina y se le han irritado los ojos.

Pero sé que no es así.

Ni me despido.

«Me da igual —me digo—. El Milongas está mejor muerto. Todos estamos mejor sin él. El maldito mundo está mejor sin él».

Me lo repito una y otra vez mientras camino de vuelta a casa. Y en medio del cabreo, me asalta una pregunta: ¿habrá alguien que llore por mí cuando haya muerto?

LA VÍA LÁCTEA

—¿Por qué lo haces?

«Porque me sale de los cojones», pienso.

Pero callo.

—Tú no eres así.

Me lo dice convencida.

Me lo dice como si supiera realmente cómo soy. Con esa autoridad que te da creer que conoces las entrañas ajenas mejor que las propias.

Suele ser así. Atisbamos la mota en el ojo extraño a kilómetros sin ver el rascacielos en el propio.

La capacidad del ser humano para engañarse solo tiene un parangón: la de ignorar su propia ignorancia.

—¿Y tú qué sabes cómo soy?

Esta vez lo suelto. Eso sí, el tono es tirando a neutro, acompañado de una sonrisa leve, de las que uno puede interpretar como le venga en gana.

—Porque lo sé.

«¡Qué coño sabrás tú!»

Me cuesta callarme.

Pero otra vez chitón.

«No tienes ni puta idea de cómo soy. De quién soy realmente. Jamás la has tenido».

Me doy cuenta de que lo de Olga me ha afectado más de lo que pensaba; de lo que estoy dispuesto a conceder a nadie. Ni a mí mismo. También de que soy un hipócrita. Porque es verdad que el Milongas tenía un algo, un no-sé-qué. El hombre sabía embaucarte, hacerse simpático.

Me consuelo pensando que quizás no ha llorado porque aún estuviera enamorada de él, sino porque ya no le podrá curar nunca el ala rota, y eso debe de ser un fracaso para una buena samaritana como ella.

En este mundo hay cosas que se pueden arreglar y otras que no.

—Igual no lo sabes —respondo.

La voz sale como el piar de un jilguero.

—Te conozco —insiste.

Tiene gracia.

La gente te lo suelta como si poseyera una verdad suprema, una especie de conocimiento hermético, secreto. Pero no es más que un acto de presión. Como si el mero hecho de pronunciarlo, de frasearlo con misterio en la voz, en la mirada, les otorgara poder sobre ti.

Sobre tu alma.

«Yo, y solo yo, sé cómo eres de verdad».

Lo hacen para echártelo en cara.

No les gusta.

No les gustas.

Algo en ti ensombrece su ideal, afea la imagen perfecta que se han formado en la cabeza. Un reducto insurgente que escapa a su control.

Por eso te lo dicen.

«No eres el *así* que yo quiero».

Es una advertencia.

Es una amenaza.

—Lo siento.

Claudico, sí.

Y luego me bajo los calzones.

—¿Me perdonas? No sé qué me ha pasado.

Y remato:

—Tienes razón, yo no soy así.

Llevo tiempo follando con la Remedios. Y aunque nuestra relación se limita a un alivio de soledades, también hay cariño.

Pero nunca nos hemos enamorado.

Tampoco nos hemos generado dependencias mutuas.

Sí nos hemos respetado.

Siempre.

Y ahora me viene con esto.

—¿Qué te pasa? —suelta.

No sé si es que a estas alturas ha empezado a hacerme de madre.

—Nada.

—Ya.

Se envuelve en la sábana y se levanta. Eso solo lo hace cuando está enfadada. Es un castigo porque sabe que me gusta verla caminar en bolas hacia el baño. Tiene una nuca, un cuello, una espalda, un culo y unas piernas que me recuerdan a una de esas esculturas clásicas.

Los tenía a los veinte, los tenía a los cuarenta y los sigue teniendo a los sesenta.

Su espalda está llena de lunares. Es como el cielo estrellado de invierno: Casiopea, Orión, Andrómeda, las Osas... Y la estrella polar, una pequita solitaria sobre el omoplato derecho.

Me gusta peregrinar de una a otra como si fuera Ulises.

Su nuca es Ítaca.

Cada vez empiezo por un lunar y termino en otro.

En todos estos años, ningún recorrido ha sido igual.

Remedios tiene tantos lunares en la espalda como estrellas la Vía Láctea, pero lo que más me gusta son esos dos huequitos que tiene al final, uno a cada lado de la columna, justo encima del culo.

En una ocasión busqué su nombre en un libro.

Pensé que semejante maravilla debía de tener uno.

Los llaman los «hoyuelos de Venus».

Eso parece la Remedios de espaldas: la Venus de Milo.

Me recuesto en la cama y observo el techo. En alguna ocasión he pensado que los pintores de obra deberían llenarlos de esos mensajes que te encuentras en las galletas chinas o en las postales de atardeceres con frases de Coelho.

Uno:

«Antes de iniciar la labor de cambiar el mundo, da tres vueltas por tu propia casa».

Dos:

«Jamás se desvía uno tan lejos que cuando conoce el camino».

Tres:

«Excava el pozo antes de que tengas sed».

Cuatro:

«El sabio no dice lo que sabe, y el necio no sabe lo que dice».

La mayor contribución de los chinos a la historia no han sido ni la pólvora, ni el papel moneda, la brújula o las primeras imprentas, sino los malditos proverbios.

Oigo la cisterna.

Remedios sale del baño y va hasta la silla donde ha dejado la ropa. Se pone las bragas con la sábana aún enroscada. Después se ata el sujetador por delante, le da la vuelta, se pone los tirantes y deja caer al fin su parapeto.

Al verla así, en bragas y sujetador —una braga de cintura baja, un sujetador transparente que deja ver sus pezones—, siento que algo se me despierta.

Me gusta follar con Remedios.

Mucho.

Se nos da muy bien.

Quizás es precisamente por eso, porque no nos queremos, porque no nos mentimos.

—Lo siento —susurro otra vez desde la cama.

Salgo de debajo del edredón.

Mi sexo está duro. Todo lo que puede estar.

Me pego a ella hasta que queda atrapado entre su vientre y el mío.

Siento cómo late.

Nos miramos.

No nos decimos nada. Solo nos miramos.

Hasta que comienzo a quitarle las bragas, que caen hasta sus tobillos. Saca un pie, las aparta a un lado —hasta en ese gesto desprende elegancia— y se recuesta en el

chifonier.

Ya sé por dónde va.

Abre las piernas.

Me arrodillo y empiezo a rezar mi penitencia frente a su sexo velludo.

A las diez y media ya está todo lleno de turistas.

Ahora se ha puesto de moda señalar al guiri como fuente de todos los males. Nadie se queja de los barceloneses de toda la vida que les alquilan los pisos para sacarse unos *cuartos*, que se los han vendido a precio de oro a inmobiliarias de grafías ajenas.

Los autobuses los dejan en la plaza de la Catedral, por el lado de Via Laietana, o en la plaza de Catalunya, y que caminen, que es lo mismo que decirles que compren, que consuman.

La mayoría baja por la calle de la Argenteria, visita Santa Maria y luego se dirige a la calle de Montcada, al Museu Picasso.

Les han dicho que tienen que verlo. Y van a verlo.

Figura en la guía. Ahí está.

Museu Picasso.

Visita obligatoria.

Aunque no les guste Picasso.

Aunque se aburran como una ostra.

Aunque su versión de *Las meninas* les horrorice y el retrato de Sabartés les provoque risa. Aunque no se conmuevan al tener frente a las narices *La comida frugal* porque no han pasado hambre en su vida.

Pero hay que hacerse una foto para poder sostener el paripé.

Uno:

«¿Fuisteis al Museu Picasso?»

Otro:

«Claro».

Un tercero:

«Es precioso».

Un cuarto:

«Picasso era un genio».

Otro más:

«Tú lo has dicho».

Nadie se preocupa en buscar la mayor joya del barrio después de Santa Maria: la Sala de Contratación de la vieja Llotja de Mar, en Pla de Palau, donde se reunían los pescadores de antaño para buscar patrón.

Por entonces, el mar llegaba hasta la puerta.

Cuando entro en el Damián, aún tengo el sabor del coño de la Remedios en la lengua. No quiero perderlo, así que cuando me saca un quinto le digo que no con la cabeza.

Justo en ese instante, el hermano del Milongas hace su entrada.

Aún no está frío el cuerpo y ya busca sangre.

Damián lo mira.

—Siento lo de tu hermano.

Lo dice porque es un buenazo, y porque tiene miedo de que le dé por destrozarle la parada si le ve un mal gesto.

—¿Qué sabes tú? —replica—. ¿Qué coño sabes tú? —insiste.

El chaval no tiene nombre. Lo tiene —se llama Antonio—, pero nadie lo ha llamado así nunca.

Siempre ha sido el hermano del Milongas.

Siempre a su sombra.

Siempre cargando con su cruz en silencio.

Ahora tratará de labrase una identidad, de volver a ser el Antonio.

La valentonada es un primer paso.

—¿Yo? ¿Qué voy a saber yo? —responde Damián.

—¿Y tú?

La pregunta va por mí.

—Yo solo sé que no sé nada.

Me sale así.

El hermano del Milongas se me planta delante, tan pegado que le huelo el aliento a garrafa. Le tiemblan las manos.

Es lo que en catalán llamamos un *milhomes*.

El honor le exige venganza. También el negocio, si quiere heredarlo con alguna garantía.

—¿Te hace gracia?

Lo miro.

Con gusto le daría una hostia, o media, porque no tiene más y hay que economizar. Pero no quiero problemas, tampoco llamar la atención. Aún tengo cosas que hacer.

Le noto medirme.

Al cabo de unos segundos, recula.

Lo hace sin que parezca que lo hace, ya me entendéis. Me perdona la vida con ojos derrotados.

—Aquí no va a haber paz hasta que salga la rata, ¿estamos? —dice antes de dar media vuelta y largarse.

Es una advertencia. También significa que sospecha que ha sido alguien del barrio. Debe encontrar al culpable o cargarle el muerto a otro; si no, empezarán a pensar que ha sido él.

Ya lo piensan muchos.

Ya lo piensa el señor Cervantes.

—¿Te lo he dicho o no te lo he dicho? —salta Damián en cuanto sale—. No nos dejará en paz. Y aún faltan los otros.

Los *mossos*, que, tal como piensa, no tardarán en dejarse caer por aquí. La maquinaria se ha puesto en marcha. Ahora todo es dejar que coja revoluciones, que la hélice alcance la velocidad suficiente para permitir el vuelo.

—Tú a lo tuyo, Damián —le digo.

Hace años pasó lo mismo.

Alguien le abrevió la existencia al Chema. Entonces fue el Milongas quien vino a hacer preguntas. Era su lugarteniente; su mano derecha y también la izquierda.

Todo el mundo sabía que había sido él quien lo había mandado al otro barrio, pero había que mantener las formas.

Las dichosas formas. Las malditas formas.

Todo son formas, ahora.

También vinieron los *maderos*. A ellos les daba igual el culpable: solo querían saber quién iba a hacerse cargo del negocio, conocer a su nuevo interlocutor, para que nos entendamos.

Eran de otra pasta. Más cabrones —aún llevaban el gris por dentro—, sin tanto remilgo. Se llevaban lo suyo, claro: aranceles por no entorpecer el creciente libre mercado.

Los *mossos* son más aseados. Más guapos.

Más catalanes.

Del *poble*.

Aunque tener, también tienen lo suyo. Como todos.

—Ponme ese quinto, anda.

Saboreo por última vez el coño de Remedios.

UN INCISO. EL MILONGAS

Debo pedir os disculpas. No os he contado lo del Milongas.

Yo lo maté.

Anoche.

Nadie lo sabe, claro.

Me costó lo mío. No porque fuera uno de esos maromos de gimnasio; era más bien poca cosa, con aire de tísico. Tampoco porque fuera a perder la flor con él. A estas alturas ya he plantado un jardín. Sino porque, como os he dicho, aunque era un hijo de la gran puta —lo de la droga tiene un pase, lo de reventar a una mujer a hostias es el peor de los pecados—, me caía bien.

Mejor dicho: no me caía mal.

Mal *del todo*.

Es un matiz, ingrátido si queréis. Pero importante. Todos lo son. Nos separan de la generalidad tosca, siempre inconcreta, siempre imprecisa, siempre inexacta.

No dejaba de ser un chaval del barrio, de cómo era antes de irse al carajo, antes de que los señoritos de Pedralbes, de La Bonanova, de las Tres Torres, de Gràcia y Sant Gervasi, bohemios de salón, niños de papá y mamá, de *nany*, se encapricharan de sus techos altos con rosetones de escayola que son un primor, con molduras que son una filigrana; de sus lámparas de lágrimas de cristal como diamantes de una película de Tarzán; de sus suelos de baldosa buena, de los que duran toda una vida en un tiempo en el que cualquier cosa nace con fecha de caducidad.

Han venido a meternos su sagrado catecismo por el culo. Somos paletos; alguien debe predicarnos los beneficios de la postmodernidad; de la post-postmodernidad. Hasta se han inventado una palabra para etiquetar su fenómeno evangelizador: *gentrificación*. Todo para certificar algo que hace ya mucho tiempo que es sabido: que cuando el señorito se encapricha del coño de la criada, se lo folla y punto.

Pero volvamos al chaval.

Al Milongas, que era guapo de cara, todo sea dicho, con esa belleza que a veces tiene la fragilidad, lo bautizaron Manuel como al padre. Pero todo el mundo en el barrio lo conocía como *el Milongas*.

Su progenitor se dedicaba al cante. Podía haber sido un maestro de la milonga flamenca, decían, pero tenía la voz tan parecida a la de Pepe Marchena que eso hizo toda la vida: imitar a *La vieja* en un tablao para turistas del Poble Espanyol.

Probó suerte en la sala Tarantos cuando la abrieron en el 63, pero no llevaba nada propio dentro, el hombre. Los que le hicieron la prueba debieron de verle el vacío. Eso sí, la voz igualita que la de Marchena. Casi era él. Pero no lo era. Así que se buscó el pan siendo otro y eso le amargó el carácter. Lo pagó con la mujer y los hijos.

Pero dejadme que os cuente lo que pasó anoche.

Cuando entro en el cuarto, el Milongas está con otros dos. Los conozco; sé que uno lleva un *hierro*, que el otro es un artista del *pincho*.

Lo llaman *el Faca*.

Ese irá el primero.

En las distancias cortas, un hombre que sabe manejar el cuchillo es mortal de necesidad. Más que el que lleva pistola. Porque eso es lo que esconde el otro, una de esas dichosas automáticas.

No me gustan.

Cargan demasiadas balas, y eso hace que no las valoren.

El del *pincho* viene a por ti, al cuerpo, y en menos de un segundo te abre un boquete. Si el tío es bueno, no hay nada que hacer. El de la pistola, en cambio, entre que la busca, la saca, la prepara —cuando no la lleva lista y se revienta un pie o se hace otro agujero en el culo—, te da tiempo para tomarte un cubata.

Además, siempre fallan el primer disparo.

Se creen que llevan una escopeta de postas.

Por eso irá el segundo.

Antes de venir, le he quitado el forro al bolsillo del pantalón —uno amplio, de poliéster, viscosa y raya en medio, la parte de abajo del traje con el que me casé— y me he metido el revólver en el calzoncillo, justo debajo de los huevos. Un 22 la mar de pequeño; el cañón entre las nalgas, el tambor en el perineo y la culata subiendo por un lateral de los testículos.

Por eso aprieto los glúteos, para que no se me escurra.

Al mirarme, piensan que ya no controlo los esfínteres, de ahí el culo constreñido, el andar corto y torpe.

Piensan precisamente eso.

El Faca:

«Pobre viejo, ya no controla los esfínteres. Si me ves así un día, pégame un tiro».

El otro:

«Si te veo así, te lo pegaré».

Mientras el Milongas separa la nieve que hay sobre la mesa como si fuera Moisés, meto la mano hasta sentirla con la excusa de colocarme el paquete.

Es un gesto muy de viejo.

Nos tocamos los cojones para saber que siguen ahí, que la falta de uso no te los ha dejado como una pasa.

Sonrío y no dejo de mirarlo.

Los otros dos están tranquilos. Me han cacheado al llegar, claro. Aunque han hecho el trabajo a medias. Porque pasarle la mano por la entrepierna a un hombre que huele a pis, flor seca y cementerio no es plato de buen gusto. Así que se lo han ahorrado.

Confían.

En su juventud.

En su superioridad física.

En que no tengo ni media hostia ni las pelotas que se han negado a tocarme.

Si quieres tener futuro en este negocio, lo primero que debes desterrar del ideario es el exceso de confianza.

Saco el revólver y apunto al Faca al pecho. Aunque lo tengo a dos pasos, a estas alturas me tiembla el pulso.

Disparo.

Cae.

Es probable que tenga que rematarlo, pero eso vendrá después.

Al escuchar el pistoletazo, su camarada se tensa como un velocista en los tacos de salida. Se lleva la mano a la espalda, pero no atina con los nervios, con las prisas. Ni siquiera ha tenido tiempo de apuntarme cuando le pego el tiro.

Tarda algo en caer.

Un 22 no es un cañón, pero la bala se fragmenta y provoca una escabechina dentro del cuerpo. Esquirlas que lo destrozan todo a su paso.

El Milongas pone cara de pavo.

Su expresión contiene un: «Pero ¿qué coño haces, viejo?».

Vuelvo a dispararle.

Ahora apunto tranquilo, esta vez al frontón, pero el tiro le dibuja un lunar debajo del ojo.

Matar no es una cuestión de rapidez, es una cuestión de calma.

Busco de nuevo al Faca.

El primer tiro debe de haberle alcanzado el corazón, porque no se mueve y el agujero del pecho le llora líquido pericárdico. Pero no es cuestión de preguntarle, así que me inclino y le disparo otra vez, todo lo cerca que me permite la riñonada, que ya no es mucho.

Cuatro balas.

Me quedan dos.

Para el Milongas, que aún no se cree lo que está pasando.

—¡Joder! —reacciona al fin—. ¡Puto viejo!

Ni siquiera se lo plantea, que va a morir. A diñarla, que diría él.

Me mira.

Puedo ver todo el cuarto reflejado en su pupila. Me veo en el centro. Me entretengo durante un rato. Me acerco, me asomo; cuanto más encima, más desfigurado estoy.

«Quizás ese es mi verdadero yo», pienso.

—La hostia puta. —El Milongas de nuevo—. Joder con el viejo. Dime viejo: ¿qué coño quieres, viejo? Puto viejo.

Más que una retahíla, es un farfullar.

Así hablan los chavales de hoy, atropellados. Siempre con prisas.

Tenía preparado un discurso, una cosa breve. Algo así como las palabras de Neil Armstrong antes de pisar la Luna.

Pero no importa.

Tampoco creo que le interese.

Así que al final callo.

No por él, sino por mí. No soy Neil Armstrong. No nos parecemos en nada Neil Armstrong y yo.

Levanto el arma.

Esta vez sí que me centro en su cabeza.

El tío está sentado. Quizás le esté pasando por delante la película de su vida. Cada alma del señor es diferente.

Como no puede ser muy larga, espero a que termine mientras reparo en la estría que tiene sobre el labio, breve como una tilde.

Ya está.

The end.

La bala se lleva por delante una de sus paletas. No creo que le importe. No va a necesitarla más.

Vuelvo a disparar.

CLASES DE BAILE

El plan es el siguiente: dejar pasar un par de días, tres a lo sumo. Dedicarme a pasear, a leer, quién sabe si hasta a escribir —me compré una vieja Olivetti hace unos meses, pero la pobre sigue dormida—, y después contactar con el señor Cervantes.

Es el dueño del cotarro en Ciutat Vella, el señor Cervantes. Trafica con todo a lo que le pueda sacar un beneficio.

No comercia ni con armas ni con órganos, eso sí. Son otros mercados, más costosos, exigen más logística y otra moral, otra ética. Porque él es un hombre de lo más honrado.

Tiene su buena casa en la avenida del Tibidabo, su chalé en Sitges, no muy lejos del Museu del Cau Ferrat, su familia perfecta, sus negocios que cotizan.

Os decía que me compré una vieja Olivetti hace unos meses. Siempre he pensado en escribir mis memorias.

Vanidad.

Durante un tiempo también pensé en escribir novelas de misterio.

Ahora todo son novelas de misterio.

«El *boom* de la novela negra» a todas horas, en los diarios, en las radios, en las teles.

Ponen unos muertos, ponen un asesino despiadado más listo que el hambre, ponen un madero o detective más listo aún que el asesino despiadado que es más listo que el hambre y ya está. Hasta empecé a ir a *Negra* y *Criminal*, en la Barceloneta, durante una temporada.

Una vez coincidí con Andreu Martín justo debajo de la mano que hay en la esquina de la calle de Sòria con Sant Carles, no muy lejos.

Lo tomé como una señal. Así que pensé en escribir una en la que un asesino mataba al librero y lo desafiaba a que solucionara el caso. Y claro, lo hacía. Él y su inseparable ayudante ciego, que era experto en artes marciales como Zatoichi.

Muerte en Negra y Criminal era el título.

Pero al final desistí y me pasé a lo histórico-etnográfico, que de ventas anda igual y te da más prestigio.

Alguien debe contar la verdad.

La de la cloaca.

No le hemos importado nada a nadie a lo largo de la historia. Solo hemos sido esfuerzo productor y leva forzosa. El pueblo nunca es sujeto, solo complemento indirecto o circunstancial en alguna nota a pie de página.

Camino de la Biblioteca de Catalunya veo lo que nos espera. El Raval también empieza a morirse. A la Barceloneta le está pasando tres cuartos de lo mismo.

El burgués ya no baja de la Diagonal si no le vienen visitas. Entonces sí, hay que ir al barrio Gótico, a la catedral, a las Ramblas; y cuando traspasa el Rubicón, se queja de que ya no hay quien pasee por Ciutat Vella y maldice los Juegos Olímpicos que le llenaron los bolsillos.

Cruzo las Ramblas y enfilo por la calle de la Petxina hasta Hospital. Siempre escojo esta ruta. Me gusta el momento de frescor que me proporciona, la tranquilidad. Aunque me dure un minuto. Dos si ralentizo el paso.

Lo hago.

A mi edad cada instante cuenta.

Unas veces para bien, otras para mal.

Sigo hasta la plaza del Canonge Colom y allí, justo en la esquina, recostado contra la fachada de la antigua iglesia del hospital, me tropiezo con Braulio.

Una gárgola caída.

Es un mendigo de oficio, de los que ya no quedan.

Un pobre con pedigrí.

Las calles se han llenado ahora de una clase media que jamás lo fue. Subieron de categoría a base de créditos, hasta que, nada más sacarlo del horno, el suflé se fue a tomar por culo.

El nuevo pobre es el autónomo; el pequeño constructor, el arquitecto, el bancario, el ingeniero, el oficinista, el contable, el operario al que han liquidado con cincuenta. Todos tenían el futuro hecho, la vida planificada. Todos transitaban obedientes por el sendero de adoquines de oro camino de Oz. Todos habían cumplido con la hipoteca, con la segunda hipoteca, con el seguro privado, con el fondo de pensiones, con el fondo de inversión, con el crédito para el coche de alta gama.

Ahora los ves perdidos.

Los ves vencidos.

A eso los han llevado.

A eso se han dejado llevar.

Son muertos que aún no saben que lo son.

Me paro a hablar con Braulio.

En realidad, lo que me interesa es escucharlo.

Braulio es el radiotelescopio de Arecibo. Si quieres enterarte de lo que pasa en Ciutat Vella, es tu hombre. Y yo quiero saber qué sabe. Qué se dice de lo del Milongas.

—Hombre, Justo. Contigo quería yo hablar.

Su deseo me despierta un temblor. Es solo un segundo, hasta que escondo la mano en el bolsillo; si sabe algo, si alguien me ha visto —la calle tiene mil ojos, mil oídos, quinientas bocas—, estoy jodido.

Braulio vive de lo que sabe. No entiende de romanticismos, tampoco de lealtades si puede obtener un beneficio.

—¿Qué pasa? —contesto.

—Ya sabes lo que pasa.

La saliva se me seca.

Como no contesto, se ve en la obligación de aclarar.

—Lo del Milongas. ¿Qué sabes?

Es la primera vez que me pregunta algo. Él a mí. Y me doy cuenta de que de algún sitio debe de sacar la información. Me lo había imaginado al frente de una red de espías integrada por vagabundos, por sin techo, por críos de la calle a lo Holmes, a lo Oliver Twist. La realidad es siempre más prosaica; el hombre se limita a preguntar aquí y allá, a procesar lo que le cuentan y sacar sus concusiones.

—Eso iba a preguntarte yo a ti —le respondo, ya más tranquilo.

—Estoy *in albis* —se encoge de hombros.

Le gusta usar alguno siempre de los latinajos que atrapa al vuelo. La ventaja de mendigar frente a una biblioteca es que, además de céntimos, de vez en cuando te cae alguna frase, sentencia, aforismo o latinajo. Y como Braulio es un Diógenes, jamás arroja nada a los confines del olvido.

—Y me jode estar *in albis* —repite. Lo remarca para demostrarme que sabe qué significa.

—Lo único que sé es que se veía venir —constato.

—Te tenía por un tío más listo —replica, molesto—. Eso lo sabe hasta un niño de teta. Cada negocio tiene su edad de jubilación.

«Coño», me digo entonces.

No me refiero a sus palabras, sino al propio Braulio.

A quién es.

A lo que es.

Y me doy cuenta de que traía la intención oculta: he venido a plantar una semilla y sentarme paciente a esperar que germine.

Debo reconocer que me jode usarlo; el único patrimonio que le queda es la credibilidad, y estoy a punto de saltársela por los aires.

Pero cada uno cumple su papel en el plan del Señor.

En la plaza de la Puntual hay un árbol. Una jacaranda.

Justo debajo hay un banco.

Es más bien una silla, uno de esos muebles de diseño que el ayuntamiento lleva tiempo plantando aquí y allá.

Antes todos los bancos de Barcelona eran sinuosos.

Ahora todo es cuadrado, sólido, rotundo. Ahora todo es germánico.

Me siento para descansar de mi paseo diario, una hora seguida para reforzar el corazón y ejercitar la cadera.

El ortopedista me recomendó que me comprara un par de zapatillas de suela redondeada, de las que parecen una de esas viejas mecedoras de tinta. Me dijo que te

hacen caminar como los masái, que al parecer son la gente que mejor anda del mundo. Dicen que también ayudan a adelgazar, lo que explica que vea a tantas mujeres gordas con ellas.

Viejos tullidos.

Mujeres gordas.

El banco enfrenta el busto en honor a Santiago Rusiñol. Es de Enric Clarasó, la escultura. La colocaron aquí en 1935.

Nos miramos, Rusiñol y yo. No nos decimos mucho, aunque podríamos. Ambos nacimos en este barrio.

La plaza se llama así en honor a La Puntual, la mercería de *L'auca del senyor Esteve*. También podría referirse al reloj que sobresale del edificio que hace esquina. Jamás ha retrasado desde que vengo.

El flujo de gente Princesa arriba, Princesa abajo es cada vez menor.

Para las siete, cuando el Museu Picasso baja la persiana, el discurrir se reduce a la mitad. Quedan los de casa y los que peregrinan al nuevo centro espiritual del catalanismo: el Born Centre de Cultura i Memòria.

Se ha convertido en una especie de zona cero.

«Aquí hubo un gravísimo atentado terrorista borbónico en 1714, ¿saben? Y murieron más que en las Torres Gemelas. Pero a la gente de Madrid no le interesa recordarlo, claro, porque los Borbones ahí siguen. Ahora se reproducen con presentadoras de la tele, para renovar la sangre, para durar más».

Más tarde serán sustituidos por otro tipo de creyentes, los que vienen con intenciones orgásmico-gastronómicas a alguno de los nuevos templos de la cocina que han brotado por el barrio. Han abierto varios alrededor del antiguo mercado, como capillas laterales de la nueva catedral. Cada una está dedicada a un santo: san Pintxo, santa Deconstrucción, san Nitrógeno Líquido, santa Esferificación y san Aire, que es el colmo de la vacuidad.

Rusiñol sigue callado.

Él era más de *escudella i carn d'olla*. De *esqueixada*. De *fricandó*. De *bacallà a la llauna*. De *samarreta* y *barretina*.

Las *fondes de sisos* también se han ido a la mierda. Cada vez sobreviven menos templos; cierran los cines, apenas quedan librerías.

Tampoco lo ha contado La Puñalada.

Nada prevalece, ni lo físico ni la memoria de las piedras, mucho menos la de la carne.

De repente, veo al Antonio.

Camina deprisa, como si supiera adónde va.

No lo ha sabido nunca, el pobre. Sin su hermano es un alma en pena. Eso sí, se la guarda bien dentro. No es cuestión de que le descubran el canguelo que trae desde el útero.

Decido seguirlo.

No es que tenga una razón concreta.

Es un impulso.

Un capricho de viejo.

Hay quien los compara con el antojo del crío, pero son de naturaleza diferente. También lo es su fin. Los nuestros son fruto de un hartazgo vital, de un estar ya hasta los cojones de todo, y su finalidad —su necesidad— es fisiológica, terapéutica, incluso trascendente. El capricho infantil, en cambio, emana de una conducta aún no domada, de un estadio salvaje, y su intención es puramente localista.

Al ponerme en pie me doy cuenta de que un armario anda tras él. No lo conozco, pero me hago una idea de quién es.

Más bien de *lo* que es.

El Antonio tuerce a la izquierda por Flassaders.

El hombre avanza tras él, y yo tras ellos.

El sol estira ya las sombras hasta sobrepasar la altura de su dueño. Cada uno arrastra la suya como puede.

La ventaja de haber llegado a cierta edad es que nadie se fija en ti. Cuando más deberían temernos, que es ahora que hemos alcanzado la cúspide del saber, la cima del cabreo, más nos minusvaloran.

Formamos parte del paisaje.

No lo afeamos como los pobres, pero al tiempo.

Salimos al paseo del Born y torcemos por Calders.

Al verme pasar, Damián, que recoge la terraza, me saluda. Separa los labios, agita la mano, pero lo dejo con la palabra en la boca.

Por la dirección que tomamos —Esparteria primero, Vidriera después—, vamos camino de casa del Antonio, que vive en la plaza de las Olles.

El tipo que lo sigue también lo sabe, porque acorta distancias a medida que nos acercamos al portal.

Hasta que pone un pie dentro, el Antonio no se da cuenta de que lo encima. Si hubiera sido un *mosso*, si hubiese sido un *madero*, le habría calado hace cuatro esquinas.

Pero no lo es.

Aún no se ha cerrado del todo la puerta cuando lo engancha por la nuca y el sobaco y lo estampa contra la pared.

El pobre choca contra el revocado como un pájaro contra una ventana.

Le rompe la nariz.

Le abre una brecha en la ceja, otra en la frente y lo arrastra hasta el hueco de la escalera.

No sé qué hacer.

Yo he iniciado el baile, pero no esperaba que las piezas se sucedieran tan rápido.

Braulio se ha dado buena maña.

El tío que ha venido a visitar al Antonio es mala gente.

Es un hombre del señor Cervantes, tan aseado como frío, como despiadado, como hijo de la gran puta.

Estoy seguro de que es del Este; ruso, serbio, croata, albanés, kosovar. Vete tú a saber. Muchas horas de gimnasio, las mismas que de solárium; la piel de un naranja confitado, el pelo como un tepe de césped al ras.

Cervantes solo contrata lo mejor, gente acostumbrada a matar todo lo que ostenta vida: insectos, ratones, perros, gatos, hombres, mujeres, niños, viejos. No les supone ninguna diferencia, tan solo un cambio de escala. A algunos les gusta el oficio, a otros no, pero ninguno tiene problemas de conciencia.

En una ocasión oí que uno de ellos cobraba a peso: mil euros el kilo de fiambre.

Hoy en día puedes encontrar a un sicario por dos duros, pero si quieres un buen servicio, la cosa cambia; eso se paga.

Alguno hasta cotiza a la Seguridad Social.

Ninguna de las personas que están sentadas en la terraza de La Catalana se ha dado cuenta de nada. No han querido. Ahora los educan para no meterse, todo el mundo ostenta una neutralidad de lo más pulcra.

Eso somos.

Una panda de pusilánimes.

Un atajo de cobardes.

Una especie de mierda.

Entro.

El suelo está recién fregado, las baldosas lucen.

Por un momento han recuperado parte del esplendor del día en que las colocaron, en que las fregaron por primera vez tras secarse la lechada.

Puedo ver en ellas las pisadas del Antonio y su acompañante. También las gotas de sangre que ha derramado su nariz. Una ha caído en medio de una loseta blanca y ha estallado en flor.

La sangre es muy escandalosa. Al portero no le hará ninguna gracia que le hayan arruinado el trabajo. Él cumple con lo suyo cada mañana: fregar el suelo, frotar los pasamanos de latón, limpiar los cristales.

Huele a lejía.

También a mar.

Todos los edificios del barrio sudan sal.

Aguzo el oído.

Lo único que me llega son golpes sordos, lamentos callados. El Antonio se hace el duro. No quiere darle la satisfacción de lloriquear.

«Lo doblegará», pienso.

En cuanto se dé cuenta de que el rubio no está allí para darle una paliza sino que el encargo es otro, se acabó la resistencia.

Le está dando un buen repaso.

Los golpes le aterrizan en el estómago y en los costados, justo bajo las costillas, buscándole el hígado, buscándole el bazo, tratando de atinarle en los riñones.

Es un profesional. No pega en la cara.

No es que le importe dejársela como a un *Ecce Homo*, es que no quiere pelarse los nudillos.

Pegar duele. Os lo puedo asegurar.

Avanzo despacio.

Ahora huelo el pis.

Al tío se le ha ido un gancho abajo y el Antonio ha descargado la vejiga; si no me doy prisa, lo manda al otro barrio antes de que llegue.

Alguien le ha contado ya al señor Cervantes —una llamada en pleno acto social, una velada de empresa, una *soirée*, quizás en una celebración familiar, la fiesta de cumpleaños del *nen* o de la *nená*— que ha sido el Antonio quien se ha cargado al hermano. Que tiene la marca de Caín. Que planea dar un giro al negocio, buscar otro proveedor, irse con el Moro.

Lo único que le he dejado caer a Braulio es que hace unos días lo vi saliendo del Ramos, el hostel que hay al principio de la calle de Sant Rafael.

Yo:

«El angelito se nos ha buscado una reina mora, ya ves».

Braulio es un tipo listo. Si le das las cosas masticadas, no traga. Es un hombre de procesos mentales propios. A él dale un cabo, que ya tirará del hilo.

El ruso se me queda mirando.

La cabeza del Antonio cuelga. Está vencida a un lado como la del *Cristo* de Velázquez. Lo único que sabe es que han dejado de pegarle; lo demás, de momento, no le importa.

Es uno de esos instantes en los que todo queda en suspenso antes de volver a ponerse en marcha al ralentí.

«No es una amenaza».

Eso es lo que piensa.

El ruso:

«Solo es un maldito viejo».

Bendita ignorancia. Mata más que el cáncer.

Valora si debe liquidarme. Le he visto la cara. Sopesa los pros y los contras, si en el hoyo en el que va a tirar al Antonio caben dos, si alguien me echará en falta y empezará a tocar los cojones.

Sabe que aunque el cainita desaparezca del mapa, nadie abrirá la boca.

Tampoco la bofia.

Eso le ha dicho el señor Cervantes.

Pero puede ser que alguna mosca cojonera se interese por el abuelo, que comience a hacer preguntas, una mujer, un hijo, un nieto. Y claro, en ese caso los

Mossos tendrán que hacer algo. Dios no quiera que salga en las noticias, que alguien empapele la calle con pasquines de un yayo adorable.

«El yayo se marchó de casa hace unos días y aún no ha vuelto».

«El yayo tiene Alzheimer».

«Echamos de menos al yayo».

Un engorro, vamos.

—Tú, largo.

Ha decidido: hoy toca pulgar hacia arriba. Así que hago mi papel, que para eso he venido.

—Tengo que coger la fregona. Lo habéis dejado todo hecho un desastre. Así que vosotros a lo vuestro y yo a lo mío.

El comentario le hace gracia.

«El viejo tiene huevos», piensa.

Lo que no le hace tanta gracia es cuando saco el revólver y le abro un nuevo ombligo en el pecho.

En realidad, por el sitio, es más bien otro pezón.

Entiende que le acabo de pegar un tiro. Entiende todo lo que hay que entender de tiros.

Lo que no comprende es por qué.

OTRO INCISO

Es la segunda vez que me pasa.

Con la edad, las cosas dejan de seguir el discurso aseado, ordenado, sencillo, de una película de indios y vaqueros.

Uno no puede fiarse de los recuerdos, son una maraña, son un maldito embrollo.

Te enredan.

Mienten.

En una ocasión leí que muchas de las cosas que creemos que nos han pasado no nos sucedieron nunca en realidad.

Jamás.

Algunos hasta cargan con traumas inventados, con dolores que no fueron. No tienen bastante con los que les han jodido la vida, necesitan otros, necesitan martirizarse, santificar las penas.

Así es la memoria: un jodido rompecabezas.

Por eso, antes de seguir, debo contaros otra cosa: quién soy.

Mi nombre es Justo.

No es una casualidad. Mi madre me lo puso sabiendo bien lo que se hacía. De ella conservo el nombre y la historia sobre mi verdadera identidad.

La mayoría se va al hoyo sin conocer esa respuesta, así que el hecho de saberlo desde que naces te ahorra mucha frustración.

Era judía, mi madre. No de Israel, sino holandesa.

Una pobrecita Anna Frank.

Conoció a mi padre en el campo de Buchenwald, entre Ettersburg y Hottelstedt, cerca de Weimar. Por entonces, él militaba en el PC. Se había metido en la resistencia gabacha y se lo llevaron allí por la misma época que a Semprún. Después les tocó a ella y a sus padres. Cuando los liberaron, decidieron regresar a Barcelona e instalarse aquí. Me tuvieron poco después.

Ya desde que estaba en su vientre, me contó la historia. La repetía una y otra vez para que me calara como una lluvia tenue, como la futura madre que se pone un auricular en la barriga para que el feto escuche a Mahler, a Brahms, a Beethoven, a Mozart, a Fauré con la esperanza de que le salga más listo, más sensible, más culto.

Los judíos creen que en cada generación viven treinta y seis justos, los *Lamed Vav Tzadikim*. Si uno solo de ellos faltara, Dios nos libre, Dios no lo quiera, Dios nos proteja, el mundo se iría a tomar por el culo de inmediato. Como se fueron al garete Sodoma y Gomorra porque Abraham no pudo encontrar ni a diez entre sus calles, mucho menos en sus callejones.

Son gente anónima.

Son gente como Damián, como Braulio, como yo; quién sabe si hasta como el Milongas.

Si lo era, la hemos jodido.

«No tienen por qué ser gente buena. Son gente justa, ¿entiendes la diferencia?», decía mi madre.

«Para hacer justicia es necesario ser implacable, y los buenos son débiles, pusilánimes incapaces de hacer lo que hay que hacer», sentenciaba.

Durante mucho tiempo, creí que estaba loca. Que era por lo que le había pasado en Alemania. Por vivir todo el día rodeada de muerte, de la indiferencia terapéutica, de los que vivían al otro lado del espino; los que veían cómo las chimeneas tosían humo todo el día, cómo los penachos negros cubrían el sol, cómo los copos de ceniza gris se posaban sobre los pétalos de las rosas de sus jardines, de los muros de piedra que los guardaban, de los alféizares de sus ventanas, de las escamas perfectas de sus tejados.

Pero un día antes de morir —se apagaba en la cama como una candela sin cera—, lo dijo.

Dijo:

«No lo olvides, Justo, tú eres uno de los treinta y seis».

Fueron sus últimas palabras en vida. Porque tras la muerte de Eva empezó a darme otra vez la tabarra.

Dicen que cada vez que a alguien se le aparece la Virgen —está en las crónicas; lo aseguran las niñas de Fátima, lo cuentan las de Lourdes—, el aire huele a flores.

También cuando mueren los santos.

Pues la voz de mi madre viene siempre precedida de un olor al jabón de manos Richelet con el que se las lavaba una y otra vez.

Así que, al final, lo acabé aceptando.

Acabé aceptando quién soy.

Acabé aceptando lo que soy.

COSECHA ROJA

El Antonio vuelve al fin de entre los muertos.

Ha estado allí solo en potencia. Ha deambulado por la cornisa, ha echado un ojo al abismo. No ha llegado a cruzar el umbral, pero por un momento ha estado más allá que aquí, y eso marca.

Quizás hasta se ha dado un garbeo por el túnel oscuro, ha avistado la luz apacible, lejana, en el extremo, una luna llena que le susurra «ven», la silueta que dobla el cuerpo sobre el brocal y observa el fondo con expectación mientras lo espera.

Mira a su alrededor.

Su expresión me recuerda a la de su hermano después de verme liquidar a sus matones.

Pienso en el portero. Al pobre le tocará afanarse.

Ya no es un caminito de gotas, lo del suelo; es un cenagal de sangre, orina y heces.

Los músculos del control de la vejiga son los primeros en aflojarse cuando uno va camino del otro barrio; el esfínter y el suelo de la pelvis vienen después.

Llegamos al mundo cubiertos de mierda y nos vamos envueltos en ella.

Entre medio, más mierda.

Lo ayudo a levantarse.

Todavía está sonado. Se mueve como si estuviera en el fondo de una piscina, inepto, desmañado, sin nada a lo que asirse. El aire se le ha vuelto un éter denso, un entorno ajeno.

No me reconoce.

Sabe que me ha visto en alguna parte, estoy almacenado en algún rincón de su cabeza, pero nunca se ha fijado en mí.

No hasta ahora.

En cuanto recupera la verticalidad se tambalea, luego se dobla y vomita. Después se limpia un hilo de baba prendido del labio.

Es hora de volver a sembrar.

—Era un hombre de Cervantes —lo informo—. Cree que has liquidado a tu hermano.

Aunque no lo dice, sabe que el único apoyo que le queda en este mundo son las propias vértebras.

—¿Cómo lo sabes?

—Si quieres, se lo preguntas a él.

—¿Y tú quién coño eres?

—Y eso qué más da.

—Da.

—Soy Justo.

—Eres el del bar, ¿no? ¿Para quién trabajas tú?

—Yo no trabajo para nadie.

—Y una mierda.

—Habla con el Moro —respondo, como si dejara escapar una confesión.

—¿Qué coño tiene que ver el puto Moro en todo esto?

—Te espera mañana por la noche en la Verónica. Yo de ti desaparecería hasta entonces.

«Ya está».

Antes de salir me doy cuenta de que tengo la camisa hecha una pena, también los pantalones. Me la pongo del revés. Casi podría pasar por una de esas prendas modernas.

Enfilo por Bonaire hasta Espartería.

Tarde o temprano, el Antonio caerá.

Lo sabe él.

Lo sé yo.

Lo saben hasta los adoquines.

Mi intención es acelerar el proceso, guiar las iras del señor Cervantes hacia la otra orilla de las Ramblas.

Hacia el Moro.

Pero antes debo hacer otra cosa.

En cuanto cierro la puerta de casa me llega el olor a jabón.

—Hola, madre.

—No te duermas, Justo —me dice. Su voz es un eco. Es una reverberación—.
Queda mucho por hacer.

—Mañana, madre —contesto.

Hace calor.

Es más un bochorno, una calorina que se te pega a la piel como breá.

Termino de desnudarme en el baño.

El suelo está frío.

No pienso dejar que un pijo disfrute del frescor de mis baldosas.

Enciendo la tele.

En los telediarios no paran de repetir que hay que hidratarse, que hay que protegerse del sol, hacer ejercicio moderado, reducir la actividad, especialmente los pobres ancianitos, que, por lo que se ve, caemos como moscas en esta época.

«Tendría gracia que la bofia me encontrara muerto por un golpe de calor junto al matón del señor Cervantes», pienso.

Un sanitario:

«Pobre viejo».

Otro:

«Mira que lo dicen, que lo repiten hasta la saciedad en la tele, que tienen que hidratarse».

Cierro los ojos y repaso mi estrategia.

A estas alturas, aquellos que hayáis leído *Cosecha roja* ya sabréis cómo va. Es una novela de Hammett, la primera. Siempre hay demasiada gente a la que cargarse y uno abarca lo que puede, de modo que lo mejor es dejar que se liquiden entre ellos y limitarse a rematar la faena.

Hasta ahora me he dedicado a la muerte selectiva. Lo mío ha sido algo quirúrgico, discreto, callado. Un goteo incesante.

Es una cuestión de equilibrio.

Cada vez que la balanza se desnivela, yo la igualo.

Pero llegar al señor Cervantes demanda otras estrategias.

No tengo ganas de hacerme la cena, así que decido pasarme por el Damián.

No es que no me guste cocinar, lo que no me gusta es comer solo, y una mesa para uno supone el mayor de los desamparos.

Me recuerda que Eva ya no está.

Con un poco de suerte, esta noche descarga.

Me lo confirma Ramona, una de las pocas vecinas de toda la vida que queda en mi calle. Mantiene la costumbre de fregar delante del portal para que no se levante el polvo, para enfriar el suelo al caer la tarde.

Así está, dale que te dale, cuando salgo. Después riega las plantas que acicalan su fachada: geranios, hibiscos, prímulas, petunias, damasquinos, nemesias, caléndulas; también hay una bromelia, y un jacinto.

Cada una en su maceta.

Cada tiesto de un color.

—Yo de ti subiría a por un paraguas.

—Nos mojaremos, Ramona —encojo los hombros.

«Es terrible cómo la vida marchita la belleza —pienso al mirarla—. Cómo el paso del tiempo descompone la carne, desluce la flor, pudre el alma».

Nos conocemos desde críos.

Ramona era una de las niñas más guapas del barrio. Su piel gitana, el contraste de sus ojos azules con aquel tono Cola Cao.

Fue la primera a la que le salieron las tetas, y a esas edades el interés de todo chaval de diez años se resume a eso. Todo su universo pivota alrededor de esa maravilla de la naturaleza, de ese *ónfalo* sagrado.

Así llamaban los griegos al centro del mundo.

En realidad, significa *ombligo*, que es nuestro primer vínculo con otro en este mundo. Nuestra primera cicatriz. Por eso permanece ahí, visible, inútil, en el centro del cuerpo, para recordarnos que nada es eterno.

Según Quim, un amigo de aquellos tiempos, existen noventa y seis tipos de ombligo. Como todo fetichista, era un experto en la materia, hasta el punto de tener la casa llena de macetas plantadas con *Umbilicus rupestris*, y su madre feliz porque pensaba que la afición botánica del hijo respondía a un serio interés científico.

El ombligo de Venus.

Presumía de haber sido el primero en follarse a la Ramona. Decía que sus ojos y sus tetas no eran nada comparados con su ombligo, alrededor del cual orbitó todo lo que pudo.

Hasta que Ramona se cansó de tener satélite.

De todas las historias que me contó, me quedé con una que tiene que ver con el origen de los *tortellini*. Os la refiero tal cual, con sus giros y su lenguaje:

«En cierta ocasión, Lucrecia Borgia se hospedó en una taberna de Castelfranco Emilia, que está al lado de Módena. Prendado de su belleza, uno de los chicos del hostel, un *voyeur* en toda regla, Justo, te lo digo así por no decirte un salido, que afea la historia, la siguió hasta su habitación y la espío a través de un agujero en la pared. Lo que vio, su vientre desnudo, su ombligo aristocrático, lo turbó de tal modo que, supongo que tras la paja correspondiente, aunque la leyenda no dice nada al respecto, bajó rápidamente a la cocina, cogió masa de pasta y trató de reproducirlo. Piensa en ello cada vez que te tomes un buen plato de *tortellini*».

Era tan remirado como Braulio.

Antes de llegar a la Puntual, tiro la ropa en los contenedores soterrados que hay al final de la calle. Parecen las torretas de un submarino que acaba de emerger.

Ahora lo hacen todo para que no parezca lo que es. Para esconder su propósito. Como si les diera vergüenza la cafetera, la tostadora, el televisor, la radio, el exprimidor de zumo.

Tampoco la comida parece comida ya.

Tuerzo por Princesa y bajo por Flassaders.

Al pasar por delante del Montiel veo al señor Cervantes. El pobre ha perdido a varios empleados en dos días; dos en nómina, tres por cuenta ajena.

Se le ve preocupado.

Me paro.

Soy un viejo mirando a través de una cristalera.

Pensarán que ando famélico.

Lo veo.

Me veo a mí.

Un yo reflejado.

Un pensamiento se instala en mi cabeza. La ocupa con todos sus bártulos, con todos sus pros, con todas sus contras, también con todas las posibles consecuencias, las que uno ve venir y las que no: entrar, coger uno de los cuchillos de la mesa, dibujarle una sonrisa en el cuello y marcharme.

Poner fin a todo esto.

A veces la vida te brinda estas oportunidades.

«Hoy puedes acabar con todo, Justo. Ahora mismo».

Me fijo en que mi sombra ya está dentro.

Pero cuando me dispongo a echar mano al pomo, descubro que no está solo.

Lo acompañan dos hombres.

Uno gira la cabeza en dirección al camarero. Estira el brazo. Agita la mano. Es el *intendent* Romea, de la ABP de Ciutat Vella. Eso supone al menos un arma. Al otro no lo conozco. Pero es alguien importante. Lo sé por cómo se sienta, por cómo lo mira Romea, por cómo lo escucha Cervantes. Por cómo se dobla el camarero al llegar, como si tuviera una bisagra en el ombligo.

Lo descarto.

Descarto la escabechina.

Descarto el vertido rojo sobre el mantel de lino blanco.

Así que me despego del cristal, pero mi sombra se queda dentro.

Otra vez será.

Damián está inquieto.

No hace falta que me diga nada. Son muchos años viéndonos las caras todos los días.

—La madre que nos parió, Justo.

La sola mención a mi progenitora hace que me venga un ligero aroma a Richelet. También un regusto amargo, una opresión en el pecho.

—¿Qué coño pasa ahora?

—¿Tú en qué mundo vives? Otro muerto, eso es lo que pasa.

Pongo cara de pasmo.

Sobreactúo, pero Damián está tan a lo suyo que ni se da cuenta. Me ha tenido siempre delante de las narices y jamás me ha visto; ninguno de los muertos que cargo. Para él no soy más que Justo, el amigo de la infancia.

No sabe nada de mi madre.

No sabe nada de mi cometido en este mundo.

—Un ruso. En el portal del Antonio.

Para Damián, todos los que vienen de los Balcanes o más allá son rusos. Aunque quizás tenga razón, quizás era ruso. Yo mismo lo he pensado. Pero no me paré a preguntar.

—¿Y el Antonio? —pregunto.

—Ha volado.

—Pues sí que estamos bien. —Encojo los hombros.

—Mira tú por dónde —suelta Damián—: la mosquita muerta se ventila al hermano y ahora se carga a un ruso. Las Olles está tomada por los Mossos.

—¿Cuánto tardas en sacar la cena?

—Media hora.

—¿Qué hay?

—*Tuturrulls* —contesta.

Asiento y me pongo en pie.

Sabe dónde voy.

—Mira que eres morbosos —me dice.

—¿Y quién querrá que se lo cuente luego?

No soy el único.

La plaza está llena de mirones.

Los de la científica entran y salen. Se quitan el mono, se apoyan en el coche, beben una botella de agua a gollete, derraman otra sobre su cabeza y vuelta al tajo.

Junto al portal descubro a un tipo que nos mira.

Nos observa escrupuloso, no pierde detalle.

Tendrá unos cuarenta, quizás alguno más. De pie, a su lado, una chavala le come la oreja con todo tipo de opiniones, de teorías que acompaña con un braceo decidido. Él no pierde ripio, tampoco cuando ella se voltea, señala hacia el interior de la finca y vuelve a gesticular.

Pero no la mira.

Nos mira a nosotros.

Nos mira como si pudiera ver.

Es un *mosso*, claro.

No lo he visto nunca por aquí, así que deduzco que lo han enviado de las Corts.

De repente, descarga el chaparrón y la turba se disuelve.

Somos casi todos del barrio; también hay algún turista despistado que luego contará en Kansas que España no es un país seguro, que aquí se cargan a la gente a plena luz del día como en Ciudad Juárez o Medellín.

Quizás lo escriba en su blog y nos arruine el turismo de una puta vez.

La cortina de agua es tan densa que no veo a un palmo.

Se ha desatado la ira de Dios.

«No te duermas, Justo. Queda mucho por hacer».

Quizás es una señal.

Cuando llego al Damián, mi camisa es una segunda piel.

Fuera sigue diluviando.

El agua golpea el suelo furiosa. El sonido es atronador, pero su cadencia es tan hipnótica como el redoble que te acompaña al cadalso.

—Se veía venir —me suelta Damián.

Me pasa una toalla.

Voy al baño, me quito la ropa y la pongo debajo del secador. Algo hará.

Al cabo de un rato, Damián entra con una camisa seca.

—Anda, quítate eso también —dice, echando un ojo a mi camiseta interior—. Te lo tiendo en casa y mañana te lo llevas.

«Otro que me ha empezado a hacer de madre», pienso.

Damián vive en el 4 de la plaza de Santa Maria, justo antes de Anisadeta —la calle más corta de Barcelona—, donde en tiempos estaba la sastrería El Barco.

Tan solo queda un vestigio de su paso por este mundo, un pequeño buque de vientre verdiblanco que aún surca el cielo contra vientos y mareas urbanísticas.

Su principal reclamo era «Se hacen trajes en seis horas» —allí compré el único que tengo, con el que me casé y con el que me habrán de enterrar—, y su especialidad, las confecciones *sport* y de mecánico. Un día, otro avezado comerciante decidió que el barrio andaba corto de clase —o de paños— y plantó otra tienda justo al lado.

La Lluna.

Y si el señor Armengou había colocado un galeón sobre la puerta, ellos plantaron una luna llena igualita a la de Méliès.

Ambos negocios sucumbieron.

El Barco es hoy un restaurante para turistas.

La Lluna es una *boutique*.

La camisa me va dos tallas grande, los cuerpos de ventaja que me saca Damián. Pero agradezco sentirme seco. Al menos de cintura para arriba. Como se le ocurra aparecer con unos calzoncillos lo mando a tomar por el culo; yo no me pongo nada encima que haya pasado por los huevos de otro hombre.

Cuando salgo, ya tengo preparada la cena.

Una *sopa de menuts*.

Creo que Damián es el único que cocina ya semejante exquisitez en toda Barcelona. Me extraña que no tenga cola en la puerta.

Por ella veo aparecer al *mosso* que nos observaba en el escenario. Tiene porte de héroe de acción, ahora que me fijo mejor, ahora que lo repaso sin prisa, sin lluvia. La mandíbula es la del Capitán Trueno, el corte de pelo el de un Madelman, los ojos de un verde pistacho.

Por un momento tengo la sensación de que lo conozco. Algo en su forma de mirar.

Entra y se dirige a Damián.

—Buenas noches, soy el sargento Casals, *d' Investigació Criminal* —se identifica. «Lo dicho: de las Corts».

Varios muertos en dos días: se le acumula el trabajo.

—*Bona nit.* —Damián nunca habla en catalán, pero cree que así le caerá en gracia.

—Busco al señor Justo —suelta.

Esto no me lo esperaba.

La sopa se me va por el canal incorrecto y arranco a toser. Es más bien el rugir de un motor diésel.

Damián no quiere mirar en mi dirección, pero me busca inconsciente, impaciente, por el rabillo del ojo.

—Soy yo —respondo desde la mesa.

El sargento se acerca.

—¿Puedo?

—¿Ha cenado?

Mi pregunta lo sorprende.

—Trae otro plato, Damián.

Sé que aún le queda en el puchero. Es uno de mis manjares favoritos y siempre repito, así que hace rancho para una compañía. Lo que sobra me lo pone en un *tupper*.

El sargento no sabe qué hacer. Parece haber perdido buena parte de la resolución que traía al entrar.

Necesita un empujoncito, el chaval.

—Si quiere hablar conmigo, tendrá que acompañarme. ¿Ha probado alguna vez la *sopa de menuts*?

—Una tía abuela mía solía hacerla cuando era niño.

«Coño», me digo.

No me lo esperaba.

—Pues Damián prepara la mejor de toda Barcelona. Aunque tampoco es decir mucho. Desgraciadamente, cada vez comemos peor.

—Dicen lo contrario —responde.

—Infundios. A los que sugieren tal cosa no les gusta comer. Les gusta el espectáculo y la parafernalia, pero lo que es comer de verdad, nada de nada. El único que sabía lo que se hacía era Santamaría. Cocina tradicional de verdad, de la tierra.

«Santamaría era Cervantes y Adrià es Raymond Roussel», pienso para mis adentros.

Trato de averiguar qué tipo de hombre es.

—Se quedó obsoleto —me suelta.

«Tiene huevos. Y parece que hasta sabe de cocina».

Cada vez hay menos de los primeros y más de los que alardean de lo segundo sin saber cómo se hace un buen sofrito.

—Y cuando se acaben los fuegos de artificio, ¿qué quedará? —replico.

Esta vez tarda un poco más en responder. Sopesa una respuesta, después otra.

—¿La *sopa de menuts*?

—Eso mismo —certifico.

Damián deja el plato frente al sargento y se retira. Aunque sé que va a pegar la oreja mientras hace lo que siempre hace, fregar vasos, secarlos, volverlos a fregar, volverlos a secar.

El chaval hunde la cuchara y se la lleva a la boca. Sus párpados se cierran. Le adivino de vuelta en una comida familiar; tiene cuatro o cinco años y la tía abuela ha preparado *sopa de menuts* de primero.

Es un recuerdo feliz.

No sé cuántos tendrá, si muchos, si pocos, pero este lo es.

La boca le sonríe.

También el vientre, estoy seguro.

—Usted no se acuerda de mí —señala, de vuelta a la realidad.

Es una afirmación.

Rebusco en el cajón de sastre de mi memoria. Lo miro. Lo remiro. Lo escudriño y trato de descubrir un rasgo, un gesto revelador que conecte un axón con una dendrita en algún lugar de mi cerebro.

—Tienes razón, no me acuerdo —me doy por vencido.

No sé por qué, ahora paso a tutearlo. Compartir mesa une. También cama. Pero uno debe ir con cuidado en esos territorios; lo que un día es mantel, lo que otro es sábana, puede acabar convirtiéndose en mortaja.

—Soy el hijo de Carne y Cosme.

Me mira para calibrar el nivel de destrozo que me provoca el anuncio.

Es de varios kilotonos.

Cosme Matesanz.

Un mal hombre.

Un torturador, un maltratador, un borracho.

Un hijo de la gran puta.

La onda expansiva me recorre las carnes secas, me las abre en canal y expone al aire un pasado muy distante.

Matesanz fue mi primer ajusticiamiento una vez tomada consciencia de mi verdadero yo, una vez aceptada mi carga tras la muerte de Eva.

—No llevas el apellido de tu padre —le digo.

«Pero has acabado de uniforme como él», pienso.

—Me lo cambié. Casals es el de mi tío abuelo por parte de madre. Ellos me criaron.

Trato de reconocerlo otra vez con lo que ahora sé.

Busco en él al niño del que apenas guardo un par de recuerdos: el de sus carreras arriba y abajo con el brazo escayolado, el de su llanto encogido.

El de su soledad.

Con su padre aprendí una dura lección: que en mi trabajo hay que ir con mucho cuidado, porque si no calculas bien, acaba pagando quien no debe.

Llegó a ser un alto mando de la BIS a las órdenes de Quintela, Polo y Creix, pero el advenimiento de la santa corrección democrática —las formas, las dichas formas— le hizo caer en desgracia. Había que esconder la basura para que la casa luciera pulcra, y Matesanz fue enviado a sellar pasaportes al Prat.

Aun así, conservaba su buena amistad con el gobernador civil, que era lo mismo que decir que su impunidad era total.

Atemorizaba a todo dios, especialmente a su familia.

Nadie hacía nada, por supuesto.

Me gustaría poder decir que eran otros tiempos, que la gente vivía con miedo. Pero la cosa no ha cambiado mucho desde entonces.

La cosa no ha cambiado nada.

Esa mayoría silenciosa sigue votando a los nietos.

El tío era un maestro del *tambor* —también disfrutaba con *la cigüeña*—. A juzgar por las series de redobles que escapaban por las ventanas de su casa, debía de perfeccionar el método con la familia como si fuera el *timbaler del Bruc*. Las dejaba abiertas para que toda la calle supiera cuáles eran sus mimbres, porque si a la esposa y al crío les ponía el cubo metálico en la cabeza y se daba un festín con la porra, qué no haría con nosotros si nos atrevíamos a mirarlo mal, aunque fuera de lejos, aunque fuera de lado.

No se me ocurrió otra cosa —era duro de cojones, no era plan ir de frente— que meterle diez puñaladas por la espalda. Aunque ETA andaba tras él, le podían más los bajos que a un crío un dulce, siempre en el mismo antro, siempre con el mismo coño. Así que, una noche, lo esperé en el portal de su casa y le acorté la existencia recién eyaculado.

Sus compañeros de armas se llevaron a la mujer, convencidos de que se lo había cargado. O algún amante, vete tú a saber, que si la pegaba era por algo.

Todo el mundo estaba al tanto de las aficiones domésticas de Matesanz, también ellos, a los que debía de mentir diciendo que se había casado con una mala pécora, que el hijo era un vago y los enderezaba por su bien; así que encarcelaron a la pobre Carme y entregaron al chaval a los curas. Después debió de acabar con la familia de ella. Matesanz era hijo único y sus padres habían tenido la decencia de no procrear más.

Quizás sabían que su semilla estaba maldita.

Mi madre:

«Este mundo no es perfecto, Justo. Pero Dios cuida de los buenos».

Cualquiera puede matar a un hombre, pero convertirlo en un arte discreto lleva su tiempo. De modo que decidí marcharme de voluntario al ejército, primero a los *regulares*, después a la Legión.

En ambos sitios aprendí unas cuantas cosas. De todas ellas, hay tres que conservo como oro en paño: a lustrar los zapatos, a hacer la cama con precisión matemática y a matar.

—¿Y en qué puedo ayudarte? —pregunto.

—Le he reconocido antes.

Asiento.

—¿Desde cuándo estás en las Corts?

Lo que en realidad quiero saber es cómo ha acabado donde ha acabado. Quizás se ha sentido en la obligación de enmendar los errores del padre, de dignificar la profesión.

—Hace años ya.

—No has vuelto por aquí.

—¿Para qué?

—A uno le entran ataques de nostalgia a veces —contesto.

—Yo no añoro nada —sostiene.

Le busco la aflicción en la comisura de la boca, pero no la encuentro. Ni siquiera la intuyo.

Lo miro. Me devuelve la mirada. No sé por qué —sí que lo sé—, pero algo se me ha revuelto.

—¿Y cómo te va?

Guarda silencio durante un rato.

—No me va mal —desliza finalmente—. ¿Y a usted? —me devuelve la pelota.

—Un jubilado más.

Asiente.

—Lo siento —dice ahora—. Le estoy robando su tiempo.

Ha cazado a Damián en una de sus miraditas.

—No te preocupes. Si algo me sobra es tiempo —miento.

—Aun así, debo irme —señala, poniéndose en pie.

Descubro algo en sus ojos la última vez que me mira.

Me preocupa.

EL MORO

Es la segunda vez que me levanto.

He tenido una pesadilla.

El sudor ha formado un aguazal sobre mi vientre, se ha embalsado en el ombligo y me ha cortado la digestión.

Los *orfidales* no me han hecho nada.

Hace tiempo que no me hacen nada; los tomo por costumbre. El vasito de leche tibia, los *orfidales* antes de meterme en la cama.

No es la primera vez que el mismo sueño me martiriza.

Este sueño.

También el de la muerte de Eva.

Ambos acuden puntuales una vez al mes. A veces dos.

El uno.

El otro.

Estoy en un sótano oscuro y húmedo; un goteo tedioso, un grifo que pierde, una tubería que lagrimea de fondo; huele a cerrado, también a pis y al miedo que han sudado otros antes que yo; la única luz procede del techo, no sé si de un fluorescente, no sé si de una bombilla desabrigada; estoy desnudo, todas mis víctimas me rodean; forman un círculo perfecto; Matesanz lleva la voz cantante; me tortura mientras los demás observan; despliegan su curiosidad sin escrúpulos; cada cierto tiempo, alguno asiente con cara de aprobación, con gesto de reconocimiento por la habilidad con la que me doblega; en algún momento, uno pronuncia un «sí», otro un «ajá». Muy de película todo. Así son los sueños.

«Son mis muertos».

Recuerdo cada cara.

Recuerdo cada nombre.

Recuerdo cada uno de sus pecados.

Con los años he aprendido a controlar mi conciencia, pero de vez en cuando emerge una fumarola. Es la mala hierba que brota en la grieta del muro, en la fisura del asfalto.

La arrancas una y otra vez, pero resucita como Lázaro.

La conciencia es un tumor que no se puede extirpar, o naces sin ella o la cargas toda la vida. De nada me sirve la certeza de que cada una de las almas que he enviado al infierno había hecho sus méritos.

Las muy cabronas son incorpóreas. Pero pesan.

Se revuelven.

Encuentran el camino hasta la piel.

«Es el diablo, Justo, que quiere hacerte dudar», repite una y otra vez mi madre. Lo único que uno puede hacer es tratar de enmudecer las voces, volverlas susurros.

Decido ver la tele un rato, quizás alguna cadena ponga noticias.

En una, todo son guarradas. En otra, la izquierda se despedaza.

No aprenden.

Las calles de Barcelona están llenas de muertos de izquierdas asesinados por verdugos de izquierdas.

Desisto.

Salgo al balcón.

La luna se acurruca tras una nube. Hasta que un golpe de *gregal* la desnuda; me mira como si tuviera algo que decirme. Fija, desafiante.

El viento trae matices de buganvilla, de hibiscos y de geranio junto a la sal y el olor de las losas aún calientes.

Un par de borrachos suben por la calle.

Al verme en calzoncillos, me señalan, se ríen de mis tetas escurridas, de mi costillar de chucho famélico.

Por su acento, por alguna palabra suelta, son hijos de la Gran Bretaña. Me invitan a cerveza, les doy las gracias levantando mi dedo corazón.

«*Fuck you, old man*».

«*Fuck you, gilipollas*», respondo con mi mejor sonrisa.

Los pisos para turistas han arruinado Barcelona.

Llega el verano y la población de la Ribera, del Raval, de la Barceloneta, se multiplica con hordas que vienen a mal follar —que es lo único que se puede hacer cuando uno está como una cuba, ser un desastre mayúsculo en la cama— y a dejarnos los portales y las esquinas hechos una pena.

Repaso mentalmente lo que debo hacer mañana.

Lo del Antonio ya está listo. Falta lo otro.

Aunque saca pecho con los suyos, el Moro le tiene miedo al señor Cervantes. No es idiota. Pero cada día lo es un poco menos. Y eso es peligroso para ambos.

Para sí mismo. Para Cervantes.

El capo de Sant Gervasi le deja terreno para lo menudo, el chocolate, la marihuana y el caballo, que ha remontado por la crisis, a cambio de su tanto por ciento, por supuesto.

De las cosas serias se ocupa él.

Nadie sabe cómo se llama el Moro.

Todos lo llaman así para no complicarse. Aunque es de Mali, como Keita, el que jugó en el Barça. Me lo contó Braulio un día, que sospecha que es uno de los *boinas rojas* del presidente Touré.

Braulio jamás ha cometido un error informativo.

Según él, aunque el Moro no es moro, mantiene buenas relaciones con los radicales, por si algún día deciden mandarnos a todos a tomar por el culo. También porque le llega *mierda* de allí a través del puerto. Tiene un contacto en la Guardia Civil, un *picolo* que se prepara una buena jubilación.

Es cuestión de tiempo que el Moro se canse del yugo.

Las ha pasado canutas para prosperar, para vivir mejor, y el señor Cervantes lo sabe. Por eso lo vigila de cerca, tiene a un par de hombres infiltrados porque sabe que, tarde o temprano, los tipos como él se rebelan.

Así son algunos hombres.

Aún no sé qué voy a decirle.

A estas alturas, todo el mundo está al cabo de que el señor Cervantes quiere al Antonio muerto. El Moro el primero. De modo que tendré que ser convincente. Porque el Moro no se juega el culo por nadie que no sea el Moro.

Es un buen principio vital.

Yo solo me jugaría la vida por dos personas en este mundo: Damián y Remedios.

Hace años, solo lo hubiera hecho por Eva.

El mundo está lleno de hijos de puta, de cabronazos, de capullos, de mamones, de gilipollas.

De mala gente.

Y luego hay un puñado de gente mala de verdad.

A esos es a los que mando al otro barrio.

Pero Damián no tiene maldad. Está hecho de la mejor pasta. Es puro caviar, es trufa blanca. La Remedios, en cambio, tiene lo suyo, es más picante, algo de *curry*, algo de jalapeño. Pero maldad, lo que se dice maldad, ni un gramo tampoco.

Sigo sin poder dormir, así que decido leer un rato. Tengo a medias un libro de Carlos Pérez Merinero. *La mano armada*. Hace tiempo que ninguna novela me daba una hostia en toda la cara. Se publicó por primera vez en 1986 —hay que tenerlos enormes, bien puestos—. Arranca así: «No era un hijo de puta; era nieto de puta. El muy cabrón tenía pedigrí». Voy por la página 132. Despacio, porque no quiero que se me acabe.

Pero me vence el sueño.

Oigo ruido.

La pareja ha vuelto.

«*Fuck you, old man*», vocean otra vez.

En cuanto me ven reaparecer, se bajan el pantalón y el calzoncillo y me plantan el culo en la cara.

Regreso dentro y reaparezco con un revólver. No el 22, sino un 38 con aspecto de cañón antiaéreo.

Uno gira la cabeza y me mira. Le veo la cara, le veo el culo, ambos igual de feos, igual de lechosos. Le asoman los huevos y el colgajo.

Apunto.

Me tomo mi tiempo.

Cuando se dan cuenta de que el viejo del balcón sujeta un arma descomunal, se quedan inmóviles, los ojos abiertos, la expresión desamparada.

«*What the fuck?*»

Después viene la descarga de adrenalina y la carrera calle abajo con la polla bamboleándose.

No volverán.

Como tantas otras cosas.

EL MUNDO ESTÁ ROTO. COMO EL ALA DEL MILONGAS

Amanezco mal.

Tendré que cambiar las sábanas; huelen a rancio y han adquirido un tono ámbar, sobre todo la almohada, en la que la silueta de mi cabeza aún duerme.

Cada vez puedo funcionar con menos horas de descanso, pero hoy necesito estar despejado.

Siento un runrún en el bajo vientre.

A veces, para sacudírmelo de encima, me meto en la ducha y me hago una paja. Dicen que algunos deportistas se la menean antes de los partidos importantes. Pero aún no he puesto un pie en el baño cuando suena el timbre.

«Cuidado, Justo», me digo.

El sexto sentido. La amígdala.

La sombra.

Pienso en si quedamos en algo con Remedios el otro día, pero no. No nos toca hasta el sábado. Me pongo los pantalones y busco el revólver en el cajón del mueble del recibidor; después echo un ojo a la pantalla junto a la puerta.

Hace tiempo cambié la mirilla por una cámara, no me apetece que me suelten un tiro por ahí. Lo vi en una película. Aunque la puerta es de seguridad, de las blindadas. Pero hay proyectiles que atraviesan lo que sea.

Como algunas palabras.

No puedo evitar la sorpresa al ver el rostro del sargento; está ahí, justo ahí, en el centro del encuadre, como si alguien le hubiera puesto la marca en el suelo. Se da un aire al Montgomery Clift de *De aquí a la eternidad*. No son dos gotas de agua, son más bien dos copos de nieve. Es cosa de sus ojos, entre desamparados y hostiles.

—Un momento —me excuso.

Guardo el 38.

—He pensado que igual le apetecía desayunar —dice alzando un paquete envuelto en papel de estraza—. No sabía si prefería cruasanes o *xuxos*, así que he traído uno de cada. Son del *forn* de la Paquita.

Lo miro. Me aguanta el escrutinio sin rechistar. Sé que no se trata de una visita de cortesía, lo que no implica que no lo seamos, cortesés los dos.

—Pensé que era mejor hacerlo así —dice—. A la gente no le suele gustar que la vean hablar con nosotros. Y me vendría bien que alguien me contara cómo están las cosas.

—¿Y tus compañeros no te han puesto al día?

—Hay información e información —contesta.

Es la primera vez que sonrío. Le cuesta un esfuerzo.

—Deja que ponga a hacer café —señalo—. Aunque los médicos me lo han prohibido ya casi todo, hoy haré una excepción —añado con los ojos en la bolsa, que empieza a mostrar lunares de colesterol.

—Para mí, solo.

—En ese mueble encontrarás una bandeja.

Desenrosco la cafetera y vierto un par de cucharadas, luego aplasto la montaña picuda.

—Y dime, ¿en qué puede ayudarte un viejo como yo?

«Para qué andarse por las ramas», pienso.

El sargento piensa igual, porque dispara:

—¿Qué puede contarme de Manuel Heredia Hernández?

«Ya hemos llegado al Milongas».

—Poca cosa. No teníamos mucho trato. Más con el padre.

Estoy tentado de añadir: «Un cabrón como el tuyo». Pero me callo.

Siempre he callado más de lo que he dicho, no voy a cambiar ahora.

—¿Y qué se decía?

Sé que los Mossos están al tanto de sus negocios, también de sus aficiones, pegar a mujeres, marcarlas para que si alguien les pone un ojo encima —Dios no quiera que una mano, menos aún la polla—, sepan que son suyas.

—Pues nada que tú no sepas.

Me anima a continuar. Así que continúo:

—Ya sabes que lleva parte de la representación de ciertos productos en el distrito.

No asiente, pero sé que ha leído su ficha.

—¿Algo más? —husmea.

Recojo hombros y repliego velas.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—Pues que si sabéis algo ya. Damián cree que va a ser malo para el barrio. Eso y lo del ruso.

Me dedica una segunda sonrisa; la de ahora es fingida.

No está aquí por lo del Milongas, tampoco por lo del ruso.

No solo por eso al menos.

El silencio se prolonga mientras el café comienza a borbotear. Hasta que la boca de la cafetera arroja un suspiro, entonces arranca:

—Quería darle las gracias.

Otra vez el trato de viejo. Vamos y venimos del tuteo según las circunstancias.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Porque fue de los pocos que se preocupó por mí.

Me quedo helado.

—Le he dado muchas vueltas durante estos años, ¿sabe? Nadie me echó nunca una mano salvo usted.

—Todo el mundo le tenía miedo a tu padre. Era otra época.

Agito la mano para espantar una mosca, pero lo que quiero es alejar el pasado, aplastarlo contra la mesa.

—Este era un barrio de cobardes.

—España es un país de cobardes.

—No se acuerda, ¿verdad?

—¿De qué?

Se me tensan los músculos y noto cómo se me escapan unas gotas de pipí. Por suerte, estoy sentado, porque he manchado el pijama.

Olga me insiste en lo del pañal, que hay unos la mar de discretos, dice. Los estuve mirando una vez en una gran superficie: Molimed, Molimed Active, Tena for Men Level 1, Tena Men Level 3, MoliCare Ropa Interior desechable para Adultos, Mobile Ropa, Indasec Men Plus, BetteDry, Fleming Braga pañal lavable, Incopack, Uriclack dispositivo para incontinencia urinaria masculina. Se nota que hay negocio. Cada vez somos más los viejos.

—La casa está igual.

Lo dice como si hubiera estado aquí antes. Mira a la izquierda. Mira a la derecha. Pero no ha estado aquí jamás.

¿O sí?

¿Acaso me falla la memoria?

Frunzo el ceño, contraigo los músculos del rostro y viajo hacia adentro, aunque dejo los ojos abiertos. Hay que estar alerta.

Avanzo por pliegues de materia gris. Es un viaje azaroso. Tengo que profundizar mucho, llegar al cerebro mamífero antiguo, descender al hipocampo y de ahí introducirme en la corteza perirrinal primero, en la parahipocámpica después. No hay más estaciones.

Si el sargento Casals ha estado alguna vez entre estas cuatro paredes, el recuerdo tiene que estar almacenado ahí.

Pero no encuentro nada. Así que me doy por vencido.

—Una noche en la que mi padre llegó muy borracho, me escapé. Usted me encontró en la calle y me subió. Fue la única vez que dejé a mi madre sola.

Percibo el velo de la traición en su rostro; el del niño crecido a marchas forzadas que cree que cada bofetada, que cada puñetazo, que cada moretón y fractura son culpa suya; el del niño que no puede proteger a la persona que más quiere en este mundo de la arbitrariedad de un malnacido; el del niño que cree que la única noche en la que, extenuado, escapa del cubo y de la porra dejando a su madre a merced de la bestia ha cometido la mayor de las cobardías.

—Eras un crío.

No es que me acuerde de esa noche, pero sí de otras en las que se le escuchaba llorar en la calle.

Los vecinos preferían creer que era un maullido.

Un vecino:

«Dichoso gato, maldito gato; ¿por qué no se calla de una puta vez?»

Otro vecino:

«Jodido gato».

No responde.

No dice nada.

El recuerdo tira de él hacia el abismo.

—Mi padre solo disfrutaba haciendo una cosa: destruyendo a los demás. A veces era a hostias, otras a base de insultos. Su maldad era como una de esas lluvias que te cala sin que te des cuenta. Al principio yo no sabía lo que hacía en los bajos de la BIS, pero más tarde, cuando lo descubrí, tampoco es que lo ocultara, no se crea, deseé tener la suerte que tenían aquellos desgraciados: que todo acabara rápido. Nuestra tortura duró años. Alguna vez pensé en matarlo, en esperar a que estuviera dormido para pegarle un tiro con su arma, pero los hombres como él no solo te inyectan el miedo bien adentro, también anulan tu voluntad. Te someten hasta que eres un esclavo, hasta que crees que eres un inútil, que mereces cada golpe, cada puñetazo, cada insulto; te arrancan la poca humanidad que te queda y te convierten en un perro que agacha las orejas cuando su amo le muele a palos. Ni siquiera tienes fuerzas para suicidarte porque tienes miedo a contrariarlo.

Siento un escalofrío.

Nos quedamos mudos.

Hasta que un olor a quemado lo atufa todo.

El sargento vuelve en sí como si le hubieran aplicado sales bajo la nariz.

Retiro la cafetera del fuego a toda prisa.

—Nos hemos quedado sin café.

—¿No ha pensado en comprarse una de cápsulas?

—¿Como las que anuncia ese actor?

—No hace falta que sea esa. Ahora las hay más baratas.

—Pero el café no vale nada.

—Al menos no se quema.

Todo está cada vez más roto. Como el ala del Milongas.

EL PUÑO DE UN NIÑO

Al irse el sargento ha pasado algo extraño.

He ido a retirar las tazas del desayuno, pero no he podido. Me he dado cuenta de que las había dispuesto del mismo modo en que lo hacía Eva, la taza a un palmo exacto del borde, el asa hacia la derecha, la cucharilla siguiendo una de las rayas verticales del hule, el azucarero en una diagonal hacia la izquierda, el salvamanteles en el centro de la mesa —siempre me sorprendió su precisión.

«¿Eres feliz, Justo?»

«Sí».

«No. Tú no eres feliz».

De repente, me llegan ecos de otro desayuno, quizás una merienda con Remedios en el Museu de la Xocolata o en Escribà, como si fuéramos una pareja, un matrimonio corriente que se cuenta sus cosas, que se calla otras tantas.

Ni siquiera recuerdo haber tenido esta conversación, pero se despliega vívida.

Ya os lo he dicho antes, la memoria es así.

—Tú no podrías ser feliz ni aunque quisieras.

—¿Y eso por qué?

Remedios frunce el ceño como si buscara una respuesta que pudiera satisfacerme.

—Hay gente que es así, que nace con la incapacidad de ser feliz. Tarados. Nada les está bien.

Cuando al fin encuentra la comparación, el símil, la metáfora, asiente satisfecha.

—Eres como una jarra con un agujero, Justo.

Quizás tiene razón.

«¿Pero quién coño es feliz en este mundo?», pienso.

La propia física nos demuestra que es imposible.

Hay leyes.

Todo tiende a la entropía. Todo está abocado al desorden, a la destrucción.

A la muerte.

A pudrirse.

La felicidad no existe.

La maldita búsqueda de la felicidad solo genera infelices.

Por la hora que es, el Moro estará camino del hostel.

Suele pasarse allí toda la mañana. En su oficina.

Nadie sabe exactamente dónde vive. Braulio sostiene —medio en broma, medio en serio— que duerme en una casa diferente cada noche. Yo le argumento que nadie

en este mundo, ni siquiera el dueño de Zara, tiene a su disposición 365 pisos para pernoctar.

Pero quién sabe, igual tiene razón.

Damián me espera con el café con leche y el diario.

—¿Y esa cara?

—Tengo un mal pálpito, Justo.

El hombre cree en esas cosas, en ajustes de cuentas cósmicos, tan certeros, tan predecibles como una alineación planetaria. Y cuando tiene un pálpito, se le revuelven las tripas y va suelto durante un día o dos.

Es su parte más sensible, la digestión.

Lo hemos hablado muchas veces.

Damián:

«Dios no juega a los dados, Justo. Ni a la ruleta. Lo decía Einstein, que gilipollas no era. Todo el universo está calculado al milímetro, y eso es la hostia, ¿te das cuenta? A ver, ¿cómo se explica lo de los eclipses si no?»

Yo:

«¿Qué pasa con los eclipses?»

Damián:

«Pues que es acojonante que la Luna esté a la distancia perfecta, a la distancia precisa, la única en la que tapa la circunferencia solar con precisión milimétrica. Eso no es casualidad. No puede ser casualidad. Ni de coña. Eso es porque alguien lo ha querido así. ¿Tú sabes lo grande que es eso? El universo, digo».

Yo:

«Lo sé. El universo es enorme y nosotros una maldita anomalía».

—¿De los tuyos? —me mofo.

—Sí, de los míos —responde de mala gana—. ¿Acaso no acerté con lo de Madrid? ¿Y con lo del avión alemán? ¿Y con lo del tsunami?

Utiliza la táctica del embaucador, la del que tiene intuiciones cada dos por tres y, claro, alguna acierta.

Como un reloj parado.

El mundo está lo suficientemente jodido como para que cualquiera prediga una desgracia inminente.

Somos una especie de mierda.

Una vez leí en el *Muy Interesante* que entre un uno y un dos por ciento de la población es psicópata. Eso supone que hay entre medio millón y ochocientos mil solo en este país.

«Son ególatras narcisistas sin ningún tipo de empatía ni remordimiento que solo buscan su propio beneficio», decía el artículo.

Lo que acojona de verdad es que la mayoría pasan desapercibidos.

Son como esas sepias que generan manchas, que imitan corales, que reproducen en la piel el fondo marino y no las ves hasta que te tienen entre los tentáculos.

—¿Y qué será esta vez?

—No lo sé. Pero algo malo. No me quito la sensación de que alguien va a palmar.

«No está mal: llevamos cuatro muertos en lo que va de semana», pienso.

Damián intuye lo que me corre por la cabeza. A veces hasta me asusta.

«¿Qué ves cuando me miras, Damián?»

—Alguien a quien quiero —especifica.

—Eso reduce mucho la lista —señalo.

Su familia, la de verdad, la que ha elegido con los años, está entre estas cuatro paredes.

Estoy yo y está Julián.

Aún no os he hablado de él.

Es un tipo callado.

Es la persona más callada del mundo sin ser muda.

Tiene tantos cráteres en la cara que la Luna. Pero lo que de verdad destaca en él no es tanto impacto de meteorito, tanto mar, tanta falla, tanta grieta, fisura y montaña sideral, sino sus ojos.

Sus ojos son de un azul lóbrego.

Sus ojos son del azul del Cantábrico.

No se parecen en nada el Mediterráneo y el Cantábrico; tampoco las gentes que habitan sus costas.

Julián es vasco, y los vascos son como son: contenidos hasta que florecen.

Ni Damián ni yo sabemos mucho de él; que fue pescador, que después hizo de marino mercante y que más tarde se dedicó al estraperlo. Lo que sí sabemos es que está tan jodido como nosotros; que su mujer y sus hijos lo abandonaron en cuanto un día decidió poner los dos pies en tierra.

No aguantaron al hombre que volvió, al extraño que habitaba el cuerpo del marido, del padre. No es que hubiera olvidado cómo quererlos, es que, a veces, las personas amamos de modos que no coinciden.

—Ten cuidado, Justo.

—Iré comprando la caja.

—Vete a tomar por culo.

Me giro hacia Julián, que está frente a un arenque que sobresale de una rebanada de pan con tomate.

—¿Y tú, ya tienes hecho testamento?

—Todo lo que tengo está aquí.

«Cada vez que sales a la mar lo haces sabiendo que puede ser la última: te follas a la mujer la noche anterior, aunque estéis enfadados, y te despides de los hijos si los tienes», me dijo en una ocasión.

Julián:

«Un barco es un ataúd. Lo sabes tú. Lo sabe tu familia. Lo sabe la mar».

Como no quiero llegar demasiado pronto, decido dar un rodeo.

No me gusta la gente, pero sí callejear.

Ver qué sigue en pie, qué se ha desmoronado.

Las ciudades mudan de piel siguiendo modas, atendiendo caprichos. Ataques de megalomanía de políticos que buscan dejar huella en forma de auditorio, de estación, de museo, de avenida, de plaza.

Un *llegat*.

Dejo atrás Anisadeta y enfilo por Canvis Nous.

Mi padre me contó que, a finales del XIX, un obrero lanzó aquí un artefacto al paso de la procesión de Corpus.

Hubo muertos y decenas de heridos.

Los anarquistas usaban la dialéctica de la bomba de Orsini. No necesitaba mecha ni espoleta, explotaba por contacto y dejaba una buena sangría. Eran como una de esas bolas de lanzamiento de peso olímpico con pezones de hierro llenos de fulminato de mercurio.

En el Museu d'Història de Barcelona se conserva la que falló en el atentado del Liceu. Eso dicen.

En Vil·la Joana, donde murió Verdaguer, tienen otra.

Gaudí incluyó una en una escultura de la Sagrada Familia.

La llamó *La tentación del hombre*.

Está en el pórtico de la Virgen del Rosario, en la fachada del Nacimiento. Al lado hay otra en la que alguien entrega una bolsa de dinero a una mujer.

Las armas las carga el diablo. También los bajos.

«Una sociedad sin gobierno, sin jerarquías, sin policía ni ley; un país de miel, de buenos ciudadanos, de buenos vecinos y hermanos», pienso.

Me entra la risa.

Hay que ser gilipollas o tenerlos cuadrados para creer en la bondad del congénere.

He aprendido dos cosas sobre el ser humano a lo largo de los años. La primera es que existen hombres malos. Tipos oscuros, auténticos cabrones. La segunda y más importante es que ellos no son el verdadero peligro, sino el resto de la humanidad.

La masa silenciosa.

La masa temerosa.

La masa obediente.

La gente de bien, de ley, de orden que agacha la cabeza, calla y después se excusa en el «No lo sabía»; en el «¿Y qué podía hacer yo?»; en el «Bastante tengo con lo mío».

El mundo está infestado de ellos.

De tibios que observan la alambrada y creen que las púas son capullos por florecer.

Los hombres buenos caben dentro del puño de un niño.

El sonido de mis pasos rebota en las fachadas.

Las callejas lo comprimen, los edificios lo conducen como si fueran una chimenea.

Suena a claqué.

Mi deambular se mezcla con el de un paseante que viene de frente, un tipo triste que ya no levanta los ojos, que ya no rellena la ropa.

Me fijo.

Casi ha menguado ya hasta la no existencia. Pero al cruzarnos somos Gene Kelly y Donald O'Connor jugando a engañar a la muerte por un momento.

Punta, talón, punta, talón, punta, talón.

Tuerzo a la derecha y tiro por Massana. Cruzo la Via Laietana, sigo por Baixeras, paso bajo el puente de la trasera de Correos y me sumerjo en el frescor de la calle del Gignàs.

En el número 16 está uno de mis restaurantes favoritos, el Agut. Una maravilla de la cocina catalana. No cerró ni durante la guerra. Atendían a puerta cerrada. En los cincuenta y sesenta se convirtió en un refugio de artistas e intelectuales de la catalanidad más subversiva, los que acabarían engendrando a los que ahora quieren llevarnos al *parnàs* nacionalista.

Las paredes están forradas de cuadros.

No podían pagar con otra cosa, los pobres desgraciados.

Pasear por estas calles es uno de los mayores placeres de la ciudad. Aún están a salvo de turistas. Siguen siendo las mías. Siguen siendo las de mi padre.

Hasta que subo por Regomir, tiro por Ciutat y salgo a la plaza de Sant Jaume.

Se acabó la paz.

Braulio está donde siempre.

Nunca le he visto llegar.

Nunca le he visto marcharse.

Quizás duerme aquí.

Ha echado raíces tan profundas como las del Árbol de la Navidad. Filamentos que se despliegan en todas direcciones, que se alimentan de aire, de tierra, de agua, de palabras. Algunas reptan pared arriba, a su espalda; otras se hunden en el pavimento y avanzan a través de los túneles del metro y el alcantarillado.

—Necesito un favor.

—Para servirle a usted.

—Quiero que le haga llegar un mensaje al Moro.

Ahora sí que me mira. No es de sorpresa, su expresión, es más bien de intriga, la frente estriada.

«¿Qué tienes tú con el Moro?», me pregunta sin preguntar.

Hasta que lo suelta.

—¿Qué tienes tú con el Moro?

—Nada.

—Pues entonces no hay mensaje que valga, que uno solo hace determinadas cosas por determinados amigos.

Es su modo de decirme que, sin contrapartida, chitón.

—El Antonio quiere verlo.

He captado del todo su interés. Ya nada de lo que pasa en la calle, de la gente que discurre a nuestro alrededor, de los que entran y salen de la biblioteca, del niño bólico que cruza frente a nosotros, existe.

Solo yo.

Solo mis labios que se mueven.

—¿Y qué coño tienes tú con ese otro?

Es el momento de la pausa dramática.

—Vi cómo se cargaba al ruso —respondo.

Acompaño las palabras con un fruncir de labios, con un encogimiento de hombros.

«Me ha caído la cruz encima, ¿qué quieres?»

—¿Cuál es el mensaje?

—Quiere verlo esta noche. Los dos solos, dice.

Ahora calibra.

Más bien pondera si una bala puede alcanzarlo de rebote. Matan igual.

—¿Dónde?

—En la plaza de la Verónica.

Ya está hecho.

El Moro y el Antonio ya están a remojo.

Solo falta que la onda llegue donde tiene que llegar. Uno tira la piedra y deja que la física haga el resto. Conozco bien a Braulio, sabe mejor que nadie que estas calles son del señor Cervantes; en cuanto me vaya le contará lo que le tenga que contar: pecados y pecadores.

Pero antes de que desaparezca, me agarra del pantalón.

—Ándate con cuidado, Justo. O puedes acabar mal.

Es la segunda vez que alguien se preocupa por mi salud en pocos días. Igual llevo la parca tatuada en el rostro; quizás se me han afilado los pómulos, quizás se me han hundido los ojos. Vete tú a saber. Aunque ni Damián ni Braulio tienen idea de que la muerte soy yo.

A veces fantaseo con qué cara pondrían si se lo contara. Si les contara lo de mi madre. Si supieran que me he llevado ya a unos cuantos por delante; nunca algo que llamara la atención, nada ostentoso, un goteo invisible pero constante.

Siempre he sido discreto.

Siempre he sido más de saber hacer que de hacer saber.

Al llegar a las Ramblas, siento la presencia.

Me siguen.

Una mujer.

La conozco. Es la chavala que le comía la oreja al sargento en la plaza de las Olles.

Casals me ha puesto vigilancia.

Sigo como si nada. Me abro paso entre la arroyada de turistas que acaba de vomitar un crucero: bermudas, chanclas, varices y tatuajes. Ahora todo dios lleva uno, hasta los críos de catorce, de quince. Antes significaban algo, cada uno te relataba parte de la vida de su dueño; ahora nadie tiene nada que contar.

«¿Qué coño sabes de la vida a los quince?»

«Justo, tú a lo tuyo».

No quiero que se dé cuenta de que la he *mordido*. Igual la llevo pegada desde que he salido de casa. El sargento ha bajado y le ha hecho una señal para que se me aprenda el culo de memoria. No hay mucho que cartografiar. Apenas rellena el pantalón. Siempre hemos sido de trasero plano en mi familia.

Otra posibilidad es que la mande otro.

Tampoco me preocupa.

Decido tirar hacia Pla de la Boqueria.

Me detengo en la fuente, la que está incrustada en la pared de la antigua Casa Cotchet-Xancó. Aquí estaba una de las puertas de entrada a la ciudad vieja. Los payeses instalaban sus puestos delante para no tener que pagar el *dret de portella*.

Los guiris siguen arriba y abajo. Se sacan fotos frente a la fachada de la Bruno Cuadros. Se sacan fotos frente a la Boqueria. Dentro. Se sacan fotos junto a los mimos, los caricaturistas y los pintores acrílicos bajo la atenta mirada de los plátanos de sombra.

Todos dejan atrás otra de esas joyas ocultas de la ciudad, el jardín de la Casa Ignacio de Puig. Un pequeño oasis de magnolios, tilos, laureles, ligustros y silencio en pleno centro.

Enfilo por Casañas y me planto frente a la Pompeia, otro de los templos de Ciutat Vella. No está dedicado a Dios, sino a algo mucho más noble, más sagrado: los libros. Junto a la Batlle, la Millà, la Quera y la Villena forman un reducto de cultura único en el distrito.

Todos, negocios familiares.

Les ronda la muerte.

Espío a mi espía a través del reflejo. Es más joven de lo que recordaba. También más fea.

Se detiene y, por un instante, no sabe qué hacer.

Reacciona pronto y busca algo en uno de los bolsillos. Saca un paquete de tabaco y enciende un cigarrillo.

Estoy seguro de que no fuma, la primera calada no le produce el placer del adicto; no se traga el humo a la segunda. Pero alguien en comisaría le ha dicho que llevar un paquete de Chester, de Lucky, de Marlboro, sirve para estas cosas; también para disimular con un confite.

Me mantengo en mi puesto, observándola entre miradita a un lomo y miradita a otro, a una portada, a una contra.

Pensándolo bien, no es tan fea. Tiene una boca bonita, una nariz con gracia, pero el pelo recogido no le favorece. Le hace la cara ancha.

Decide reemprender la marcha como si tal cosa. Sé que me esperará frente a otro escaparate. Nos podemos pasar así la mañana.

En estas estoy, pensando en hasta cuándo me apetece prolongar el juego, cuando mis ojos se posan en un maravilloso ejemplar de *Los cuentos de Canterbury*.

Me gusta Chaucer.

Chaucer era un cachondo; un salido.

Al lado, descubro otra maravilla. Una edición de tapa dura verde botella con doble filigrana de oro —una cenefa griega dentro de otra que enmarca a una serie de hoplitas; está Héctor, está Aquiles, está la diosa Atenea— de *La Odisea*. Círculo del Bibliófilo, 1976. Lo sé porque es la misma edición que me regaló mi padre tras la muerte de mi madre. El único libro que, junto a la edición ilustrada de *Las calles de Barcelona*, de Balaguer, impedía la tajante soledad de la estantería del salón de casa.

Recorro el resto del escaparate, ya libre de miradas indiscretas. Bajo los estantes en los que se despliegan los ejemplares de *vellencuentro* los de segunda mano.

Miro las portadas, leo los títulos, trato de imaginar su contenido. Algunos han asesinado la novela hace tiempo; viendo lo que campea en el aparador, empiezo a pensar que igual tienen razón.

Un vistazo al reloj, se hace tarde.

Mi acompañante parece prestar especial atención a un conjunto de sujetador y tanguita en una mercería.

Se imagina con él puesto, le sienta bien, se pasea por el salón de casa, hasta se ha puesto unas medias y los zapatos de tacón alto olvidados de una boda; ahora realiza un conato de baile sensual, las tetas subidas por el relleno, las areolas asomando traviesas entre blondas, la tira colándose entre sus glúteos, un poco incómoda pero muy sensual, eso a los hombres les gusta. Sí, se ve bien. Se ha depilado para la ocasión, solo se ha dejado una finísima línea de vello, casi invisible, apenas el trazo rápido de un lápiz de carpintero. También se ha soltado el pelo. Sentado en el sofá, mirándola contonearse, bailar, tentarlo, está el sargento Casals, la polla dura, descomunal —es su fantasía, no la mía—, en la mano, masturbándose mientras la escruta. Está muy distinta a cuando va de uniforme; por fin se ha dado cuenta de que

debajo de la camisa, del pantalón, de la gorra, del pelo recogido, hay más de lo que pensaba.

Toso para que regrese a este mundo en el que los tíos como Casals valoran la inteligencia de las mujeres; no les acaba de parecer sexi por mucho que digan que sí, sino más bien una amenaza. Les gustan las buenas tetas, los coños depilados, las piernas largas, los culos de velocista olímpica. Adoran los cerebros sin complicaciones, los caracteres sumisos.

Regreso sobre mis pasos y tuerzo por Boqueria.

Podría haberme escabullido, pero me hace gracia tener compañía. Puede que hasta le acabe cogiendo cariño.

Me siento cansado, así que decido regresar a casa.

Esta mañana me he puesto zapato plano y con el tute se me empieza a resentir la cadera. No chirría, pero como si la escuchara. Por eso camino con cierto vaivén, un golpecito de cabeza de fémur al final de cada paso, un remate con cierto donaire caribeño.

Recuerdo las palabras de Eva en una de las clases de baile a las que asistimos:

«Todos los hombres deberíais aprender a bailar, a ver si así os enteráis de que hay cosas más excitantes que el mete-saca».

Yo no era de muchos preliminares por entonces.

Ahora, con Remedios, alguno.

Ya tengo otra edad y otros ritmos.

ASCENSO Y CAÍDA

Nada más despertarme, acudo al cibercafé que hay en el espacio cultural Barra de Ferro, junto al Museu Europeu d'Art Modern.

Hoy también apretará el calor.

El edificio ha tenido los usos más diversos a lo largo de los años: de residencia de un mercader adinerado a alojamiento del mariscal Lechi durante la invasión napoleónica; después de la Guerra Civil pasó a ser una digna casa de putas, primero, y un centro de caridad regentado por monjitas, después.

Era demasiado arriesgado andar de mirón anoche. Por mucho que el cuerpo me lo pidiera. Y necesitaba coartada.

Cuando cerré las cortinas de la sala, la chavala seguía ahí.

Ella, la luna y una nube que parecía compartir la solidez del mármol con la ligereza de una piedra pómez.

Espero que haya cobrado sus horas extra.

Localizo una de esas páginas en las que te plantan las fotos de la escena del crimen en *technicolor*.

Alguno se gana unas *perras* extra vendiéndolas.

La vida de la bofia es muy dura, qué se le va a hacer. Aunque los *mossos* no cobran mal comparado con la nómina que disfrutaban los miembros de las fuerzas de ocupación policial de Madrid, como algunos las llaman ahora por aquí.

Pero todo es quejarse; querer darle a la familia la casita de veraneo en la playa, y después, si queda, tapar agujeros, arreglar goteras.

Me deleito.

Los cuerpos están tirados a los pies de la verja que cierra la escalinata de entrada a la Escola de la Llotja de la plaza de la Verònica, bajo el frontón que anuncia: «Escuela de artes aplicadas y oficios artísticos».

La escena es imponente, los dos cadáveres sobre el pavimento, la sangre coagulada alrededor.

La estatua de *La industria* los observa desde la fachada.

Es como la de Rusiñol. No dice nada.

Cuando el señor Cervantes hace algo, lo hace bien, debo reconocerlo. Yo solo he elegido el escenario, el que vivió el ascenso de Gil Foix a los cielos de la burguesía de la Barcelona del XIX, cuando la ciudad se esmeraba por convertirse en un monstruo industrial y moderno.

Ahora Barcelona es una ciudad pija.

No la reconoce ni la madre que la parió.

Eso sí, está en el mapa de las urbes que cuentan: Londres, París, Nueva York, Tokio, Berlín.

Pero lo peor no es el cambio físico, esa cirugía estética que la ha dejado con la misma cara que a todas.

La cosa va mucho más allá.

Tiene que ver con el paso de una ciudad vecinal, de esa Barcelona que recibió a tipos como Julián sin importarle de dónde venían, la lengua que hablaban o su pedigrí, a un cadáver bien amortajado; a un entorno hostil en el que los impuros de sangre, los de ideología tibia, dubitativa, vacilante con la nueva patria, volvemos a ser lo que hemos sido siempre: unos malditos charnegos.

Unos jodidos *botiflers*.

Esa Barcelona murió hace tiempo.

Estoy seguro de que decidió acudir al evento en persona, el señor Cervantes. Es de esos hombres a los que les gusta acudir a las veladas en asiento de *ring*.

Le gusta sentir el sudor salpicado, la gota de sangre en la cara, el olor de la vaselina en los pómulos y los guantes de los púgiles. Tanto como sé que no pudo evitar unas palabras, un discurso breve, solemne, acerca de la lealtad, sobre que ya no quedan hombres de palabra, decentes en los negocios, antes de ordenar que los liquidaran.

Hubiera dado lo que fuera por ver las caras del Antonio y el Moro en el trance. Adivinar cuál de los dos se dio cuenta antes de lo que pasaba, de lo que iba a pasar.

De que el maldito viejo los había jodido a base de bien.

El Moro:

«Puto viejo».

El Antonio:

«Viejo cabrón».

Las nueve y media dadas.

Me bajo hasta el Damián, desayuno y nos encaminamos al Mercat de Santa Caterina.

La voz del Olivier nos llega desde la esquina.

La acompaña un maullido.

No es que se hayan puesto de acuerdo, pero ahí están los dos, un chaval que aprende a perder el miedo escénico con su violín, un viejo con el pelo sucio y las ropas que debió de llevar Matusalén.

No es su verdadero nombre, Olivier.

Le viene porque fue actor. Uno bueno, dicen. Tanto como el Laurence Olivier. Llegó a salir en televisión y todo, en Estudio 1.

Ricardo III:

«Pero yo, que no he sido formado para estos traviesos deportes ni para cortejar a un amoroso espejo...; yo, groseramente construido y sin la majestuosa gentileza para pavonearme ante una ninfa de libertina desenvoltura; yo, privado de esta bella proporción, desprovisto de todo encanto por la pérfida Naturaleza; deforme, sin acabar, enviado antes de tiempo a este mundo; terminado a medias, y eso tan imperfectamente y fuera de la moda, que los perros me ladran cuando ante ellos me paro...»

El texto le va que ni pintado.

El pobre es feo con ganas, pero es capaz de erizarte el vello con la voz, con el gesto.

Cada mes toca una tragedia.

«El mundo no está para comedias», dice si te quejas.

Los vecinos nos hemos aprendido medio Shakespeare gracias a él.

También nos regala algún Sófocles de vez en cuando.

Su *Edipo rey* te dispara la congoja.

Su llanto desgarrado, su desesperación, su culpa. También la de su Bruto. Su remordimiento tras matar al tirano. Tras asesinar al padre.

Bruto:

«¡Y ahora, que sigan solos! ¡Destrucción, ya estás en marcha, toma el curso que prefieras!»

Yo soy esa destrucción.

Es extraño que Damián no diga ni una palabra de lo de anoche. Que no anuncie el inminente fin del mundo, un cataclismo global que arrase con todo. Se limita a avanzar tirando del carro de loneta azul.

—Tú sabes algo —me suelta de repente.

—¿De qué?

—De lo que pasa.

—Qué voy a saber. A los viejos ya nadie nos cuenta nada. Para qué.

Mis palabras no acaban de convencerlo. Lo de que no sé nada, lo de los viejos es una verdad universal.

—¿Y el *mosso*?

—¿Qué pasa con el *mosso*?

—Preguntó por ti. Algo quería, ¿no?

Guardo silencio durante un par de pasos, quizás alguno más, para generar cierto suspense.

Después suelto:

—Es el hijo de Matesanz.

Damián frena y el carro le atropella un talón.

—¡No jodas!

Avanzamos unas zancadas más, luego volvemos a pararnos. A este paso nos costará el día entero llegar.

—¿Y qué quería?

—Darme las gracias.

—¿Las gracias? ¿Por qué?

—Por algo del pasado —trato de zanjar.

Es un asunto personal, pero Damián es de otra opinión.

—¿Y ya está?

—Investiga las muertes del Milongas, del ruso y supongo que ahora le caerá encima lo del Antonio y el Moro. Me sonsacaba.

—Y a ti te parece normal.

No sé a qué se refiere, si a su reaparición, a que tratara de tirarme de la lengua o a otra cosa.

—Ya sabes cómo van estas cosas —respondo, que es como no decir nada.

—Mira: Cervantes puede ser un cabrón, pero de tonto no tiene un pelo. —Da por supuesto que es quien está detrás de todo, y en cierto sentido no le falta razón—. Ya sabes que para que los negocios vayan bien, las aguas deben bajar tranquilas.

—¿Y a ti qué más te da?

Ahora es él quien acorta.

—Me da.

Lo dejo en la plaza de Capri y bajo hasta Corders.

El calor aprieta.

Los arriates están secos y los árboles tienen tanta sed como la tierra.

Me queda el tiempo justo para cortarme el pelo en la Mediterrani, frente a la Capella d'en Marcús. En realidad, está dedicada a la Mare de Déu de la Guía. Fue el punto de origen de la primera ruta regulada de correos de Europa, con horarios y tarifas especificadas. También fue el origen del burgo de Sant Pere, que acabaría siendo tragado por la nueva muralla años después.

Quiero sorprender a Remedios, así que me decido por el corte de pelo con afeitado a navaja. Necesito un rato tranquilo hasta que la pastilla me haga efecto.

Me gustan las viejas barberías. Su olor. Sus sillones. Sus productos de toda la vida.

Su precio.

Algunos pretenden cobrarte veinte euros por ventilarte el cráneo, ahora. Son artistas, dicen; son paisajistas de la cabeza, matizan, señalan, te corrigen con el índice apuntando al cielo.

Una panda de gilipollas. Eso es lo que son.

Ellos y quienes se lo tragan.

Pere, el dueño, siempre lo corta de la misma manera. No se anda con tonterías. «Si te gusta, bien; si no, aire». Y os aseguro que tras tantos años dándole a la tijera y el peine, ha alcanzado la perfección.

Sus rayas parecen hechas con tiralíneas.

«Aprender un arte de verdad lleva toda la vida, Justo, no cinco minutos», dice siempre.

—Nada que merezca la pena puede aprenderse en cinco minutos —repite ahora.

Me recuerda al peluquero de una película que vi hace unos años. Siempre con un cigarrillo en los labios. Pere aún fuma mientras te corta el pelo. No para de fumar, por eso está tan chupado. «Si te gusta, bien; si no, puedes irte a tomar por el culo».

—Las prisas —certifico.

—¿Sabes cuánto tiempo estuve yo de aprendiz? —Es una pregunta retórica—. Diez años. ¿Sabes cuánto tiempo llevo cortando el pelo? —Es otra pregunta retórica—. Cuarenta años.

Al salir, tuerzo por Blanqueria.

Me gusta esta calle.

En realidad, es un callejón.

Una herida abierta entre dos bloques.

Las traseras son las únicas que te permiten atisbar algo de la verdad. Ves las cocinas de los negocios, de las casas, ves los almacenes, ves las habitaciones donde la gente esconde sus pecados.

No esperan a un mirón, los pobres, por eso tienen las vergüenzas al aire.

Hoy huele a humedad y a *canelons*.

La mayoría de calles de Ciutat Vella son oscuras. Al sol le cuesta llegar al suelo, pero aquí nunca baja del tercero. Por eso el empedrado está siempre mojado y los revestimientos se desconchan.

Hace un par de siglos, con la ciudad asfixiada por las murallas, la gente comenzó a buscar espacio hacia arriba primero, después hacia delante construyendo chabolas que sobresalían de las fachadas.

Los bajos se convirtieron en puestos.

Los barceloneses somos prácticos.

Nada más abrir la puerta, lo huelo.

«Ahora no, madre».

Remedios está al caer y la pastilla se me ha disuelto ya en la sangre.

—¿Qué estás haciendo, Justo?

—Cumplir con mi misión.

—Estás siendo negligente.

—Sé lo que me hago, madre.

—Debes ser puro.

Se refiere a la Remedios. No le gusta un pelo que me la folle.

—El mayor éxito del maligno es apartar a un justo de su camino —remata antes de volver a callar.

Miro el reloj.

¿Dónde está?

Se retrasa. Y ella jamás se retrasa.

Llamo a su casa.

Imagino el timbre sonando en su piso vacío.

Cuelgo y marco el número de la farmacia.

Me responde Empar, una de las empleadas. La otra se llama Susana.

—Farmacia Gil.

—Hola, Empar, soy Justo. ¿Está Remedios?

—Es sábado. Nunca viene los sábados.

«Lo sé. Los sábados me atiende a mí y después pasa el día con los nietos. Pero aquí no está. Allí tampoco», digo para mis adentros.

—¿Y sabes dónde puede estar?

—Un momento, que le pregunto a Susana.

Pausa.

—Ella tampoco lo sabe.

Cuelgo.

Pienso en si se habrá olvidado. Pero lo descarto enseguida. Tiene mejor cabeza que yo, y yo jamás descuido una de nuestras citas. Con la excusa de la edad, ignoro solo lo que no me interesa, que es cada vez más; una prerrogativa que uno se gana con los años.

«Pueden ser mil cosas, Justo, pero tú siempre te pones en lo peor».

Paso demasiado tiempo con Damián.

La conversación con mi madre también me ha dejado intranquilo. Esperaré un rato más; si no aparece, ya veré qué hago.

LA BUENA NOCHE

No he sabido nada de Remedios en toda la mañana, así que decido acercarme hasta su piso.

Vive en Arc del Teatre, al lado de donde antaño estuvo el Madame Petit, el prostíbulo más lujoso de Barcelona. Llegó a tener restaurante privado, ascensor y un dispensario que atendía los problemas más urgentes. Hasta llegaron a acuñar su propia moneda.

En sus salones se mezclaban señoritos de manicura con estibadores y mozos de almacén.

Dicen que Jean Genet se inspiró en él para su *Querelle de Brest*. Cerró a mediados de los cincuenta, cuando se aprobó la normativa que abolía la prostitución en la ciudad.

Nunca nos hemos dado una llave, ni ella de su piso ni yo del mío.

Una llave es algo serio.

Una llave implica un compromiso.

En mi caso, es también por prudencia. No sabría cómo explicarle ciertas cosas si las encuentra; las armas, mi diario, mi contabilidad.

Apunto cada muerte, cada pieza cobrada, en una libreta. Nombre, apellidos, fecha, pecado. Sé que Dios lleva su cuenta; yo llevo la mía por si el día de mañana surgen discrepancias.

Me aseguro de que la vecina no me espía. Por si acaso, le tapo la mirilla con una tirita que llevo en el bolsillo. Después fuerzo la cerradura.

Es la primera vez que estoy aquí. Siempre quedamos en el Colonial, un hotel que hace chaflán en la esquina de Laietana con Àngel Baixeras.

Todo parece en su sitio.

Aunque en realidad no sé cuál es su sitio.

Me siento en un sillón frente a la tele. Se queja, acostumbrado a la anatomía de su dueña, más menuda, más liviana.

Me dejo envolver. El cuero huele a su perfume.

Me asalta entonces una pregunta: ¿qué sé realmente de ella?

«¿Qué sabes de ella, Justo?»

Que es viuda desde hace años, que tiene dos hijos, que tiene tres nietos; que me gusta follar con ella; que es una mujer inteligente y atractiva; que es dueña de una farmacia con dos empleadas, pegada al portal en el que nació Rusiñol.

Parece mucho.

Pero no lo es.

Por mucho que uno crea conocer a alguien, no acaba de hacerlo nunca. Los seres humanos escondemos siempre una parte de nuestra alma, más o menos oscura, más o menos turbia.

La sombra.

No puedo evitar la tentación de espiar sus cosas.

Entro en el dormitorio y abro uno a uno los cajones de la cómoda. En el de arriba, bragas y algún tanga. En el siguiente, sujetadores; más abajo, medias y calcetines.

Siento cómo mi pene se endurece al coger una braguita de encaje y acercármela a la nariz.

La dejo sobre la cama.

Después escojo un sujetador y lo coloco encima.

Empiezo a vestir su cuerpo imaginado.

Ahora elijo unas medias negras, de esas que se llevan con liguero, y termino la obra.

Mi erección es ya enorme.

De repente, escucho una voz en mi interior.

No es mi madre. Soy yo.

«¿Qué estás haciendo, Justo?»

«¿Acaso ya no te queda ni una pizca de decencia?»

Siento un malestar repentino y rompo a sudar, se me desatan los escalofríos.

«¿A esto has llegado?»

Recojo las prendas y salgo de la casa a toda prisa. Apenas puedo respirar. La sensación de ahogo va en aumento escaleras abajo, hasta que alcanzo la calle con la desesperación de un naufrago.

Tierra al fin.

El sol me atiza.

Todo es luz intensa, cegadora.

Trato de aferrarme al marco, al pomo, a cualquier superficie vertical, horizontal, sólida o blanda, pero mis dedos fracasan.

Eva baila en el centro de la pista.

Lleva un vestido blanco que se abre a cada vuelta. Por un instante, la tela flota en el aire, hasta que otro giro la enrosca alrededor de su cadera.

Lleva los zapatos que le he regalado esta misma tarde.

Mi primer regalo. Me he gastado lo que no tengo.

Son de charol bueno, especiales para baile de salón.

Me mira y sonrío.

Es un momento de felicidad apática. Quizás por eso es tan intenso, tan pleno.

El mundo no está podrido aún. No del todo.

Solo existe ella. Solo existe la música. Solo existen sus zapatos de charol bueno.

Apenas nos queda un mes para casarnos, así que ensayamos y ensayamos.

Giramos sobre un mismo eje. La gravedad de su cuerpo me atrae, la mía la mantiene pegada a mí.

Somos una estrella binaria.

Eso somos. Sirio.

Ella es Sirio A. Grande. Majestuosa. Azul. Yo soy Sirio B. Minúscula. Apenas perceptible a su lado.

Una enana blanca.

Soy su cachorro.

Pero todo cesa de pronto.

Lo primero que veo al abrir los ojos es el rostro de Damián.

—Has tenido un infarto.

Pero no habla con su voz, sino con la de Olga.

Ladeo la cabeza.

Ahí está, de pie, echando un ojo a mis constantes.

Poco a poco soy consciente del tubo bajo mi nariz, de la vía en mi brazo, de los cordones umbilicales que me unen a una máquina impúdica que expone a los cuatro vientos mis intimidades eléctricas.

—Me has dado un buen susto.

Esta vez sí es la voz de Damián la que resuena.

Enseguida añade:

—Te lo dije. Ha faltado poco.

Su gesto es severo. Por un momento se ha visto solo, porque quedarse con Julián es como que te toque el gato de porcelana en el reparto del divorcio.

—Remedios.

No quiero decirlo, pero lo digo. Será la medicación, que me ha hecho bajar la guardia.

Olga cree que se me ha ido la cabeza.

El único que sabe mi asunto con ella es Damián. Le he contado lo imprescindible. Él se empeña en decir que somos novios, yo me empeño en contestarle que solo follamos. Aunque con los años, el dique que nos separaba se ha vuelto permeable. No es una vía de agua, es más bien una sudoración obstinada por la que han ido goteando afectos, sentimientos y dependencias.

Quizás en eso consista una relación. El matrimonio.

—Te encontraron desmayado en el portal de su casa.

Algo se calla.

—¿Y?

—Has estado muerto, Justo.

Su solemnidad me arranca una carcajada.

—Podrías hacerle de sustituto a Olivier —le digo.

«No está bien, Justo», me arrepiento.

Me cuesta aceptar el apego de otros.

No es vergüenza. Es incomodidad.

—Tú tómatelo a guasa, que la próxima iremos de velatorio.

—Bueno, hay que dejarle descansar.

Olga siempre en su papel.

Me quedo solo.

Los cálidos del atardecer se han desplegado hace un buen rato.

Miro por la ventana.

La oscuridad reclama las calles, y con ella manarán sus criaturas; todo un ecosistema que emerge con el encendido de las farolas y el tartamudeo de los neones.

Nadie me ha dicho cuánto tiempo tengo que estar aquí.

Solo ahora me doy cuenta de que una cortina azul me separa de la desgracia ajena.

En la cama de al lado yace otro viejo.

No habla.

No emite ningún sonido.

No parece respirar siquiera.

Lo miro y me veo a mí mismo.

Quizás solo exista en mi imaginación.

— Cuando abro los ojos —no sé el rato que he dormido, si diez minutos, si una hora—, el sargento Casals está al pie de la cama.

Vela mi cadáver.

Pienso entonces en que si no llega a ser por su pupila, igual ni lo cuento.

—Supongo que tengo que darte las gracias.

—¿Por qué?

Aún trata de encubrir el dispositivo.

—No sé de qué me hablas —insiste.

Está bien, las cartas sobre la mesa.

—De la sombra que me pusiste. Aún tiene mucho que aprender.

—Yo no he ordenado seguirte.

Lo dice en serio.

—Era uno de los tuyos, tú sabrás.

—¿De los míos?

—La chavala que estaba contigo en lo del ruso.

—¿Berta?

—Será —asiento.

—Llamó un vecino. Te vio desplomarte.

«¿De qué coño va todo esto?»

Lo pienso en silencio; también el sargento piensa en lo suyo en silencio, que es lo mismo, pero solo en parte, desde otra perspectiva.

La perspectiva lo es todo.

Berta debe de currar para otro en sus ratos libres. O lo hace sin saber que lo hace, vete tú a saber. Alguien le ha dado la orden de que me tenga controlado; una comanda discreta, dada aparte en otro despacho, en la habitación de un hotel.

Me viene a la cabeza la comida en el Montiel: Cervantes, el *intendent* Romea, el otro tipo. El mantel de lino blanco.

Apuesto por Romea, que es apostar por Cervantes.

Romea:

«Te vendrá bien en tu carrera, *nena*».

Y la chica ha cumplido. Es mejor que seguir chupándole la polla.

Hasta ahora no he pensado que Cervantes pueda responder ante alguien.

El desconocido, Cervantes, Romea.

Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo.

—Esto se está saliendo de madre —llena el vacío Casals.

Lo deja en el aire.

Sigue dándole vueltas a lo de Berta. Una bruma llegada de alguna parte le cubre parte del rostro. Quizás es el recorte de la ventana, que taja la luz de una farola y le parte la cara en dos.

No.

Está ahí, en sus ojos.

Lo sabe.

Sabe que fui yo quien le salvó la vida, también quien se la jodió.

Ha venido a vengarse.

Es eso. Dios ya tiene preparado a mi sustituto; ha anunciado la llegada al mundo de un nuevo justo y el sargento es mi ángel de la muerte.

Tiene sentido, pienso. Es una suerte de justicia poética.

Cierro los ojos y espero resignado.

Pero da media vuelta y se va.

Vuelvo a dormirme.

O lo intento, porque cada dos por tres entra alguien a escudriñarme. A asegurarse de que no me he ido al otro barrio.

Todos me dicen que esté tranquilo, que mañana pasará el médico, que a partir de ahora me tome las cosas con calma.

Yo me digo que no.

De hecho, pienso hacer todo lo contrario.

Voy a acelerar.

Voy a pisar el pedal del gas hasta que la aguja reviente el cuentakilómetros.

Cada vez me queda menos tiempo y me piden que me pare a oler las flores, que espere el final estiradito en la cama, sentadito en el sofá de casa.

«Fes bondad, Justo».

No entrar dócilmente en esa buena noche, eso es lo que pienso hacer.

La congoja me golpea sin avisar.

—¿Madre?

Es la primera vez que soy yo quien la llama en mucho tiempo. Soy el soldado a punto de morir.

—Madre —repito.

La habitación está en silencio.

Ni rastro de su olor.

Ni rastro de su voz.

El otro viejo sigue sin respirar en la cama de al lado.

Trato de recordar los momentos previos a mi desmayo, de intuir su presencia en el momento fatídico. Para recogerme. Para acompañarme. Pero lo único que me viene al estómago es una sensación de vacío.

La nada más absoluta.

Desamparo y frío.

No es un frío de madrugada de invierno, de aire que te cristaliza en los labios, de hielo que quiebra bajo tus pies.

Es el frío del espacio. Un cero tan absoluto que me hiela la sangre.

—Madre —insisto.

Vastedad. Espacio vacío.

La enfermera vuelve a entrar a las tres: constantes, tensión arterial, termómetro.

Vuelvo a dormirme.

Y vuelvo a soñar.

Doy vueltas suspendido en el éter. Ingrávido. Algo me perturba.

Miro hacia atrás y ahí está.

Me persigue.

Trato de librarme de ella, pero se adelanta a cada uno de mis pensamientos.

Mi padre se ríe.

Mi madre se ríe.

«Es solo tu sombra, Justo», me dice él.

«Es solo tu sombra, Justo», repite ella.

Es verano. Un día de campo en Collserola, cerca de la Font Joana. La genista lo inunda todo, con su amarillo chillón y su aroma almidonado. También huele a *farigola*.

Con el tiempo, me acostumbro a ella.

Forma parte de mí.

La sombra.

Mi sombra.

Soy yo.

Un yo oscuro, un yo callado que siempre me acompaña.

LA PALOMA

He estado cuatro días encerrado en esta maldita morgue.

El médico quería estar seguro de que todo iba bien antes de darme el alta. Me ha dicho que siga con el Sintrom, pero que a partir de ahora me relaje, que nada de esfuerzos.

Sí, lo ha dicho.

Médico:

«Tómeselo con calma».

Le he sonreído.

He compuesto mi mejor sonrisa.

Y me he callado las ganas de mandarlo a tomar por el culo.

Damián me ha preparado una menestra de enfermo, sin sal, sin sofreír un poco las verduras antes, apenas un golpe, sin esas tiras de jamón salteado que le suele poner.

—Así vamos mal —protesto.

—Si te quieres matar, hazlo tú solito —responde.

Nadie sabe nada de Remedios.

No ha vuelto a casa. Tampoco ha pasado por la farmacia.

—Te digo que el mundo se va a la mierda, Justo —opina del tema Damián—. La gente no desaparece así como así.

A punto estoy de decirle que sí, que algunas personas se esfuman sin más, se pierden como un manojo de llaves o un par de gafas. A veces por voluntad propia, otras por capricho de un malnacido.

Julián levanta la cabeza. Le cuesta un esfuerzo. Pero no dice nada.

Sigue a lo suyo.

Piensa en sus cosas, sean las que sean.

Quizás añora el mar aunque lo tiene a dos pasos.

Pero este mar no es el suyo.

Es muy jodido vivir añorando algo.

Es muy jodido estar solo.

Lo primero que debo hacer es enterarme de cómo están las cosas.

Encuentro a Braulio donde siempre.

Sus raíces son cada vez más profundas, quizás han alcanzado ya el centro del planeta.

En una ocasión vi un documental del National Geographic en el que hablaban de la raíz de una higuera de Sudáfrica. Se había abierto paso a través de un suelo de 122

metros de roca pura; paciente, obstinada, hasta dar con un arroyo subterráneo.

—Me han dicho que has estado a punto de irte al otro barrio.

—Mala hierba nunca muere.

—Palmar, Justo, lo que se dice palmar, palmaremos todos. Una verdad como una catedral. Lo único que importa es lo que uno hace por el camino.

—Amén.

—Tú dirás.

—¿Alguna novedad en mi ausencia?

Lanzo la pregunta al aire, por si tengo suerte y llueve maná.

—Concreta —responde.

—¿Cómo ha quedado lo del Moro y el Antonio?

—De lo más frío.

Me arranca una sonrisa.

—¿Y las cosas?

—En calma chicha.

—Damián está preocupado.

—De eso no sé nada.

—¿De qué?

—De Damián.

—Me refiero a que se teme lo peor.

—Si no, no sería Damián —contesta. Lo conoce casi tan bien como yo. Aunque hace mucho que no tienen trato.

—Te seré claro —avanzo—. Fui yo quien te dijo lo de que el Antonio quería verse con el Moro, y ahora los dos están criando malvas.

—Nadie llora al Moro, Justo, y menos al Antonio. A rey muerto, rey puesto.

—¿Y eso quién lo dice?

Trato de llegar donde quiero llegar, aunque me cueste una vuelta de más. En el universo no hay líneas rectas, todo son curvas, parábolas, elípticas. Como en las relaciones humanas. El Moro tiene amigos, también el Antonio, y el único que puede dar la orden de no tocarme es Cervantes.

Braulio trata de calibrar de qué palo voy.

—¿Qué quieres exactamente?

—Asegurarme de que si me voy al hoyo sea por mis malos hábitos y no por cuenta ajena.

Ahora deja caer los párpados, un cierre de telón de lo más dramático. Entiende lo que le pido.

—Veré qué puedo hacer.

Antes de irme pregunto una cosa más.

—¿Sabes algo de Remedios?

—¿De quién?

—La de la farmacia del *carrer* Princesa.

—¿Qué pasa con ella?

—Se ha esfumado.

—¿Y cuál es tu interés? ¿Pecuniario o de otra índole?

Estoy seguro de que, por mucho cuidado que hayamos tenido, está al cabo de todo.

Braulio es omnisciente.

—Personal.

—Pues ni idea. Pero si me entero de algo te informaré.

Mi intranquilidad aumenta.

¿Acaso dije algo en nuestra última conversación? De ser así, me hubiera mandado a tomar por el culo sin miramientos; no hubiera desaparecido sin dejar rastro, sin avisar en el negocio, sin comunicárselo a la familia.

No, es otra cosa.

Tiene que ser otra cosa.

Es una mujer hecha y derecha, Remedios. Nada de crisis existenciales, de ramalazos de cría.

Decido volver a casa.

Lo de Cervantes ya está en marcha.

En realidad, la cosa comenzó hace semanas. Solo resta el desenlace, que es donde todo suele irse al traste, una película, una novela, la vida.

Me dejo caer en el sofá.

Me recibe alegre. Es el único que me ha echado de menos, por eso me abraza y cierra filas alrededor de mi cuerpo.

Mi madre lleva días sin hablarme, y eso que he estado a punto de reunirme con ella. O quizás no. Quizás ese sea el problema. Quizás no me espera el cielo. Quizás el ejército de Dios no es como los marines, que nunca dejan a nadie atrás. Eso dicen. Quizás me toque pagar por todos mis pecados a pesar de ser un soldado fiel.

Como no quiero pensar en ello, me decido por la lectura.

Sigo con Merinero.

A la hora, alguien desliza un papel por debajo de la puerta. Reconozco la letra de Braulio. Un día le cayó en las manos un viejo manual de la caligrafía inglesa de Valliciergo y decidió adoptar el estilo.

Es una cita clara: dentro de dos días, a la hora del té, en Sant Gervasi.

El señor Cervantes es así.

Los ricos de este santo país toman el té todas las tardes y hacen el *brunch* los domingos.

Solo debo mantenerme con vida dos días más. Eso me dará tiempo para averiguar dónde está Remedios.

Repaso nuestro último encuentro y me brota en los labios el sabor de su coño.

Llevamos muchos años viéndonos, desde antes de que se quedara viuda del farmacéutico, un hombre aburrido a más no poder. Ya habíamos tenido nuestros escauceos de jóvenes. Siempre nos hemos gustado, pero la vida te lleva por aquí primero, después por allá.

Meandros.

Luego se marchó a estudiar fuera y le perdí la pista. Tampoco me preocupé mucho, alguna averiguación tímida al principio, después nada.

Y entonces conocí a Eva.

Me vence el sueño.

Reconozco la decoración, el olor de los oropeles, del terciopelo y de los licores.

Estamos en La Paloma.

Eva gira que te gira en medio de la pista.

Muchos la miran.

Está con dos amigas, sonriendo ajena a la marejada que provoca.

Somos unos cuantos los que esperamos la llegada de cada ola; a que nos rompa en el pecho, en los muslos, entre las piernas.

El chaval que tengo al lado la observa.

Es un señorito de la parte alta, apenas un crío que se relame, que babea, que la desnuda con la mirada.

En sus ojos solo hay una idea: *quiero a esa mujer*.

No es un *quiero* de *querer*.

Es un *quiero* carnívoro.

Me despierto sudado.

Me levanto y voy a por un vaso de agua.

Me vuelvo a tumbar y cierro los ojos. Los aprieto tratando de regresar a La Paloma, doy vueltas en la cama buscando otra puerta al sueño. Pero es inútil, así que decido levantarme y salir.

Estoy de nuevo frente a Santiago Rusiñol.

Me devuelve la mirada de siempre, tan apagada como se le quedó mientras pintaba los jardines de Aranjuez.

Hoy tampoco tiene ganas de hablar.

Y sin saber cómo, aparezco en la calle de Elisabets.

No recuerdo haber cruzado la Via Laietana, tampoco las Ramblas. Salgo a la explanada del MACBA, cruzo la plaza Dels Àngels, cruzo Joaquim Costa y enfilo por Ferlandina.

Hice los primeros guantes en la Legión, pero aprendí a boxear de verdad aquí, en el Siglo XX, bajo la atenta mirada de Rodri. Cada vez que uno de los chicos del gimnasio ganaba algo, lo mandaba pintar en la pared. Llamaba a un amigo suyo, un tal Mancheño, que lo inmortalizaba sobre el estuco como a un rey.

Hace un par de años me lo encontré por la calle. Sigue ligado al mundillo. Ahora regenta el Club de Boxeo Estrellas Altas en la Zona Franca. Aún fabrica púgiles,

chavales de la Marina que buscan labrarse un futuro a golpes. Poca gente sabe que publicó una novela en Planeta en el 82. Una buena historia sobre el boxeo, *Segundos, fuera*. Aún recuerdo la portada: dos guantes y una chica insinuándose medio en bolas. Hará unos quince años publicó otra titulada *El precio de la Gloria*.

El mayor acontecimiento que vivió el gimnasio, sin embargo, fue la llegada de Kid Tunero, el boxeador cubano amigo de Hemingway. Cuando colgó los guantes, se hizo mánager de Legrá.

Hubo un tiempo en el que Barcelona fue el mejor *ring* del sur de Europa. Tuvo grandes veladas y buenos púgiles como Ros, Flix y Gironés, *Los tres mosqueteros de Gràcia*. En el 34 acogió la pelea entre Uzcudun y Schmeling en Montjuïc, y en el 35 se disputó en la Monumental la corona de los pluma entre Gironés —al que también apodaban *el Canari* porque era muy rubio y muy pequeño— y Freddie Miller. Gironés perdió por KO en el primer asalto, un señor crochet de izquierda. Acabó siendo escolta de Companys y se tuvo que exiliar. Murió en México en el 82, el año en que Rodri publicó su libro.

Ahora somos una plaza de tercera.

Nos han dejado sin toros y sin boxeo.

Mis pies se detienen frente al 27 de la calle del Tigre. Levanto la vista y lo veo, el rótulo apagado: «La Paloma».

Alguien ha empapelado la pared con carteles. Los vecinos están hasta los cojones de las charlas de pitillo.

Recibo el pinchazo en plena lectura.

El dolor es tremendo.

Me revuelvo como puedo y me apoyo en la pared.

Frente a mí tengo a un tío enorme de piel calafateada. Sostiene una navaja manchada con mi sangre.

Me palpo la yaga abierta en la espalda. Es sangre clara; por suerte, no me ha tocado el hígado.

La puta que lo parió.

No ha habido suerte. Tampoco he tomado precauciones.

«¿Qué te pasa, Justo?»

«Has calculado mal, Justo».

«Tú nunca calculas mal, Justo».

Me muestra los dientes. Forman una empalizada perfecta.

Señala algo con la punta del cuchillo.

El muy cabrón se ríe de mis zapatos ortopédicos.

—Hijo de puta —dice—. Hijo de puta —repite—. Tú hijo de puta.

Empiezo a pensar que no habla más castellano. Claro que lo poco que dice es perfectamente cervantino.

—¿Es todo lo que sabéis decir, moro de mierda?

—No moro. Mali, hijo de puta —responde.

Empiezo a marearme; o lo despacho rápido o me quedo aquí mismo.

—¿A qué esperas, moro de mierda? —digo, cargando lo de *moro*; se ve que entre ellos tienen sus rencillas, debe de ser como llamarle *gitano* a un payo—. Todos sois iguales. Todos unos moros de mierda.

El tío se abalanza, el cuchillo directo al pecho, quiere partirme el corazón.

Primero aprieto los dientes. Después rezo. Y con el amén pruebo suerte y le lanzo un directo a la garganta.

La tráquea le cruje.

Deja caer el cuchillo y se lleva las manos al cuello.

No puede respirar.

Ya no podrá más.

Saco un pañuelo del bolsillo y me taponó la herida.

La calle, las paredes, las sábanas tendidas comienzan a licuarse.

Por unos instantes, vivo en un cuadro de Dalí.

No tengo tiempo de llegar a casa. Vivo no.

Y entonces me acuerdo del Almirall.

La cabeza tiene estas cosas, supongo que será por la adrenalina.

Casi saboreo el trago de Oliveta mientras me tambaleo hacia la puerta, después viene el regusto a albóndigas con *ceps* y a calamares rellenos.

Hay poca gente aún.

El camarero me mira con cara de pánico, también una pareja de turistas que se está haciendo una foto con la barra de fondo; una delicia modernista, como el resto del bar.

Debo de estar peor de lo que pensaba.

—¿El teléfono, por favor?

—No tenemos, señor.

La parejita sale a toda prisa. No quiere problemas, y un viejo pálido con la espalda empapada de sangre es precisamente eso, un problema de los gordos.

—Pues ya puedes pensar en algo o me muero aquí mismo, chaval.

Saca un móvil de su bolsillo y me pregunta:

—¿Llamo a una ambulancia?

Le digo que no con la cabeza.

—¿A la policía?

No es precisamente una lumbrera.

—Llama al Damián —le digo.

Y me desmayo.

ALGUNAS VERDADES

La luz entra en mis pupilas, primero a través de la membrana de los párpados, sin velos ya después.

—¿Se puede saber qué coño ha pasado?

Esta vez es Damián quien asume el control. Estamos en sus dominios. Me han tumbado de lado sobre la encimera de la cocina. Lo único en lo que pienso es que el camarero del Almirall no era tan tonto como parecía, al fin y al cabo.

No sé cómo se las habrá ingeniado, pero aquí estoy.

Me llevo la mano a la espalda.

—No te toques —dice Olga—. Te he tenido que dar unos puntos, pero deberías ir al hospital a que te miren, puede infectarse. Y deberías ponerte el tétanos.

No es la primera vez que ve una herida de navaja. Estoy seguro de que tuvo que remendar al Milongas en más de una ocasión.

—¿Qué coño ha pasado? —insiste Damián.

—Un cabrón que quería mi cartera.

No me cree ni media palabra.

Quizás lo de *cabrón*.

—Deberíamos llamar a la policía.

—¿Para qué?

Damián sabe que no tiene nada que hacer, pero no puede evitar el remate:

—Menos mal que el médico te dijo que te lo tomaras con calma.

—Vente mañana al Centro. Te lo miraré y veré si tenemos alguna vacuna —interviene Olga.

Me incorporo hasta quedarme sentado.

Damián me pasa una camisa.

—Ya me debes dos.

—¿Qué hora es?

—En un rato estará la cena.

—Antes quiero pasar por casa.

Los hombres del Moro ya habrán echado en falta a su colega a estas alturas. Seguro que algún transeúnte se ha dado de bruces con el muerto y a la que uno de la bofia pone un pie en el Raval, lo saben al minuto. Lo saben hasta las palomas y los perros.

Daré un rodeo. No quiero más sorpresas.

Subo por Rec, tuerzo por Sabateret, llego hasta Flassaders y vuelvo a torcer por Hostal de Sant Antoni, después por Triangle, y de ahí, por Corretger.

Cualquiera que me conozca pensará que se me ha ido la cabeza.

Me asomo y veo a Remedios en la puerta de casa.

Algo se me desboca.

Por un momento estoy a punto de salir corriendo. Pero logro contenerme. Debo asegurarme de que la gente que está sentada en las terrazas del Pizza Paco, del Upiaiwuasi, del Bareto, solo disfrutan de una coca-cola, de una cerveza, de un cóctel.

Una vez comprobada cada esquina, cada banco, cada silla, aprieto el paso.

Remedios me ve llegar.

Me mira la cara, que no debe de ser buena.

La cojo del antebrazo y la meto en el portal.

—¿Se puede saber dónde estabas?

—He ido a pasar unos días a la Cerdanya con unos amigos.

—¿Y no se te ocurrió avisar a nadie?

—¿A ti?

—En la farmacia. A tus hijos —desvió la atención.

—Mis hijos son unos exagerados. Solo me echan en falta cuando me necesitan para algo. No me digas que estabas preocupado...

La pregunta es un desafío directo.

—Sí, lo estaba.

—Nunca me lo hubiera imaginado.

No sé si lo hace para hacerme sufrir o para hacerme rabiar.

—¿Por qué dices eso?

—Porque en todos los años que llevamos viéndonos nunca me has dejado entrar.

—¿Te refieres al piso?

—Eres imbécil, Justo.

Le dedico mi mejor sonrisa a ver si amaina, pero no sirve de nada. Pienso en jugar la baza del infarto, pero sería hacer trampas. No me gustan las trampas: o juegas con todas las reglas o no juegas.

Que sea lo que tenga que ser.

—Pensaba que estábamos bien como estábamos.

—No te estoy pidiendo que nos casemos, Justo.

—¿Y qué es lo que me pides?

—¿Sabes? Déjalo —responde.

Es nuestra primera pelea seria.

«Tarde o temprano, a todo el mundo le da por querer cambiar a los demás», pienso mientras la veo alejarse.

Todos los hombres somos gorriones con el ala rota.

En la tele hablan de la reyerta.

«Un maliense muerto en la calle del Tigre», informan. «No es terrorismo, son drogas», recalcan. «Un ajuste de cuentas». O vete tú a saber qué —eso no lo dicen—.

«Pero no es terrorismo», insisten por si algún turista se ha equivocado de canal.

Al fondo de la imagen veo al sargento. Junto a él está Berta.

Hoy lleva el pelo suelto.

Así le queda mejor.

Tiene un algo en los ojos, en la cara, la *nena*. No es belleza. Es decisión.

Cuando regreso al Damián, me tiene la mesa puesta.

Rezo para que no haya visto *L'Informatiu* o me atosigará a preguntas.

—¿Qué se cena hoy?

—Sobró menestra de ayer. Si no, tengo *calamarcets* a la plancha.

Los prepara en una sartén, con picada de ajo y perejil, nada más. Después los remata con un toque de virgen extra. Cosa fina.

—Ponme un plato de cada.

—Buena señal —se despide, camino de la cocina.

Mientras espero, pienso en la conversación con Remedios.

«¿Qué quieres, Justo?»

Por un momento temo que se presente mi madre.

Pero no.

«¿Qué es lo que realmente quieres, Justo?»

A ciertas edades, el sexo es una bendición, pero acaban primando otras cosas. El saber que habrá alguien al pie de tu cama, de tu ataúd, cuando llegue el momento.

Damián reaparece con la menestra.

—Te dejo los calamares en la cocina.

—Remedios ha aparecido —lo informo. Me apetece darle una buena noticia para variar.

—¿Dónde estaba?

—De colonias con unos amigos. Ya ves tú.

Me echa una miradita. Una de esas tuyas.

—¿Qué pasa ahora? —le digo.

—Es una buena mujer, Justo. No la pierdas o te quedarás más solo que la una.

Me asalta entonces una duda: ¿qué sabe Remedios de mi pasado? ¿Qué sabe de Eva? Aún estaba fuera cuando pasó. Al volver, todo el mundo había olvidado el asunto.

«Si sales con vida de esta, Justo, tienes que contarle la verdad».

Me encamino de vuelta a casa por Flassaders.

El rostro de Drácula me observa desde su atalaya de la calle de las Mosques.

Cuando éramos pequeños, Damián y yo jugábamos aquí a *fer la creu*, extender los brazos hasta tocar las paredes de las fachadas enfrentadas.

En cierta ocasión, alguien logró recorrerla en un 600. Se celebró como un acontecimiento.

El mundo era aún pequeño entonces. Se abarcaba de un vistazo: solo existía tu calle, solo existía tu barrio, tu ciudad.

Al llegar a la plaza de Sabartés, me fijo en una figura apoyada en una de las cristaleras del nuevo Centre del Museu Picasso. Es un engendro de hormigón y cristal que quieren convertir en futura entrada.

—*Bona nit.*

El sargento Casals sale de entre las sombras como Harry Lime.

—Buenas noches —correspondo.

Aquí está. Ha venido a matarme. Hoy sí.

Le parecía poco honroso liquidarme en el hospital, no era de caballeros, así que me ha dado unos días. Todo un detalle.

Apoyo mi mano izquierda en el costado para comprobar que el 22 está en su sitio. Más me vale andarme con cuidado tras lo del Raval.

—¿De vuelta?

Asiento.

—¿Y tú?

—Dando un paseo por el barrio.

—Ha cambiado mucho.

—Las piedras.

—Algunas cosas no cambian. Otras sí.

Y entonces llega:

—Sé quién eres.

Asiento despacio. En el fondo, me siento aliviado.

—Entonces, sabrás qué hice.

Ahora es él quien asiente. Su cabeza sube y baja, pero sus ojos no pierden el contacto.

—Lo que no sé es por qué —señala.

Se debate.

Piensa en su padre, en que está mucho mejor donde lo dejó. Piensa en su madre. En que acabó en el talego por mi culpa. Piensa en que creció con el estigma de ser el hijo de la asesina.

Piensa en que fui yo quien la llevé al garrote.

—Es largo de explicar —respondo primero. Después pienso que lo mejor es hacerle un resumen—. Tu padre era un mal hombre.

—¿Y mi madre?

Cuando no hay nada que uno pueda decir con algún sentido, con dignidad, es mejor callarse. Es una cuestión de respeto. Y de saber estar.

—La vi morir.

La revelación me pilla por sorpresa. El corazón se me encoje. Después se me seca.

—Nadie se fija en un niño que se cuelga en la prisión pegado a las faldas del cura.

Veo al crío parapetado tras la sotana. Lo veo mirar cómo conducen a su madre hacia el cadalso al son de cajas destempladas. Cómo la sientan. Veo sus lágrimas caer mientras el verdugo gira el tornillo. Lo hace despacio. Ha recibido órdenes de que debe sufrir tormento, así otros se lo pensarán dos veces a la hora de asesinar a un uniformado.

Siento su dolor.

Siento su rabia.

Siento su soledad.

Y siento su odio.

Los conozco de primera mano: el dolor, la rabia, la soledad, el odio.

Ninguno caduca.

—¿Por qué no me delataste?

—Lo único que les importaba era mandar un mensaje, y, de paso, callarla. Así nadie podría afean la memoria del compañero caído.

En su mirada adivino los años de espera. La paciencia.

—¿Por qué ahora?

Así estamos cuando Berta aparece por Cremat Gran. Levanta la mano y saluda.

Tiene el guapo subido.

Eso es lo que provoca que el pobre Casals baje la guardia. Ahora es él quien se la imagina en ropa interior entregada por entero a su polla. La observa desde arriba y la ve feliz con su sexo en la boca, devorándolo, acompañando el vaivén de su cabeza con la mano.

También se fija en sus tetas.

«¿De dónde ha sacado la *nena* esas tetas?», se pregunta.

Solo piensa en derramarse sobre ellas.

En tomar posesión al fin de esa piel inmaculada.

En eso piensa cuando el destello precede al estruendo.

UNA VERDAD MÁS

He visto morir a mucha gente, pero lo del sargento me ha revuelto.
No se lo merecía. Aunque quisiera matarme.
Hay gente que se lo merece, otra que no.
Como Eva.
«Eva no merecía morir».
A veces pienso que Dios se la llevó solo para sacudirme. Para despertarme.
Hay quienes piensan que la bondad del Señor es infinita.
No lo conocen.
No como yo.
Dios es un cabrón implacable.
Guardaos de su ira.
Es el mejor consejo que puedo daros.

PASADO Y PRESENTE

Me pongo el traje, por si me han de enterrar hoy, y subo hasta la plaza de Catalunya.

La calle de la Argenteria se ha convertido en un discurrir ininterrumpido de turistas.

Me paro frente al número 65 para presentar mis respetos, pero ninguna placa recuerda la sala Zeleste.

Un templo.

Hoy es una tienda de Desigual.

Me bajo en la avenida del Tibidabo y nada más salir constato que hasta la luz del sol es distinta aquí.

Hacía mucho tiempo que no traspasaba la Diagonal.

Me siento extraño.

Esta no es mi Barcelona.

La mía tampoco lo es ya.

Cervantes vive en una torre modernista de color crema catalana.

Me pregunto si sus vecinos saben a qué se dedica; claro que es posible que ellos se ganen la vida de modos aún peores.

Los ricos que quieren aparentar se van a Pedralbes, pero las casas más bonitas de Barcelona están aquí. Cuando Sant Gervasi aún era un pueblo, Salvador Andreu —el doctor Andreu, el de las pastillas para la tos; uno nunca sabe con qué se va a forrar— decidió crear una pequeña ciudad jardín en la falda del Tibidabo. Un edén para los amigos. Incluso le construyó un auditorio con vivienda a Enrique Granados para que les deleitara de vez en cuando.

La calle es un catálogo de arquitectos de postín: Puig i Cadafalch, Rubió i Bellver, Sagnier, Ruiz i Casamitjana.

Mientras camino cuesta arriba tengo la sensación de que Dios me observa.

Ha llegado el momento.

Berta me espera en la entrada.

Tiene gracia: anoche me salvó la vida sin saber que hoy iba a morir; que seré yo quien la mate, a ella, al señor Cervantes y a cualquiera que trate de impedirlo.

Hago una lista mental de cada persona con la que me cruzo. Cinco, contando a Berta.

Me dejan solo en un despacho con una gran vidriera.

Mis ojos se van de inmediato al escritorio. Busco el abrecartas de oro macizo con el escudo familiar grabado a buril.

Aquí está.

El abrecartas de oro macizo.

Lo vi hace unos meses en una revista, en uno de esos reportajes en los que los ricos abren las puertas de su casa para que los pobres podamos envidiar su grandeza.

Fue en la Mediterrani.

La vida tiene estas cosas.

Los guardaespaldas del señor Cervantes han sido más concienzudos que los del Milongas. Solo les ha faltado hacerme un examen de próstata.

Son profesionales, les pagan bien y quieren que la cosa siga así. De modo que uno debe prepararse con tiempo, elegir el arma adecuada, la reliquia familiar que sabe que ya estará allí, sobre el escritorio, cuando vaya de visita.

«Pertenebió a mi abuelo, él lo mandó hacer y ha pasado de generación en generación, primero a mi padre, ahora a mí y después será para mi hijo», decía el señor Cervantes en la entrevista.

El sol atraviesa la vidriera y se proyecta sobre el parqué. Es como estar en una iglesia.

Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo.

En la misma entrevista, Cervantes contaba cómo había decidido transformar la vieja capilla de la casa en biblioteca.

Sonrío.

Voy a mandar a un hombre a reunirse con su Creador, ¿qué mejor sitio para hacerlo?

«También es un buen sitio para morir», pienso.

Me acerco al mueble lleno de fotos.

La más grande es un viejo retrato en blanco y negro del patriarca, Amadeu Cervantes, el responsable de amasar la fortuna. Contrabando y mercado negro. El resto de marcos muestran la perpetuación de la estirpe: el hijo, el primer nieto, el primer biznieto.

Todo se detiene al verlo.

Todo se congela al pasar la página de la revista y reconocer en la foto al chaval que tiene los ojos fijos en Eva mientras baila, el labio lleno de sudor estancado.

Algo se activa en mi memoria maltrecha, tantos años callada.

La memoria es un misterio.

La memoria es una hija de puta.

Pere me mira.

Pere:

«¿Te encuentras bien? *Fas mala cara*».

Pasado y presente colisionan y generan un vórtice espacio-temporal que me engulle y me escupe en La Paloma.

Miro al chaval junto a mí.

Hasta ahora no he caído en cómo ha logrado entrar. No llegará a los quince, la cara llena de granos, el pantalón deformado por una creciente erección.

Pone un pie en la pista y se acerca a Eva y sus amigas.

Ellas lo miran y se ríen. Les ha hecho gracia. Quizás sea por la erección, quizás porque un crío tenga esos aires de Valentino.

Le siguen la corriente.

Les parece mono, supongo.

No ven el peligro; no le intuyen la oscuridad en el fondo de la mirada. Su pupila es un agujero negro que se lo traga todo. Tampoco son capaces de advertir la resolución del niño de papá que ha elegido el juguete que quiere sin importarle lo que cuesta.

—Esa foto se hizo el día de mi cumpleaños —señala Cervantes, que ha entrado en la habitación deslizándose como una serpiente.

«Todo te ha conducido aquí, Justo», me digo.

Me doy la vuelta.

El crío ha crecido.

El crío ya no tiene catorce años.

El crío es el responsable del cotarro familiar, ahora.

Su padre amplió el negocio, diversificó productos y mercados y tuvo a bien morir pronto, sin ruidos ni aspavientos.

Sé que no me recuerda, que no tiene ni la más remota idea de quién soy.

Está frente a un simple mortal; un viejo que se ha cruzado en su camino y le ha echado una mano en cierto asunto, no sabe por qué —aunque está seguro de que tiene alguna intención, pecuniaria, por supuesto.

Eva se cansa pronto de las atenciones del mocoso, en especial cuando le siente restregarse con su pene duro.

Parece el perro en celo que se te agarra a la pierna.

Lo aparta dejándolo con la mancha de la pronta corrida en el pantalón.

Las amigas lo señalan.

Se ríen.

Se mofan del eyaculador precoz.

Entonces la cosa se pone fea y al niño le salen colmillos.

Y el niño con colmillos le cruza la cara a Eva.

«¡Putas!»

Me abalanzo sobre él.

Sus amigos lo rodean, me enseñan los dientes, reparten empujones, algún codazo, varios golpes bajos.

Buscan ganarse un puesto en la manada. Subir en el escalafón de la jauría.

—Cuando me contaron que había sido usted quien había informado a Braulio sobre la reunión secreta entre el Antonio y el Moro, sentí curiosidad —dice Cervantes—. Nadie hace nada a cambio de nada en los tiempos que corren, así que me dije: este hombre quiere algo de mí.

En su expresión puedo leer:

«Pues bien, aquí estoy: ¿qué quieres de mí, viejo?»

—Cargarse a un policía no es ninguna tontería —señalo, mientras recuerdo el cuerpo del sargento tirado en el suelo, la cabeza reventada.

Cervantes mira su reloj. Soy una molestia. Quiere despacharme rápido. Pero sigue, paciente:

—A estas horas, un equipo de intervención de los Mossos está a punto de encontrar el arma con la que lo asesinaron en el transcurso de un registro en un piso del Raval. Estoy seguro de que sabrá que Casals investigaba el asesinato del Milongas y las muertes del Antonio y el Moro en la plaza de la Verònica. Una guerra por el territorio en Ciutat Vella que, por desgracia, le ha costado la vida. Hasta lo condecorarán a título póstumo —desgrana—. Así es como lo veo yo, y así es como ellos lo verán: el Moro asesinó al Milongas para hacerse con todo el negocio, el Antonio quiso vengarse y los dos acabaron muertos. Después, acorralados por Casals, sus hombres decidieron liquidarlo. Hasta encontrarán explosivos. Mal asunto. Un asunto muy feo, se lo aseguro.

Veo al *intendent* Romea a cargo del asalto. No está allí, ariete en mano, claro; hace mucho que no hace la calle, que sus suelas solo pisan alfombras, moquetas y grandes losas de mármol. Pero es él quien ha arengado a los hombres durante el *briefing*.

Quiere sangre y quiere fuego.

Romea:

«*Aquests fills de la gran puta s'han carregat un dels nostres!*»

—¿Y cómo piensa explicar lo del ruso?

—Un pobre turista de vacaciones. Un robo que salió mal. Una desgracia.

Cervantes se frota el traje y desaloja una mota de polvo que afea el tejido. Después lo atusa para asegurarse de que no ha quedado ningún vestigio, ninguna arruga indeseada.

—De todos modos —añade—, hay algo que parece no entender: yo no debo explicar nada a nadie.

Tiene razón.

Los hombres como él jamás rinden cuentas. Navegan tranquilos por las aguas calmas de la impunidad.

—Pero eso no aclara quién los mató en realidad. Ni tampoco al Milongas —le planteo.

A estas alturas ya estoy pegado al escritorio. El hombre me observa. Su expresión sigue siendo cordial, pero su mirada ha bajado varios grados centígrados.

Reconozco ahora en ella la del mocoso de La Paloma.

La que debió de ver Eva antes de que la destrozara.

—Algo me dice que va usted a ilustrarme.

Mis yemas tocan al fin el abrecartas. La daga ritual. El cuchillo del sacrificio.

Su tacto me calma.

Cervantes desvía la mirada hacia la puerta y empieza a despegar los labios, pero antes de que pueda reclamar la presencia de sus guardaespaldas, le meto el abrecartas por la mandíbula inferior. La hoja le atraviesa la lengua y se le incrusta en el paladar. Después se la hundo en un pulmón.

Escupe sobre su camisa.

Busco algo en el bolsillo de la americana. El recorte ha empezado a quebrarse por las dobleces, pero la foto aún es clara.

La observa.

Eva le devuelve la mirada, sonriente.

Es una foto hecha en una Golondrina del Moll de la Fusta.

Cervantes intenta protestar; no puede creerse que todo tenga que ver con una chica a la que violó hasta cansarse el día que cumplía catorce años. Por aquella puta con la que debió de perder todas las virginidades. La física, la moral.

Estoy seguro de que después hubo más. Más bragas rasgadas, más coños violentados, más cuerpos rotos, más vidas arrasadas.

Debo controlar la situación.

Grito.

Luego cuento.

Cinco, seis, siete, ocho.

Los guardaespaldas entran pistola en mano.

Agarro al primero por el cuello y le clavo el abrecartas en la arteria.

El otro ni se lo piensa.

Dispara por si me acierta, pero lo único que hace es llenar de plomo al compañero.

Me hago con la pistola del que me sirve de parapeto y le disparo dos veces al pecho.

Quedan tres.

Salgo del despacho, el brazo abajo, la cabeza arriba.

«Mantén la calma, Justo».

Camino hacia la escalera principal, una mole de mármol sacada de la mansión de Escarlata O'Hara.

Aparece la asistente.

La pobre mujer no tiene culpa de nada, todos los días viene a currar desde Horta, desde la Guineueta o desde el Clot para mantener a los hijos, para pagar las borracheras del marido.

Ha tenido mala suerte en la vida.

Hoy no es una excepción.

Le disparo a la cabeza; no quiero que sufra más de la cuenta.

Ya solo quedan Berta y otro.

Subo la escalera y voy dormitorio por dormitorio.

Cervantes se ha divorciado dos veces y los hijos viven con las madres, pero también tienen cuartos aquí. Al pequeño le gusta el baloncesto, a la *mena* los delfines.

Despejado.

Bajo.

La bala me roza la oreja.

El tío es un armario.

Me apunta otra vez mientras me perfilo. El chusquero que me enseñó a tirar en la Legión siempre me decía lo mismo.

Sargento:

«¡Uno jamás le da el pecho al enemigo, chaval! Lo primero es ponerse de costado. Fíjate, si no, en los tiradores olímpicos, copón. Se apunta mejor y te haces más estrecho».

Disparo y lo alcanzo en la vejiga.

Disparo y lo alcanzo cerca del ombligo.

Disparo y lo alcanzo cerca del esternón.

Mientras cae, escucho una detonación a mi espalda.

No tiene nada que ver con el petardeo de una pistola. Esta suena como una barrena.

Me giro y veo a Berta, la pistola alzada, la boca del cañón fija en mí.

Sigo la trayectoria de la bala que debe de haber salido ya de su arma, la que ha de perforarme el lóbulo frontal y darme la paz al fin.

Pero Berta cae como si la acabaran de talar.

No pone las manos, ni siquiera amaga con extender los antebrazos; se estampa contra el suelo como el Antonio contra la pared de su portal.

El sonido de su cabeza al abrirse me impresiona.

Ahora que tengo el campo libre, veo lo último que esperaba ver en esta vida: de pie tras ella, con una vieja escopeta de cañón serrado entre las manos, se alza Damián.

Tardo unos segundos en reaccionar.

—¿Qué coño haces *tú* aquí?

Se me hace extraño verlo sin su mandil, con un arma en lugar de una espumadera.

—Debes parar, Justo.

—¿De qué estás hablando?

—Esto acaba aquí y ahora —sentencia.

No lo reconozco.

Hasta su rostro me parece distinto.

—Por favor —remata.

—¿De qué coño me estás hablando?

Me mira.

Los párpados parecen pesarle una tonelada.

Deja la escopeta sobre una mesilla. Lo hace con cuidado de no dañarla, como si al recién difunto señor Cervantes fuera a importarle; quizás es solo porque le parece una pieza de lo más delicada.

Ahora se sienta, apoya los codos en las rodillas y sostiene la cabeza entre las manos.

La sangre de Berta se espesa sobre el mármol encerado. Observo sus dedos largos. Parecen de alabastro. No me había fijado en sus manos hasta ahora; son bonitas, de orfebre, de pianista más que de policía, bien cuidadas, la manicura impecable.

Todos tenemos nuestros caprichos.

Me largo.

Salgo sin esperar a ver si Damián me sigue.

«¿Qué coño hacías tú en la casa, Damián?», farfullo.

Y cualquier respuesta que adelante no me gusta un pelo.

El sol bajo me cubre con su película naranja al salir.

La vida discurre plácida. La gente va, la gente viene. Escucho la campana del Tramvia Blau, que sube repleto hacia el Tibidabo.

Una mujer que tira de su crío rechoncho me suelta una miradita.

Sangro.

Se me deben de haber saltado algunos puntos.

Saco un clínex y lo coloco sobre el apósito. Sé que Olga me echará la bronca en cuanto me vea mañana.

«Eres peor que un niño, Justo».

Me entra el impulso de mirar atrás.

Siento un punto de remordimiento por haber dejado tirado a Damián. Me ha salvado la vida y yo le he vuelto la cara.

La bala de Berta llevaba mi nombre. Tan seguro como que el cabrón de Cervantes está al fin camino del maldito *Gehinnom*.

«Ya está, Eva».

«¿Quién eres, Damián?»

Me bajo en plaza de Catalunya.

No me apetece tirar por Portal de l'Àngel, así que elijo la calle de las Moles hasta Comtal, cruzo la Via Laietana y enfilo por Sant Pere Més Baix.

«¿Quién coño eres, Damián?»

La pregunta no me deja en paz.

Nos conocemos desde críos, pero jamás le he contado nada acerca de mi identidad porque pensé que no lo entendería. Y ahora resulta que ni titubea al cargarse a una policía por la espalda. Ahora resulta que él también me ha mentado, que también oculta algo.

Me asalta otra pregunta.

«¿Cómo sabías que iba a estar allí?»

Tuerzo por Freixures hasta Cambó y bajo a casa por Montanyans.

La voz de mi madre retumba en mi cabeza.

Mi madre:

«Ten cuidado, Justo».

Yo:

«Déjame en paz».

Mi madre:

«No te fíes de nadie».

Yo:

«Eso te incluye».

Mi madre:

«No debes apartarte de la senda de Dios».

Yo:

«¿Y de qué te sirvió tu fe ciega?»

Calla.

Ahora calla.

Siento su presencia, respiro su olor; sé que está aquí.

Mi madre:

«No puedes escapar de quién eres. De lo que *eres*».

Yo:

«¿Y qué soy, madre?»

Mi madre:

«Eres el instrumento de Dios».

Yo:

«He acabado lo que tenía que hacer. Estoy cansado».

Vuelve a callar.

No me lo dice.

No me lo pide, pero sé lo que quiere.

Damián es ahora un cabo suelto.

Dios es un cabrón despiadado.

Una nueva pesadilla.

La otra.

Eva está tirada en el suelo.

Apenas respira.

Balbucea.

No la entiendo.

Es un rumor. Una letanía.

El tran tran de una máquina. De un motor.

El muy hijo de puta le ha dado una paliza tremenda. Le ha partido las cejas, le ha roto los pómulos, le ha abierto los labios, le ha desencajado la mandíbula.

Tiene la cara tan tumefacta que apenas la reconozco.

Su vestido es un jirón que deja ver sus tetas mordidas. Algunas dentelladas son tímidas, otras han levantado la piel. También se adivina la depresión de varias costillas hundidas.

Tiene la falda subida hasta la cintura, los pantis rotos, las piernas tan abiertas que parecen desencajadas.

No acierto a ver dónde están las bragas.

Sigue balbuceando.

No ha dejado de balbucear.

Balbucea todo el rato.

Tran tran.

Tran tran.

Tran tran.

No me atrevo a tocarla por miedo a dañar algo que aún no esté roto.

Trato de pronunciar su nombre, de articular alguna palabra, de decirle que no pasa nada, que todo saldrá bien, pero siento una náusea; todo gira, todo deja de tener contornos definidos.

Las aristas desaparecen.

Lo sólido se funde, se convierte en plomo líquido.

Todo.

Las paredes, los adoquines, las casas.

También su balbuceo incomprendible.

Sobre mi cabeza, la brisa mece una colada de sábanas.

No siento los brazos que me alzan ni los dedos que me exploran. Tampoco atiendo a los ojos que me examinan. Tan solo soy capaz de oír las voces alarmadas que pronuncian la sentencia.

Sanitario:

«La chavala está muy mal. No sé ni por dónde empezar, joder. Una vez la establecemos nos la llevamos cagando leches».

Y, entonces, la entiendo al fin.

El balbuceo se aclara.

El bebé.

El bebé.

El bebé.

El bebé.

El bebé.

El bebé.

Claudico.

Mientras conducen mi cuerpo camino de alguna parte —del hospital, de la morgue, aún no lo sé—, regreso a la pista de La Paloma.

En cuanto la jauría ha empezado a repartir candela me da por hacerme el macho sin saber si Eva lo necesita. No le doy opción.

Huelo su miedo brotar junto al sudor. Se mezcla con su perfume. Dulce, amargo, salado.

Sonrío para tratar de tranquilizarla.

El zarandeo dura apenas unos segundos, lo que tardan en aparecer los porteros. Tíos de esos que van a gimnasios de barrio, que huelen a pomada, a linimento de romero y clavo.

Después todo se calma.

Los amigos se llevan al chaval en volandas. Agita los brazos, patalea; tiene la mirada fija en Eva.

«¡Putas!», grita.

«¡Putas!», repite.

—Nos vamos —le digo.

Al principio me sigue a empellones, después se deja llevar.

Salimos por una puerta lateral.

Echo un vistazo rápido. No hay nadie. Solo la luna en el suelo y una vecina fumando en el balcón de enfrente.

—¿Dónde vives?

«¿Por qué iba a confiar en ti?», pienso ya más tranquilo.

—Perdona. —Otra sonrisa—. Me llamo Justo, ¿y tú?

Aún duda.

—Eva.

—Eva —repito—. Pues si me dices dónde vives, te llevo. No es negociable.

—Mis amigas —dice—. No puedo irme sin ellas. Tampoco es negociable —añade.

Asiento.

La cojo de la mano y volvemos dentro.

La vida ha vuelto a arrancar, también la música. Todo el mundo baila como si no hubiera pasado nada.

Las localizamos en una esquina. Están asustadas.

—¿Dónde te habías metido? —dice una.

—Vámonos, por favor —dice la otra.

—Os acompaño.

Las dejo en las Ramblas tocando a plaza de Catalunya, frente a la boca de metro. No le he pedido el teléfono. Tampoco la dirección. No sé si le quedarán ganas de volver a La Paloma.

Por si me equivoco, voy todos los fines de semana durante cuatro meses; el jueves, el viernes, el sábado. Pero no aparece. Tampoco el crío.

Hasta que, una Nochevieja, la veo. La acompaña un chico de buena planta. Vienen con ella sus amigas, acompañadas de otros chavales de buena planta.

Lleva un vestido negro como Gilda.

«Has llegado tarde, Justo», me digo.

La observo desde lejos. No me atrevo a acercarme, a preguntarle: «¿Te acuerdas de mí?».

Es ella quien me ve escondido.

—No te di las gracias, al final.

—No pasa nada.

El chico con el que ha venido se acerca.

—Este es Oriol, mi primo.

El cielo se abre.

—Él es Justo, el chico del que te hablé.

La capa de nubes se desgarrar y escampa.

—Gracias —me dice, estrechándome la mano—. Te tomas algo con nosotros.

No es una pregunta, es una orden.

Eva es de Sant Antoni. Vive en Manso con Borrell. Su padre tiene un pequeño bar en la calle de Calàbria. Me cuenta lo de su madre, que ha muerto no hace mucho, es el primer día que sale desde entonces. Le cuento lo de la mía, que también ha muerto de cáncer no hace tanto.

Aún no lo sabemos, pero ya estamos enamorados.

Bueno, yo lo sé desde el primer día.

No hablamos de aquella noche. Solo pienso en las que nos quedan por delante.

Y un día se lo suelto.

—¿Quieres casarte conmigo? Yo quiero casarme contigo —lo añado por si no le ha quedado claro.

—Ya has tardado —me responde.

Y la beso mientras ríe.

Beso su risa franca, cantarina, contagiosa.

Tomamos clase de baile todos los jueves por la noche; los sábados vamos a La Paloma.

Una noche, al salir, siento que algo me golpea la cabeza y la luna se apaga.

Y todo vuelve a empezar.

El sueño. La pesadilla.

Eva tirada en el suelo.

El balbuceo.

La letanía.

El tran tran de la máquina.

La paliza tremenda, las cejas partidas, los pómulos rotos, los labios abiertos, la mandíbula desencajada, la cara tumefacta que apenas reconozco, el vestido hecho un jirón, las tetas mordidas, las costillas quebradas, la falda subida hasta la cintura, los pantis destrozados, las piernas desencajadas, las bragas ausentes, el miedo a tocarla para no dañar algo que aún no esté roto, el intento vano de pronunciar su nombre, de articular alguna palabra, de decirle que no pasa nada, que todo saldrá bien, la sentencia de muerte.

El bebé.

El bebé.

El bebé.

El bebé.

El bebé.

El bebé.

Hasta que claudico.

Me despierto sobresaltado.

Tengo los ojos fijos en la moldura del techo, la respiración agitada, un dolor fuerte bajo el esternón.

Y recuerdo.

Recuerdo cómo alguien me comunica —la voz es fría, inhumana de tan neutra— que Eva ya descansa en un nicho junto a nuestro hijo nonato. Han decidido dejarlo en el vientre.

Después recuerdo la voz del médico.

«Has estado a punto de morir», dice.

«Hubiera sido mejor», pienso.

Me informa de que me han tenido que poner una placa en el cráneo; también que han tenido que drenarme un hematoma en el cerebro, algo muy serio.

El médico:

«Solo con el tiempo conoceremos del todo las secuelas».

El médico otra vez:

«La recuperación será larga, debe usted tener paciencia».

Yo:

«No recuerdo nada de lo que ha pasado».

El médico:

«Es por el trauma. El cerebro nos protege del horror».

Cuando hablo con la policía, me informan de que nadie ha visto nada.

Uno de los policías:

«Habrá sido un loco».

El otro:

«Esto es obra de un loco».

El primer policía:

«No se preocupe».

El otro:

«Déjenoslo a nosotros».

Luego me dicen que tienen prisa y se marchan.

DAMIÁN

Todo parece distinto, esta mañana. Alguien ha movido los edificios, ha reordenado las calles. Hasta los árboles, los bancos y las farolas del paseo son distintos.

Pienso en si Damián guardará detrás de la barra la escopeta con la que liquidó a Berta, en si siempre ha estado allí, observándome con sus ojos oscuros. En si ella sabe quién soy.

Pienso en si será capaz de usarla contra mí.

Pienso también en qué haré si las cosas se ponen feas.

Le he dado muchas vueltas, pero no soy capaz de adivinar cómo encaja Damián en todo esto.

El bar está cerrado. Es la primera vez desde que lo abrió. Nunca antes lo había hecho, ni por Navidad, ni por Año Nuevo; ni tan siquiera el día de su boda, tampoco cuando nacieron sus hijos.

Algo no va bien.

Me acerco y miro a través del ventanal. Nada.

Los peces de la cristalera tampoco chapotean.

Decido acercarme a su casa.

—Sube —me contesta a través del telefonillo.

Está tranquilo.

Saco el arma en cuanto piso el portal. No sé qué esperar. Después de tantos años, no conozco al hombre que me espera.

Subo pegado a la pared. El revestimiento se deshace contra mi espalda. La pintura, la arena y el salitre forman montoncitos al caer sobre el zócalo.

La puerta está entornada.

—Pasa. —Y enseguida añade, porque sabe lo que me preocupa—: No estoy armado.

Entro despacio.

Damián está sentado en el sofá. Me enseña las palmas desnudas, las mismas que ayer quitaron una vida.

—No tienes nada que temer de un muerto.

Me siento con el arma en la mano. Su tacto me calma, aunque sé que es una sensación de falsa seguridad.

Las armas mienten tanto como las personas y la memoria.

—¿Qué quieres saber? —me dice.

—Estás en nómina.

—No soy más que un ratón, Justo.

—¿Para quién trabajas? —insisto. El tono me sale impertinente. Estoy enfadado. Con él. Conmigo, por no haberlo visto venir.

—Para quien ya ha ordenado matarnos.

No dejamos de mirarnos a los ojos. No puedes espantar los afectos de una vida entera de un manotazo.

—Cervantes no era más que un asalariado. Un alto ejecutivo, sí, pero asalariado, al fin y al cabo. Prescindible. Como tú y como yo —continúa.

—¿Qué me quieres decir?

—Este negocio se basa en un principio muy simple, ya lo sabes: si permites que alguien se cargue a uno de los tuyos sin castigarlo, el resto del mundo deja de cagarse en los pantalones cada vez que alguien pronuncie tu nombre.

Asiento.

—Esta gente es cosa fina, Justo. No tienen alma.

—Nadie me vio —digo—. Nadie excepto tú —me sale la amenaza.

—El diablo lo sabe todo.

Damián esboza una mueca cansada. Tiene los ojos vidriosos, como los de un animal disecado.

—Te conozco bien, Justo. Y entiendo por qué lo has hecho. Lo que no entiendo es qué te ha entrado ahora.

—Un día estás en la barbería y te da por ojear una de esas viejas revistas que alguien se ha dejado sobre una mesita... —es una forma de empezar como otra cualquiera—. Y ahí está. Algo se conecta en tu cabeza. Algo que llevaba tiempo muerto. Algo que creías que ya no iba a resucitar jamás. De repente, te enfrentas al hombre que mató a tu mujer, que condenó a tu hijo no nacido. No es que lo reconozcas, porque jamás has sabido quién es. Lo que reconoces es la cara de un crío en una foto vieja. Posa orgulloso junto a su padre y su abuelo, más muerto que vivo ya. Y, de pronto, todo cobra sentido. Al fin comprendes por qué la policía tapó el asunto, por qué a nadie no le importó la muerte de una pobre chavala de barrio.

Me duele el pecho. No es el corazón, es lo que esconde en su interior.

Tomo aire para seguir:

—Entonces haces lo que tienes que hacer. Preparas el jaque mate con cabeza, despacio, tranquilo. No hay prisa. Has esperado cincuenta años. Pero cada vez que te miras al espejo sabes que ya no eres el de antes. El tío que te devuelve la mirada es un viejo cansado al que le tiemblan las manos, al que le duelen las caderas. Así que te entran las prisas.

Asiente despacio.

Asiente un par de veces más, los ojos sin rumbo.

—¿Cuánto llevas *pillado*?

El vaivén cesa y levanta la mirada, el gesto abatido.

—Ya sabes cómo va.

Tiene razón. Conozco bien la historia.

No la suya.

Otras tantas.

Todas son iguales. Cientos, miles de historias iguales que lo han reducido todo a escombros.

Cuando uno contrae ciertas deudas, son para toda la vida. Si no las saldas tú, pasarán a tus hijos, hasta a tus nietos; por eso no te quitas de en medio.

Ahora viene la pregunta clave.

—¿A quién le has vendido el alma?

Damián se revuelve, incómodo. Es como si el sofá se hubiera vuelto de púas. Sacude una mano, displicente.

—¿Qué más da?

«Da, Damián. Da», pienso.

—Estamos muertos, Justo. Los dos.

De repente, tose y vomita. Sus ojos empiezan a cerrarse. Tiene el vello de los brazos erizado, la carne de gallina.

—¿Qué has hecho?

—Elegir al menos cómo morir. —Su voz es un hilo—. Es lo único que tenemos, Justo. A veces ni eso.

«La puta que te parió, Damián».

Trato de que vuelva en sí.

Lo abofeteo.

Lo tiendo en el sofá; lo pongo de lado y voy a por agua. Lo oigo vomitar otra vez desde la cocina.

«¡Vamos, Damián, joder!»

«Eres un hijo de puta».

A pesar de todo, es mi último nexo de unión con el mundo. Remedios se ha ido. No se dónde está Julián. Quizás no regresen jamás.

Oigo pasos en la escalera.

Alguien se detiene en el rellano.

He dejado la pistola en el sofá, así que cojo una hacheta de cortar carne.

Empiezan a forzar la entrada.

Espero.

Espero.

Espero.

La puerta se abre al fin.

Veo asomar el silenciador seguido de la punta de un zapato destinada a evitar sorpresas.

En cuanto asoma el perfil de la nariz lanzo un revés con todas mis fuerzas.

Es un golpe de fe.

El cuerpo se desploma como el de la pobre Berta.

Lo agarro por uno de los tobillos y tiro de él.

Cierro.

La hacheta forma una visera de metal sobre las cejas.

«Jódete, hijo de la gran puta».

Entonces pienso en que no han tardado ni medio día en saber lo que ha hecho Damián, en dar con él; en saber quién soy, en dar conmigo. Porque estoy seguro de que han enviado a alguien a mi casa. Y me doy cuenta de la cagada. Con la sorpresa, me olvidé de borrar el disco de las cámaras de seguridad de la mansión. Así que tienen las imágenes; se las habrán pasado al *intendent* Romea, que habrá invitado a todos sus colegas al estreno.

Damián:

«Estamos muertos, Justo. Los dos».

Tiene razón. Si no me liquidan ellos, me echarán encima a los perros y alguien me meterá un punzón por la espalda.

Me viene de nuevo a la cabeza el día del Montiel.

La comida.

Recuerdo a Cervantes. Dios Hijo.

Recuerdo al *intendent*. Dios Espíritu Santo.

Recuerdo al otro tipo. El elegante. Dios Padre.

El diablo en persona.

«¿Qué estás haciendo, Justo?», me digo.

«Ya has acabado lo tuyo».

«Basta».

«Déjalo estar».

«Deja que te maten y se acabó».

Y, de repente, siento paz.

La sola idea de dejarme llevar, de reunirme al fin con Eva, me arrulla. Me pregunto si nuestro bebé estará con ella, si terminó de gestarlo en su vientre muerto.

Si dio a luz.

Si ha crecido.

Si ha aprendido a andar. A leer. A hacer las cuentas.

Así deben de cantar las sirenas.

Pero mientras galanteo con la cornisa, mientras hago de funambulista por el borde del abismo, algo despierta.

Algo empieza a crecer en mis entrañas.

Algo se extiende por mi cuerpo como una lengua de lodo, como una mancha de petróleo que lo cubre todo hasta asfixiar cualquier atisbo de vida; hasta que no soy más que un mar yermo.

«No puedes dejar de ser quien eres, Justo. No puedes dejar de ser lo que eres, Justo».

No es la voz de mi madre.

Es la mía.

Ahora lo sé.
Ahora está todo claro.
Soy yo.
Es la voz de mi sombra.
Es el *tzadik*. Es el *golem* devuelto a la vida para cumplir con su misión.
Para matar.

Debo pasar por casa y recoger algunas cosas.

Cuando uno lleva tantos años dedicándose a lo mío, siempre tiene un plan de escape preparado.

Lo diseñé hace años.

Con parte de lo que me quedó de la liquidación del negocio de mi padre, compré un apartamento, un salón-cocinadormitorio-aseo cerca de la Mercè.

Algunos bares del barrio aún te preparan *Leche de pantera*. Me aficioné a ella en la Legión. Leche condensada, agua, ginebra y un toque de canela. La idea fue de Chicote. De Perico Chicote, no del que ahora sale en la tele. Bautizó el cóctel en honor de Celia Gámez, que tuvo sus asuntos con Millán-Astray. Su coño era visitado por las más altas esferas, al parecer.

Todo está intacto.

No han pasado por aquí aún; si lo han hecho, han sido de lo más escrupulosos.

Cojo lo que tengo que coger: dinero, armas, munición y algo de ropa, y no miro atrás.

Ramona me ve salir.

«¿Qué ha sido de tu belleza, Ramona?» «¿Qué ha sido de la mía?» «¿Qué ha sido de la del mundo?»

Está con sus plantas, las terrazas aún están vacías. Pronto se llenarán con actores de reparto, gente anónima que trata vivir su vida lo mejor posible. Yonquis de la felicidad que nunca llega, que jamás alcanzarán.

—¿Ha venido alguien preguntando por mí?

Niega con la cabeza. Después echa un ojo a la mochila.

—¿De viaje?

—Me voy al sur una temporada. Larga.

—Se te echará de menos.

—Serás la única.

ROMEA

El hombre no tiene ni idea de lo que va a pasar.

Se sube al coche, un señor Audi, y arranca.

Sale del *parking* de la ABP de Ciutat Vella, baja por Paral·lel hasta la plaza de las Drassanes, enfila por Josep Carner y coge la Ronda Litoral.

La C-32 va vacía.

Está tan vacía de coches como el cielo de estrellas.

Se ha quedado hasta tarde en el despacho, tiene mucho en lo que pensar. Lleva días buscando al viejo de las imágenes, pero el cabrón parece haberse esfumado. Ha hablado con una testigo, una vecina que le ha dicho que se ha marchado al sur. Ambos saben que es mentira. Ha interrogado a un tal Julián, un tío parco que le ha hablado de por qué el Cantábrico es tan oscuro. También ha hablado con Braulio, su confite. Él tampoco sabe nada.

Y eso sí que le preocupa.

El asunto está en punto muerto. Su amo lo presiona. Amenaza con soltar a sus perros —tiene mastines propios, también ha heredado algunos de Cervantes, su Hijo Bien Amado, y debe mantenerlos bien alimentados o le morderán la mano—, pero le ha dicho que él se encarga. Que él puede hacerlo.

Tiene miedo de saberse prescindible.

Entra en Castelldefels.

Hace tiempo que se compró una casa aquí con lo que ha ido sacando de sus trapicheos, no muy ostentosa, tonto no es. Baja por la avenida del Canal Olímpic y enseguida llega al paseo de la Marina.

Mete el coche en el garaje.

Antes de que le dé al interruptor, enciendo la luz.

—Buenas noches.

La mirada se le va hacia el arma. Le apunto, sentado en un sofá de cuero de esos que te dan masajes. Lo he probado antes, no funciona.

—Te has vuelto loco. Estás en casa de un *intendent* de los Mossos, ¿eso lo entiendes?

—Muy bonita —respondo—. ¿Tienes piscina?

—¿Qué coño quieres?

—Creo que ya lo sabes.

—Lo único que sé es que se te ha ido la olla.

—Siéntate y ponte los grilletes. Por detrás.

—Aún estás a tiempo —dice—. La cagaste con lo de Cervantes. La cagaste pero bien cagada.

Me acerco.

—¿Qué vas a hacer? ¿Liquidarme? Te van a cazar como a un perro, puto viejo tarado.

Lo dejo KO.

Cuando se despierta, se ve sentado en un taburete de la cocina, los tobillos anudados a las patas, las manos a la espalda con las palmas hacia arriba sobre una tabla.

No me gusta torturar, pero a veces no hay más remedio.

He rebuscado en los cajones hasta dar con un cortador de pizza. El hombre tiene un magnífico juego de cuchillos, pero en estos asuntos el factor psicológico es importante.

El dolor es una cuestión más psicológica que física. En eso consiste la tortura, en joder la mente, en establecer conexiones, una cadena de causas y efectos, en hacer del prisionero el perro de Pávlov.

Me mira.

Lo miro.

Hago rodar la hoja en el aire. Suena como una espuela.

—Bueno, ya te lo sabes: tú me dices lo que quiero saber y conservas los dedos. No hay más.

Se lo paso por encima de los dedos.

—¿Para quién trabajas?

—Vete a tomar por el culo.

—Muy bien.

Presiono sobre el meñique y la primera falange se separa.

—¡Hijo de puta!

«A mi madre no le va a hacer gracia», pienso.

Observo la extremidad seccionada, un trocito de carne, piel y hueso del todo inútil fuera de su contexto.

—¡Estás loco, cabrón!

La sombra aprieta. Se le ha despertado el apetito.

—Segunda oportunidad: ¿para quién trabajas?

—La verdad es que da igual que te lo diga, ¿sabes? —No quiere sentir más dolor, se justifica—. De todos modos, estás muerto.

—Todo el mundo me dice lo mismo últimamente.

Acaricio ahora su anular con el metal.

Causa, efecto. Acción, reacción.

—¡Para, joder!

—Soy todo oídos.

—Se llama Domènech. Xavier Domènech.

El nombre no me dice nada. Pero estoy seguro de que es de buena familia, de una larga estirpe de empresarios como los Cervantes, gente que lleva el peso del país

sobre sus hombros.

—¿Quién es?

Alza las cejas. Parece relamerse incluso. Después empieza a reír. Una risa histérica.

—Es verdad que no tienes ni idea, ¿no? Joder. Ni siquiera sabes dónde te estás metiendo.

—Ilumíname.

—Hablamos de un mandamás de la Secretaria General d'Interior. Te va a joder a base de bien, gilipollas. Créeme.

«En este mundo, cuanto más arriba, más nieve y más mierda. Así son las clases dirigentes, adictas a ambas», me digo.

Saco la pistola y le apunto a la cabeza.

Disparo.

El primer tren no sale hasta las cinco.

No me apetece quedarme en la casa, aunque comodidades no me faltan, incluso para echarme una partida en el billar del sótano. También tiene un *arcade* que le habrá costado una pasta.

Así que decido salir a dar un paseo.

La noche es fresca.

La brisa entra franca desde el mar y callejea a sus anchas.

Bajo hasta la playa y busco un rincón oculto. No quiero que una patrulla de la policía local me vea y les dé por hacer de buenos samaritanos.

Escucho a las olas llegar cansadas a la orilla.

Siento la caricia del agua en las plantas de los pies.

No me bañaba desde crío.

Mojarse los pies no es zambullirse, pero me permite recuperar una sensación que no disfrutaba desde hacía años. Recuperar los recuerdos que navegan en su superficie.

Todo era más sencillo entonces.

Cuando aún vivía mi madre.

Cuando aún vivía mi padre.

Todo era más simple.

Las cosas simples son las más bellas.

Recuerdo un viaje a la Costa Brava. A Blanes. Nos alojamos en un pequeño hotel a las afueras. Mi padre tenía un Austin Morris granate, por entonces. Un modelo De Luxe. Presumía como un niño. «Es un De Luxe, ¿lo veis? Sí, señor, un De Luxe. Lo pone aquí bien claro».

Cuando llegaba de trabajar, íbamos a dar una vuelta. Daba igual lo cansado que estuviera, lo bien o mal que le hubiera ido el día. Al aparcarlo, cuando creía que nadie

lo veía, despegaba el cartelito donde ponía «De Luxe» y se lo guardaba en el bolsillo, no fuera caso que a alguien le diera por robárselo.

Fue el verano más feliz de mi vida.

Ese verano.

El verano antes de que todo se empezara a joder.

Después, mi madre enfermó y a mi padre se le empezaron a marchar las ganas de vivir. Se acabaron las vueltas en coche, los domingos de paseo por la Ciutadella, los viajes a la playa.

Lo que más recuerdo de esa época es a mi padre murmurando lo mismo a todas horas.

Mi padre:

«Con lo que hemos pasado y se muere así».

Tengo las plantas de los pies arrugadas.

El vaivén del agua, su rumor monótono, hace que se me vengzan los párpados. Todo se oscurece mientras cada golpecito de mar trae nuevos recuerdos escondidos en su espuma.

El recuerdo de cómo la alegría se fue marchitando, de cómo se convirtió en una flor seca.

El recuerdo de cómo el rencor fue ocupando el hueco que desalojaba la felicidad.

El recuerdo de cómo el último átomo de quien fui murió para siempre con el asesinato de Eva.

El recuerdo de cómo, tras su muerte, todo se agrietó primero, todo quedó desierto después.

El recuerdo de cómo, tras su desaparición, acepté al fin mi verdadera naturaleza.

El recuerdo de cómo brotó el *tzadik*, el *golem* asesino un día en el parque.

Así es el dolor.

Te muestra la verdad de un modo punzante.

Te desuella, te descarna, te eviscera hasta mostrarte de qué estás hecho.

Tu esencia.

El forjado.

Hasta que te enfrentas a un desconocido, a un extraño que te acecha y te pregunta:

«¿Qué vas a hacer ahora, eh?»

Te miras al espejo y estás cara a cara contigo mismo por primera vez.

Jamás has sido otro en realidad. Por mucho que lo hayas pretendido; por mucha capa de yeso, por mucha mano de pintura o tira de papel que, llegado el momento de la verdad, se desconcha, se despega dejando a la vista el tabique desnudo.

No pude velar a Eva.

No pude velar a mi hijo no nacido.

El dolor es revelador.

El Dolor es la Verdad.

El camión de la basura me despierta. Abre la boca, traga, rumia durante un rato y se va.

Miro el reloj. Son las cuatro y cuarto.

Me sacudo la arena y me pongo los calcetines.

Subo por el Carrer 11, paso por encima de la C-31 y transito por la avenida de la Pineda hasta el paseo del Ferrocarril. Al venir me he bajado en Castelldefels Platja; no quiero repetir estación.

Se trata más bien de un apeadero sin florituras.

Cruzo las vías y me siento en un banco del andén.

Los pocos viajeros nos miramos de reojo. Desconfiamos los unos de los otros.

Nos vigilamos.

Estoy cansado.

Sé lo que me espera.

Después de lo de esta noche, el tal Domènech querrá mi cabeza sobre una bandeja.

Ya la quería. Ahora más.

Cuando llegue a Barcelona, tengo que hacerle una visita a Olga. No he tenido tiempo de ir a que le eche un ojo a la herida. La he desinfectado y llevo varios días tomando Amoxicilina, pero me ha subido la fiebre.

También quiero hablar con Remedios y encontrar a Julián.

Pasado Viladecans, empieza a amanecer.

No es que la estampa sea idílica, entre autopistas y fábricas, pero no deja de ser hermosa.

El resto de viajeros trata de prolongar el sueño.

Aprovecho para pensar.

La cosa está así: en cuanto descubran el cadáver de Romea toda la bofia se me echará encima. Unos por aquello del corporativismo, la venganza debida, el honor del cuerpo; otros para que no me dé por remover su mierda.

No será fácil liquidar a Domènech, pero no me queda otra.

Soy consciente de que su muerte no va a cambiar nada; de que el mundo está lleno de cabrones dispuestos a llenar el vacío. Pero llegados a este punto, es él o soy yo.

No quedan ni diez justos en Sodoma.

JAQUE

Me cuelo por una entrada trasera y espero a Olga en su box.

Me miro en el espejo que hay en la pared.

No tengo buena cara.

La oigo llegar. Me escondo detrás de la puerta, no vaya a ser que no sea ella. También para evitar que se asuste.

En cuanto entra, la agarro por detrás y le tapo la boca.

«Soy yo, Justo», le digo.

«Soy yo, Justo», le repito con voz tranquila.

—¡Joder, casi me da un infarto!

Ya más calmada, la respiración controlada otra vez, me pregunta:

—¿Se puede saber qué coño haces aquí? Te busca todo dios.

—Creo que tengo fiebre.

Me pone la palma en la frente.

—Siéntate y quítate la camisa mientras aviso de que estoy ocupada.

La miro.

Sabe lo que pasa por mi mente sin necesidad de que lo diga. Si he sobrevivido tantos años, es porque he aprendido a no dar nada por sentado. A no fiarme de nadie.

Con Damián lo he pagado.

—Soy yo, Justo —dice ahora ella, ofendida.

Me quito la camisa. No hace frío, pero siento un escalofrío cuando mi piel entra en contacto con el aire.

Regresa casi al instante.

Tira del apósito a pequeños empellones. Le quita la tirita al niño que se ha pelado la rodilla.

Tira, sopla, tira, sopla.

—Se te han saltado varios puntos.

Aunque no lo dice, la pregunta le asoma a los ojos.

—Yo no lo maté. A Damián —especifico—. Al otro sí.

—Lo sé.

—Asesinó a Eva.

Me mira con el ceño fruncido. No conoce la historia, es demasiado joven.

—Mi mujer —aclaro.

—Esto te dolerá un poco —dice. No sé si me escucha. No sé si ha escuchado nada de lo que le he contado.

Me pone tres grapas a pelo. Después coge un tubito de goma, lo recorta y lo introduce en la herida.

—Debes tomar antibióticos.

—He estado con Amoxicilina.

—Una por la mañana y otra por la noche. Si la fiebre no baja, vuelves.

Asiento otra vez.

—¿Qué pasó? —pregunta al fin.

No sé si se refiere a lo de Eva o a lo de Damián, así que opto por responder a lo primero.

—La violaron y la mataron a golpes.

—Lo siento.

—Nunca encontraron al culpable. Tampoco lo buscaron.

«Aún no sabes lo peor», pienso.

—Habíamos ido a bailar. Le encantaba bailar. Al salir del local, alguien me reventó la cabeza con una barra y se ensañó con ella. Un animal.

Tomo aire, sé que no podré seguir si no lo hago.

—Estaba embarazada de dos meses. No me lo había dicho. Supongo que esperaba a que el feto echara raíces.

No puede aguantar una lágrima.

Sus iris son un mar de dolor compartido.

Me acuno en ellos. Me dejo mecer. Floto bocarriba con los brazos extendidos y la piernas abiertas.

—Aquel día me mataron.

Olga cree que es una alegoría. Pero no lo es.

Justo Ledesma murió aquella noche. Lo metieron en el nicho junto a su mujer y su hijo nonato.

—¿Y qué pasó con Damián?

—Es mejor que no sepas más. Por tu seguridad.

Me pongo la camisa y me incorporo.

Entonces siento la necesidad de confesarme.

«Tiene derecho a saberlo», me digo.

—No soy una buena persona, Olga. Yo maté a tu marido. He matado a mucha gente a lo largo de mi vida. Todos se lo merecían.

No espero que lo comprenda.

Se revuelve como si le hubiera echado sal sobre una herida abierta.

Sus ojos y su cuerpo me rechazan.

—¿Y quién decide eso?

—Dios.

Me mira atónita. Es la primera vez que la veo así.

Sé lo que piensa: que al viejo que tiene delante se le ha ido la cabeza, que el día que le abrieron el cráneo, algo se le escapó de dentro. Se marchó para no volver jamás.

Tiene razón.

«Es mejor así», pienso mientras bajo por Comerç.

Tiene derecho a odiarme, y es el único modo que se me ocurre de protegerla.

Ya está hecho.

Dar con Julián será otro cantar. No sé dónde vive. Siempre nos hemos visto en el Damián, y ahora nos han desahuciado a ambos.

A quien sí sé dónde encontrar es a Braulio.

Quiero enviarle un mensaje al tal Domènech.

Algo simple y escueto.

Me meto por Tiradors, llego a Carders y camino hasta el embudo de la plaza de la Llana. Por una vez, la marea de turistas me vendrá bien, de modo que decido seguir por Boters hasta Portaferrissa.

Hacía muchos años que no pasaba por aquí.

Observo con estupor cómo algunas de las viejas porterías, mechinales del tamaño de un ataúd que se han convertido en tiendas.

Me paro y compro una de esas boinas inglesas de lana gris.

Cruzo las Ramblas, evito Hospital, recorro unos metros de la calle del Carme hasta dar con la entrada a la calle de las Cabres y me meto por el pasaje de la Virreina.

Braulio está en su puesto. Lo observo desde lejos. Cuento a dos secretas en la terraza del *hostel* que hay pegado a la biblioteca.

No sé si están allí por mí o porque sí. Da igual.

Debo crear una distracción.

Se me ocurre que puedo matar dos pájaros de un tiro. Busco un trozo de papel en la cartera y garabateo algo. Después me acerco a un grupo de chavales que haraganean en una esquina.

—¿Quién quiere ganarse cinco euros?

—Diez. Pero nada de guarradas —responde uno.

Le explico lo que tiene que hacer. Después saco el billete.

En cuanto se coloca en posición entro en Hospital y espero a que pase una pareja de turistas. Un simple tirón, con eso basta, pero mi cómplice decide sacarse unos euros extra y se lleva el bolso. Hay que ganarse la vida.

La mujer empieza a gritar.

—*Help! Help!*

Todos miran al crío que corre en dirección a las Ramblas.

El marido hace ademán de perseguirlo, pero desiste enseguida.

Los *mossos* pasan de largo camino de la pareja. Uno se queda con ellos. Avisa por radio. El otro sale disparado. Es más por el paripé que por otra cosa. Sabe que no tiene nada que hacer, pero hay que mantener la debida diligencia.

Avanzo con paso decidido y me planto frente a Braulio. Dejo caer la moneda de rigor.

Alza la cabeza para poner la cara de perro agradecido que pone cada vez que alguien le suelta un euro. Por cincuenta céntimos o menos ni te saluda.

—Jaque.

Es todo lo que digo.

Jaque.

Y desaparezco.

Sé que transmitiré el mensaje a quien corresponda.

Ahora me toca esperar en el pisito de la Mercè por si la segunda se cumple.

No las tengo todas conmigo.

En el papel que le he dado al chaval, he escrito la dirección. Es para Remedios. Le he dicho que se lo lleve a la farmacia. Estoy seguro de que reconocerá mi letra. De lo que no estoy tan seguro es de si vendrá o me venderá.

Pero tengo que hablar con ella. Quiero explicarle lo que está pasando, contarle la verdad.

Ya no tiene sentido ocultarse.

Tengo los ojos cerrados cuando oigo sus tacones.

Me asomo a la ventana y la observo caminar. Me parece la mujer más hermosa del mundo.

Viene sola.

Llevo toda la tarde pensando en cómo decirle lo que tengo que decirle y ahora me entra el vértigo.

«Eres un *cagao*, Justo».

Soy capaz de matar sin miedo pero me arrugo cuando la tengo delante.

Intento descifrar su estado de ánimo cuando entra. Y entonces me doy cuenta.

Tengo una epifanía de lo más clara.

Estoy enamorado de ella.

Mira alrededor —la casa se recorre de un vistazo— y se sienta en el sofá. Aún huele a cerrado.

—Tú dirás.

Distante. Desafiante. Fría.

Y me brota:

—Te quiero.

No reacciona. Ni siquiera un temblor alrededor de los ojos, de la comisura de los labios.

—Voy a dejarte entrar —añado por si la cosa no ha quedado clara.

Los códigos son importantes.

Me siento frente a ella, tomo aire y lo suelto todo de corrido.

No paro de hablar en veinte minutos.

No me dejo nada. Quiero que conozca hasta el último detalle de quién soy para que pueda decidir libremente.

Se pone en pie y se acerca. Me tiende la mano, me levanta y me lleva hasta la cama. Ya estoy erecto antes incluso de que me bese.

La deseo como jamás creí que volvería a desear a nadie después de a Eva. Ya no es solo la carne.

Se desabrocha el vestido y lo deja caer.

Amanece cuando se pone en pie, recoge su ropa y se viste dándome la espalda.

La luz se deposita en su piel como una capa de polvo.

Antes de que se ponga la blusa, navego por Andrómeda. Pero su voz seca me hace naufragar.

—Adiós, Justo.

Mientras camina hacia la puerta, sé que no volveré a verla.

Mi madre:

«Es mejor así».

Yo:

«¡Déjame en paz!»

Estoy furioso.

Soy un odre vacío.

Yo otra vez:

«¡Fuera!»

Sé que mi madre sigue ahí, agazapada, esperando su momento, cada ocasión, para hacerme daño.

Y otra:

«Te odio, madre».

Me hundo en un sueño inquieto.

Vuelvo a estar en el campo.

Vuelvo a huir despavorido de mi sombra. La tengo pegada a mí, agita sus brazos, juraría que hasta la oigo gritar, pero por más que lo intento no puedo librarme de ella.

Es una proyección invertida de mí.

Soy yo.

Estoy en el parque de la Ciutadella. Acabo de salir del hospital. El médico me ha dicho que el sol, que el aire, me sentarán bien.

Paseo.

Pero algo no va bien.

Siento la rugosidad de la arena en la mejilla, en las palmas de las manos, en la piel que cubre las rodillas.

Paladeo el polvo en la boca y lo siento crujir en mis muelas.

Me arrastro por el suelo como una lagartija mientras miro alrededor, pero nadie parece darse cuenta de lo que sucede.

Trato de gritar.

Preparo las cuerdas vocales, posiciono la lengua, lubrico los dientes y los labios.

«¡Estoy aquí!»

La gente pasa de largo enfrascada en sus trivialidades.

«¿Qué pasa, Justo?»

«¿Qué te está pasando, Justo?»

Entonces, miro hacia arriba y la veo, ahí está, erguida frente a mí, desafiante.

Sus ojos oscuros son la nada.

Es mi sombra.

Al fin ha ocupado mi lugar.

LAS DOS ÚLTIMAS VERDADES

La primera: «La vida solo puede ser comprendida hacia atrás, pero únicamente puede ser vivida hacia delante».

Es de Kierkegaard.

Me lo dijo mi padre en una ocasión.

Él no sabía que era de Kierkegaard. Tampoco sabía quién era Kierkegaard. Pero se le quedó ahí.

Solo ahora he alcanzado a comprenderlo.

Solo cuando uno está cerca del final se revela.

La segunda: «La herida es el lugar por donde la luz entra».

Es de un poeta árabe.

JULIÁN

Salgo a la calle y me lleno los pulmones de mar.

Dejo que la sal cristalice en mis labios, después les paso la lengua por encima y expulso todo el aire.

Vuelvo a llenarlos.

El pecho me protesta con un crepitar.

Me calo la boina y tiro por la calle Ample.

Una mujer con piernas de paquidermo acelera el paso. Estrangula las asas del bolso, baja los ojos y sus extremidades adquieren una velocidad imposible hasta hace un instante.

La oigo rezar en voz baja cuando nos cruzamos.

Me paro y miro mi reflejo en un portal.

No me reconozco.

Tengo los cuatro pelos que me quedan crecidos y sucios, la barba enloquecida, la ropa hecha un desastre.

Recojo los filamentos desordenados que me brotan del cráneo y los escondo bajo la boina, me arreglo la camisa y trato de devolverme cierta prestancia.

No es solo mi aspecto, es también mi olor.

No me he aseado desde que Remedios abandonó mi cama. Desde que se fue sin dejar nada atrás, ni siquiera su olor en la sábana, su silueta en la almohada, el sabor de su coño en mi boca.

Cuando llego a la plaza del Duc de Medinaceli, el vicealmirante Marquet me observa con aires de superioridad desde lo alto de su columna. La flanquean cuatro palmeras. Sus troncos son tan rectos como el del propio monumento.

Paso frente al quiosco y echo un vistazo a los titulares.

Al mundo ya no le importamos ni yo, ni Damián, ni el *intendent* Romea, ni el señor Cervantes, ni el sargento Casals.

Subo por Nou de Sant Francesc, tuerzo a la izquierda en la calle de Sils y vuelvo a torcer en el mismo sentido frente a la Fundació Miralles.

Entro en el cibercafé que hay en la esquina del pasaje de la Pau y busco un ordenador apartado.

No me cuesta nada encontrar la información que busco.

Hago clic sobre una de las fotos.

El gran hombre me mira perfilado como un boxeador a punto de tirar el *jap*.

Posa como el gran hombre que cree ser.

No tiene nada que ocultar, ni media vergüenza.

Su carrera ha sido meteórica.

Es un niño bonito del *partit*: juventudes, concejal, parlamentario y, ahora, alto funcionario de la Generalitat. Uno de esos tipos que dan bien en cámara, con la sonrisa siempre a punto, el expediente más limpio que una patena.

Le preparan para ser el nuevo *President* mientras le ocultan las cuentas en Andorra, en Liechtenstein, en Suiza y la isla de Man. Mientras le barren el *tres per cent* bajo la alfombra del despacho.

Matar a Cervantes fue relativamente fácil, pero cargarse a Domènech será otro cantar.

Estoy seguro de que llevará más escoltas que el presidente de los Estados Unidos.

Pero siempre hay un punto débil.

Debo encontrarlo.

Hago clic sobre una foto hasta que ocupa toda la pantalla.

Tengo frente a mí al hombre que quiere matarme.

Tengo frente a mí al hombre al que voy a matar.

Busco ahora alguna información sobre Romea.

El titular es de hace varios días:

«*Intendent* de los Mossos asesinado en su casa de Castelldefels».

El texto parece una hagiografía: que si un hombre decente y bueno, que si tantos años de abnegado servicio, que si un expediente inmaculado.

Si fuera papel de periódico, lo usaría para limpiarme el culo.

Me rugen las tripas.

Llevo varios días sin comer bien. Sin comer caliente.

Cada vez que paso por delante de un restaurante, de un bar, me acuerdo de Damián y me siento infiel.

«No pasa nada por mirar la carta, Justo», me digo.

Pero el estómago se me encoje.

Soy un sentimental.

Paro frente a Los Caracoles.

Los más grandes han comido aquí: Dalí, Miró, Charlton Heston, Ernest Borgnine, Robert De Niro, Jimmy Carter... Han puesto un *sex shop* justo delante. Tiene su lógica: follar bien y comer bien son los dos mayores placeres de este mundo.

Me relamo, salivo, pero no quiero entrar con esta pinta. Antes quiero quitarme este hábito que llevo encima desde hace días.

Entonces me doy cuenta: cuando salí de casa, apenas cogí un par de mudas y una camisa.

Debo comprar algo.

Después me ducharé y me daré un buen festín.

Lo más seguro es ir a una de esas tiendas de chinos. Ellos hacen su vida, ven su televisión por satélite, sus culebrones. Nunca ponen las noticias. Nuestra mierda les importa poco.

Encuentro una pasado Obradors, antes de llegar a la plaza del *tripi*. Ahí sigue la escultura de Cristòfol. Hay quien quiere ver en ella una teta elevándose al cielo, quizás una de las de Santa Teresa en pleno orgasmo.

El ayuntamiento rebautizó el trapecio como plaza de Orwell en los noventa. No deja de tener su gracia, ya que fue el primer sitio de la ciudad en el que se instalaron cámaras de video-vigilancia.

Ahora no puedes sacarte un moco en ninguna parte sin que alguien te observe.

Me compro dos pantalones, tres camisas, varios pares de calcetines y un *pack* de calzoncillos.

Solo tienen *bóxers*.

No me gustan.

Los huevos te bailan de aquí para allá todo el día.

Bajo por Còdols, tuerzo a la izquierda por la calle de la Rosa y llego hasta la calle D'en Carbassa.

Aquí reinaba una palmera que se elevaba hasta el infinito, la más alta de Barcelona. Esbelta. Grácil. Aparece en algunas escenas de *El embrujo de Shanghai* y *La ciudad de los prodigios*.

Juan Marsé y Eduardo Mendoza han sido los mejores cronistas de esta ciudad junto a Pedrolo, Vázquez Montalbán y González Ledesma.

Su Barcelona también está muerta.

Hago la colada en el lavabo antes de meterme en la ducha. No voy a afeitarme: una barba puede convertirse en perilla o bigote en un santiamén. También he comprado un tinte castaño-chocolate y una de esas gafas sin graduar.

No es que tema que alguien me reconozca, pero nunca está de más. Siempre hay algún cabrón suelto con buen ojo.

El proceso me lleva media hora.

Me miro en el espejo.

No está mal.

Me pongo uno de los pantalones nuevos, una camisa y un par de calcetines. Lo único que no me cambio son los calzoncillos.

Al entrar en la plaza de la Mercè, algo llama mi atención; una silueta que se me hace conocida.

Es Julián. Está sentado en el poyo que rodea la fuente de Neptuno.

Sabe que lo he visto, pero no reacciona. Se limita a esperarme con las manos en los bolsillos.

—¿Cómo me has encontrado?

—Remedios.

«No está todo perdido», pienso.

Una paloma se acerca y nos hace su numerito. Se contonea. Se nos insinúa famélica; somos dos viejos sentados a la fresca; algo caerá, debe de pensar.

—¿Y qué te ha dicho?

—Solo que necesitabas ayuda.

—¿Qué tipo de ayuda?

—No sé, eso dímelo tú.

—Te voy a contar lo mismo que le he contado a ella y tú decides.

El hecho de haber ordenado el discurso de mi vida para largárselo a Remedios hace que ahora fluya más fácil. Tampoco me callo nada.

Julián me escucha del tirón hasta que acabo.

La paloma desiste y se aleja camino de la terraza de la Granja La Mercè.

—Muy bien, ¿cómo lo hacemos? —rompe el silencio.

—Hacer qué.

—Esos hijos de puta se han cargado a Damián: ¿qué clase de hombre sería si no hiciera nada?

GLADYS

Antes de llegar al final, debo contaros quién es Gladys.

Os lo he dicho. La memoria sigue sus propias reglas.

Gladys es una mujer menuda que dejó de soñar hace tiempo, porque cuando uno llega a cierta edad ya solo tiene pesadillas.

A los viejos como a Gladys, como a Julián, como a mí, solo nos visitan fantasmas; el espectro de todo lo que no hicimos; el espectro de todo lo que hicimos mal.

Llevo observándola un tiempo. Todas las mañanas. Todas las tardes. Todas las noches, a través de la ventana de su piso de alquiler de la Guineueta, en una torre de nichos que se levanta en la calle de Agullana.

Vive sola.

Ha dejado a los hijos atrás.

Los echa de menos. Al mayor, Diego; a la mediana, Odalys; a la pequeña, Purita. Lo sé porque habla con ellos todas las tardes por Skype. Diego le ha enseñado a manejarlo por el móvil.

Eso les dice.

Les dice que los echa de menos.

Les dice que los quiere.

Les pregunta si están bien. Les pregunta por el colegio. Les pregunta por la abuela. Les pregunta por si llegó el dinero, por si alcanzó para la ortodoncia de Purita.

Jamás llora.

Baja en los ferrocarriles hasta Provença, camina hasta Diagonal y allí coge la Línea 3 con destino Canyelles. Después le queda un paseo corto hasta casa.

Lleva media vida fregando suelos, vistiendo y desnudando camas, limpiando baños, cambiando pañales a viejos a los que sus hijos no soportan.

Está cansada.

Lo sé por sus ojos enfadados.

Lo sé también por cómo aprieta los dientes cada vez que cuelga el teléfono.

Así que decido abordarla un día.

Me siento a su lado en el vagón vacío.

—Me llamo Justo.

Desconfía.

Desconfía como ha desconfiado de todos los hombres que se han acercado a ella. Solo la han usado para follarla, para golpearla, para humillarla. Para servirlos. Como el padre de Diego, como el padre de Odalys, como el padre de Purita.

Gladys es Atlas.

Gladys sustenta el universo entero sobre la espalda.

—El tipo para el que trabajas es el diablo —le digo.

Lo sabe.

Lo que no intuye es lo que viene a continuación:

—Por eso voy a matarlo. Pero necesito tu ayuda.

Ahora también sabe que su vida pende de un hilo.

DOMÈNECH

He aprendido un par de cosas desde que vivo con Julián; la más importante: cómo cocinar un *marmitako* como Dios manda.

Hemos decidido convertir su casa en nuestro centro de operaciones.

Vive en la calle de Bonaire, en el 5, frente a Pescatería, en un piso tan vacío de muebles como su vida. Como la mía.

Necesita estar cerca del mar aunque no sea el suyo.

Dice que tiene nostalgia de la sal, como si fuera una enfermedad, un síndrome aún no definido; dice que si se aleja de él más de un kilómetro, el ánimo se le viene abajo.

Llevamos un mes aquí. Lo tenemos todo empapelado con fotos, con horarios, con planos del edificio, de las últimas modificaciones que Domènech ha hecho en su ático. Es increíble lo que uno puede llegar a conseguir en Internet.

Su seguridad no tiene brechas: vigilancia, contra-vigilancia, eso solo contando a los Mossos.

Luego tiene a su propia gente.

Solo hay una forma de entrar.

El plan es disparatado.

Una insensatez.

Igual por eso funciona, vete tú a saber.

«Si no lo hace, poco importará», me digo.

Mañana es el día.

Nos sentamos a cenar.

Julián ha preparado besugo al horno.

Esta mañana ha comprado un bicho de dos kilos en el Mercat de Santa Caterina. La cola escapa por uno de los extremos de la fuente, la cabeza por el otro. Yo he elegido un Estones PX para regar la cosa.

Julián insistía en un *txakoli*, pero me he cerrado en banda. Es mi última cena, no la suya.

De postre, crema catalana.

La cubre de azúcar y amenaza con quemarla, pero la severidad de mi expresión le hace comprender que su cabeza peligra.

«Eso no es crema catalana, son natillas», interpreto en su mirada.

«Qué le voy a hacer si prefiero las natillas», le responde la mía.

Estamos frente a un orujo, ahora.

—¿Tu madre te sigue hablando?

Lo pienso. Hace días que no oigo su voz. Desde que vivo con él.

—¿Por qué?

—Porque nunca está de más contar con la ayuda del Altísimo.

—No me jodas, Julián.

—Jamás he sido muy creyente, pero cuando estás en la mar y la cosa se pone fea, rezas como un cabrón. Cualquier dios te vale.

Tras una pausa incómoda, sigue:

—¿Y cómo es?

—¿Cómo es qué?

—Lo de ser un elegido.

—Ahora mismo, mi único Dios soy yo.

Se santigua.

—Solo estoy seguro de una cosa en esta vida, y es de que hay algo más aparte de nosotros. Algo superior —puntualiza—. No está bien burlarse de estas cosas.

—Hablas como mi madre.

—Te ha mantenido vivo todos estos años, ¿no? —replica—. ¿A cuántos te has cargado?

—A muchos. Todos se lo merecían.

Le surge la misma duda que a Olga:

—¿Cómo lo sabes?

—Porque soy capaz de ver el mal.

—¿Y qué ves cuando te miras a ti mismo?

Callo.

No estoy para profundidades, pero la pregunta me abre un abismo. Me sorprende usando las palabras de mi madre, y me doy cuenta de que, en realidad, siempre han estado ahí:

—Ser un justo no implica que seas buena persona. La verdadera justicia es fría, desapasionada, implacable —explico—. No conocía a ninguno de los tipos a los que me he llevado por delante, solo sus actos. Eso es lo único que importa.

Cito a Waldo Emerson:

«Una acción auténtica se explica a sí misma y explicará también el resto de tus acciones auténticas. Tu conformidad no explica nada».

—No me jodas. Lo de Cervantes ha sido por venganza: ¿dónde está ahí la justicia? —me suelta.

—El Milongas, el Moro, Cervantes... Todos eran unos hijos de puta.

No me cree ni media palabra. Tiene razón. Lo de Cervantes ha sido personal. Aunque Dios me hubiera reclamado su alma tarde o temprano.

—Dios me maldijo con esta carga: si no le gusta cómo hago las cosas, es problema suyo.

—Pues yo pienso rezar esta noche —mete la cuña.

El alcohol me hace dar vueltas en la cama hasta que amanece. Convoca a sus fantasmas, despliega sus delirios.

Cuando amanece, el estómago me da vueltas.

—¿Empezamos?

Me siento en un taburete frente al espejo del baño.

—No saldrá bien.

—Pareces Damián.

El recuerdo nos nubla la vista.

Julián extiende el jabón con la brocha, saca la navaja, la afila y empieza a afeitarme. Anoche me recorté la barba con unas tijeras para facilitarle la labor.

Nada más acabar, me enjabona para una segunda pasada. Cuanto más liso, mejor. Después me da un masaje con un *after shavehidratante* y empieza a aplicarme la base con una cuña de espuma. Lo ha aprendido viendo tutoriales en Internet.

Es un hombre metódico. Se ha pasado dos semanas tomando notas, practicando sobre una cabeza de maniquí. Hasta le ha esculpido una nariz —«Todo buen barco de vela debe tener su bauprés»—, le ha dibujado unos ojos y le ha perfilado la boca.

Julián:

«¿Sabías que los mejores maquilladores son hombres? Mira: François Nars, James Kaliardos, Peter Philips, Nicolas Degennes y el Lewis Amarante, que dicen que es el maquillador de los maquilladores. Luego está Shane Paish. Es el único que maquilla a Charlize Theron».

Yo:

«No voy a follarme a Domènech, voy a cargármelo».

Temo haber creado un monstruo.

Apenas me reconozco cuando acaba.

Antes de ponerme la peluca, me rocía la cara con un bote de laca.

—Así el maquillaje dura más. Lo dice Soy Lupita.

No tengo ánimos para preguntarle quién es la tal Lupita, pero me parece una descortesía no hacerlo.

—¿Quién es la tal Lupita?

—Una Youtuber.

Definitivamente, he creado un monstruo.

Me pregunto si Dios tiene un plan para él aparte de este. Quizás desbancar a Lewis Amarante y convertirse en el mejor maquillador sobre la faz de la Tierra.

Ya tengo el pomo en la mano.

—Suerte.

—Si no tienes noticias mías en un par de horas, ya sabes lo que tienes que hacer.

Hemos acordado que si algo falla, lo quemamos todo. Lo que hay en esta casa y lo que hay en la mía.

El fuego sana.

El fuego purifica.

El fuego destruye las pruebas.

El piso de Domènech está en Josep Bertrand, enfrente del Turó Park.

Me apeo en la Bonanova y bajo por Modolell hasta enlazar con Ganduxer, Sant Gregori Taumaturg y Pérez Cabrero.

Veo el coche camuflado de los Mossos frente al número 5, el rotulado delante del Bandido, al otro extremo de la calle. En la puerta principal están el chófer y otros dos policías de paisano.

Me dirijo hacia la entrada de servicio.

Nadie me mira.

Nadie repara en mí.

Nadie se fija nunca en Gladys.

La ven llegar todos los días a la misma hora. Dobla la esquina, avanza hasta la puerta de servicio, entra.

La única ventaja de los desheredados es su invisibilidad; el día que les dé por levantarse en armas, formarán el ejército más letal de la historia.

La Armada Invisible.

El portero se limita a saludarme sin apartar la vista del *Sport*. Anoche hubo partido de Champions.

Domènech vive en el ático.

Le estará sonando el despertador; tiene una reunión a la diez.

Se acabó lo fácil.

En cuanto salga del ascensor deberé recorrer un pasillo de doce metros. Al final me espera uno de los guardaespaldas «de la seguridad privada del señor».

Bendita Gladys.

Todo depende de mi habilidad para clavar los gestos, el caminar de Gladys, ahora.

—Se te ha ido la cabeza —me dice Julián el día que le desvelo mis intenciones.

—Tenemos la misma altura y el mismo peso; hasta la complexión es parecida.

—Y tú una nuez más grande que un badajo.

—La gente solo ve lo que está acostumbrada a ver. Es una característica del cerebro —le explico—. Además, si los israelíes pudieron, nosotros también.

Le he contado que la madrugada del 10 de abril del 73, un comando de la Sayeret Matkal asesinó a varios miembros de la OLP en sus casas de Beirut y Sidón. Iban vestidos de mujer. También lo del etarra disfrazado que se cruzó con la bofia en la escalera del edificio de Madrid cuando subían a por él. Seguro que alguno le miró el culo.

—Esos tíos son la hostia. —Se refiere a los de la Sayeret—. Además, ellos llevarían *niqab*, ¿no? —puntualiza. Es un hombre de mar, un tipo de mundo.

No empieza a convencerse hasta que lo espero un día en casa con el vestido de criada puesto, una peluca del chino y unos zapatos de cuña.

—¡Joder!

Me observa.

Me mira. Vuelve a mirarme.

Me circunvala sin perder detalle.

—¿Sabes que estás más bueno de mujer que de hombre?

El ascensor se detiene.

Abro la puerta. Ahí está.

Gladys me ha contado que no tiene llave, que es el guardaespaldas quien le franquea el paso. Llega, la cachea, le mira el bolso, le soba las tetas, le mete la mano hasta el coño para divertirse.

Todos los días igual.

Todos los días la misma violación.

Porque es un hijo de puta.

Porque puede.

Avanzo con la cabeza baja mientras dejo la luz apagada para amparar el engaño y ganar unos metros.

Un metro.

Dos metros.

Tres metros.

El panti de compresión me aprieta los testículos, la sisa se me mete por el culo.

El guardaespaldas acciona el interruptor —es la única rutina que me he saltado—, momento que aprovecho para dejar caer el bolso.

El contenido se derrama.

Me arrodillo con esfuerzo mientras espero, mientras veo cómo el violador se acerca. Se dirige a mí. No entiendo lo que dice.

«Tú a lo tuyo, Justo».

En cuanto las puntas de sus zapatos entran en mi campo de visión, le meto una puñalada en el pecho. Por si acaso, le meto otra en la carótida.

Una por mí.

Otra por Gladys.

El maquillaje se me empieza a escurrir por el sudor. Me lo seco como me ha enseñado Julián, a golpecitos delicados.

Me sé la casa de memoria; sería capaz de recorrerla con los ojos vendados. A la derecha, un aseo con ducha; a la izquierda, el cuarto de la criada. Ambos componen la zona de servicio, separada de la cocina por una puerta de vidrio.

Dejo el bolso sobre la mesa y salgo al recibidor.

En la casa solo viven Domènech y su mujer. «El señor no quiere extraños dentro». Los hijos se han marchado hace tiempo. Cada uno hace su vida. Él es informático, ella se dedica a diseñar lo que sea que diseñe y a salir en las revistas.

Es guapa.

Como su madre.

Como su padre.

El chaval se ha llevado la peor parte.

La *suite* del matrimonio tiene su saloncito, su vestidor y su baño privado con *spa*. No han escatimado en gastos. Al fondo está el despacho. Es exterior, como el salón,

el comedor y la *suite*. Más allá hay otras dos habitaciones, cada una con su baño.

El de las visitas está al otro lado. Es el más grande, pensado para sobrecogerte mientras cagas.

La mujer de Domènech duerme.

Tiene el torso destapado.

Le veo un pecho, le veo el pezón oscuro.

Julián me ha hecho prometer que no la mataré.

«Ella no tiene la culpa de nada», me ha dicho.

Me acuerdo de la criada de la casa de Cervantes. Nadie veló por ella.

No le he prometido nada.

Sé por Gladys que la *señora* toma orfidales a punta pala, pero si se despierta no tendré más remedio que hacerlo.

Abro la puerta del baño y me envuelve una nube de vapor. Doble lavamanos con encimera de mármol, bañera de hierro forjado y una ducha con columna de masaje y alcachofa de efecto lluvia.

Domènech me mira a través del cristal empañado.

—¿Gladys?

«¿Quién va a ser, si no?», pienso.

—¡¿Se puede saber qué coño haces?! —exclama.

Le repugna la idea de que su asistenta, esa vieja fea, esa *panchita* que contrató su mujer hace unos años —después de que se follara a la mulata joven, a la colombiana guapa— se haya colado en el baño mientras se ducha.

Abre la mampara hecho una furia.

«La muy puta, la muy vieja, la muy fea, quiere mis cuartos», piensa.

Para cuando quiere darse cuenta de que Gladys no es Gladys ya le he dado la puntada en la cara interna del muslo.

Me mira como un chucho desvalido. Por un instante, me recuerda a Braulio. Su fragilidad impostada.

El chorretón de sangre alcanza los azulejos. Son pequeños, de estación de metro antigua.

La señora sigue durmiendo.

La señora ni se ha enterado de que su marido galopa camino del otro barrio.

Regreso a la cocina y cojo el carrito de la compra de la habitación de la plancha. Domènech tiene el morro fino, así que Gladys baja todos los días a Semon para hacer la compra.

A estas horas estará camino de Chiclayo.

«Jódalo usted bien». Ese fue el trato.

Ese y cien mil soles para que aprenda otra vez a soñar.

Llamo a Julián en cuanto pongo un pie en las Ramblas, pero antes de volver a su piso tengo una última visita que hacer.

A estas alturas, los guardaespaldas de Domènech deben de haberse preocupado ya. También el chófer: no llegan a tiempo a la calle de la Diputación; no con este tráfico, no a estas horas. Así que suben todos.

Solo se oye el sonido de la ducha, una pequeña tormenta tropical.

Sus voces despiertan a la señora, que se cubre las tetas con la sábana.

Entran en el baño y lo encuentran.

Se miran.

La han cagado. La han cagado pero bien. Los unos, los otros.

Tuerzo en Hospital.

Cuando llego a la altura del *hostel*, veo a los *mossos* que aún vigilan a Braulio por si aparezco. Son otra pareja. Aún no tienen ni idea de lo que ha pasado, de que uno de sus jefes ha causado baja definitiva.

El aviso por radio no tardará en llegar. Luego vendrá el revuelo mediático, las consigüientes hagiografías.

«El *viceconseller d'Interior* Domènech, hallado muerto esta mañana en su casa de La Bonanova».

Subtítulo:

«Todo parece indicar que se trata de un desgraciado accidente en el baño».

Me planto frente a Braulio. El pobre tarda lo suyo en reconocer al tipo travestido que tiene enfrente.

—Reza un Ave María por el señor Domènech.

De camino a casa me cruzo con un chaval que acomete las notas del estribillo de «Knockin' on Heaven's Door».

No es Dylan, pero no se le da del todo mal.

Le echo una moneda.

«Aún no», susurro para mis adentros.

Después vuelvo a susurrar:

«Me llamo Justo y soy un *tzadik*. El que barre la mierda de Dios».